

# CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



La respuesta  
de María

José era judío

La resistencia  
católica contra  
la Revolución  
y Napoleón

Una visión  
del Dos de Mayo

Las doctrinas  
perniciosas de las  
Cortes de Cádiz

## «MADRE DE LA DIVINA GRACIA»



*Copia de un cuadro del pintor mexicano Andreas López que se venera en el altar de Schola Cordis Iesu*

«Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo mientras Él moría en la cruz, cooperó en forma del todo singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad, en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Por tal motivo es nuestra Madre en el orden de la gracia.»

## Sumario

Todo el mundo espera la respuesta de María	3
José era judío <i>Francisco Canals Vidal</i>	4
De la estirpe de David <i>Ramón Gelpí</i>	7
El corazón maternal de la Virgen en la mariofanía de La Salette <i>Guillermo Pons Pons</i>	10
La resistencia católica contra la Revolución y Napoleón <i>Alfonso Carlos Amaritriain</i>	14
Sugiriendo una visión del Dos de Mayo por sus raíces sustantivas <i>Juan Manuel Montobbio Jover</i>	17
El espíritu de Cataluña en la guerra de la Independencia <i>Gerardo Manresa Presas</i>	20
Cortes de Cádiz – Las doctrinas perniciosas <i>Melchor Ferrer</i>	23
En el Bruc «vencieron la religión, la patria y la familia» <i>Francesc Xavier Bisbal i Talló</i>	29
Contemplando la vida de Cristo. La Resurrección <i>Ramón Gelpí</i>	32
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	34
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	35
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	37
Orientaciones bibliográficas <i>Jorge Soley</i>	39
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	40
Hace 60 años <i>J.M.M.G.</i>	43

Edita  
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre  
Redacción y Administración  
Duran i Bas, 9, 2ª  
Redacción: 93 317 47 33  
Administración y fax: 93 317 80 94  
08002 BARCELONA  
<http://www.orlandis.org>  
E-Mail: [regnat@telefonica.net](mailto:regnat@telefonica.net)

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

## RAZÓN DEL NÚMERO

**A**BRE este número de nuestra revista la imagen de la Virgen María que preside desde 1947 el altar de Schola Cordis Iesu. Se trata de una copia del cuadro del pintor mexicano Andreas López (1777-1812). En la parte inferior se lee, en letras que aquí no pueden apreciarse, «Mater divinae gratiae». Su sentido resulta evidente: la gracia divina emanada del símbolo trinitario penetra en el maternal corazón de María y de ahí se derrama sobre toda la humanidad. El Concilio Vaticano II nos recuerda cómo la Virgen fue asociada de manera singular a la acción redentora de Cristo y por ello merece con toda propiedad el título de Medianera de todas las gracias, y así lo recoge el actual Catecismo de la Iglesia católica. Juan Pablo II, comentando el texto del Concilio citado en la portada, dijo: «Al afirmar que María es “nuestra madre en el orden de la gracia”, el Concilio pone de relieve que su maternidad espiritual no se limita solamente a los discípulos, como si se tuviese que interpretar en sentido restringido la frase pronunciada por Jesús en el Calvario: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” (Jn 19,26). Efectivamente, con estas palabras el Crucificado, estableciendo una relación de intimidad entre María y el discípulo predilecto, figura tipológica de alcance universal, trataba de ofrecer a su madre como madre a todos los hombres» (catequesis del 24 de septiembre de 1997). El padre Orlandis sentía una especial devoción por la imagen de la Virgen de Schola; él, que había escrito, remitiendo a santa Teresa del Niño Jesús: «Allí [en santa Teresa] conocerán con nueva luz a María, Madre de gracia y de misericordia; allí de una manera singular al Espíritu de Dios, al Espíritu de Amor, como suele hablar la Santa, en el cual llamamos a Dios, Padre. De esta manera el alma se embellecerá en estas devociones que son fondo y complemento de la devoción al Corazón de Jesús» (*Pensamientos y ocurrencias*). Así recordamos en este mes de mayo a María, a quien la Iglesia honra de manera especial por ser Madre de Dios.

Se cumplen ahora los doscientos años del alzamiento español contra las fuerzas invasoras de Napoleón. El aniversario ha motivado alusiones y comentarios marcadamente políticos. Es cierto que la lucha contra el ejército francés no fue homogénea, que unos veían en Napoleón a un simple invasor; otros a un dictador que había «domesticado» y devaluado los principios de libertad, igualdad y fraternidad; otros, en fin, veían en el Corso al revolucionario que con sus bayonetas expandía la Revolución incendiaria, destructora y anticristiana. De todo esto, especialmente de la reacción tradicional y de defensa de la fe (que tuvo especial relevancia en Cataluña), poco se ha dicho. En cambio, han abundado los ditirambos, desde todos los ángulos de nuestro espectro político actual, a las Cortes de Cádiz y a la Constitución de 1812, por donde empezaron a entrar en nuestro ordenamiento jurídico los principios del liberalismo, los mismos principios que, mientras tanto, una parte de los españoles combatía con las armas. Por eso nos parece imprescindible que no se olvide que con Napoleón venía la Revolución; y con sus soldados, el Terror y la destrucción. Que lo digan tantos monasterios e iglesias arrasados.

## Todo el mundo espera la respuesta de María



Oíste, Virgen, que concebirás y darás a luz a un hijo; oíste que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el Ángel aguarda tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva al Señor que lo envió. También nosotros, los condenados infelizmente a muerte por la divina sentencia, esperamos, Señora, esta palabra de misericordia.

Se pone entre tus manos el precio de nuestra salvación; en seguida seremos librados si consientes. Por la Palabra eterna de Dios fuimos todos creados, y a pesar de eso morimos; mas por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para ser llamados de nuevo a la vida.

Esto te suplica, oh piadosa Virgen, el triste Adán, desterrado del paraíso con toda su miserable posteridad. Esto Abrahán, esto David, con todos los santos antecesores tuyos, que están detenidos en la región de la sombra de la muerte; esto mismo te pide el mundo todo, postrado a tus pies.

Y no sin motivo aguarda con ansia tu respuesta, porque de tu palabra depende el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la libertad de los condenados, la salvación, finalmente, de todos los hijos de Adán, de todo tu linaje.

Da pronto tu respuesta. Responde presto al Ángel, o, por mejor decir, al Señor por medio del Ángel; responde una palabra y recibe al que es la Palabra; pronuncia tu palabra y concibe la divina; emite una palabra fugaz y acoge en tu seno a la Palabra eterna.

¿Por qué tardas? ¿Qué recelas? Cree, di que sí y recibe. Que tu humildad se revista de audacia, y tu modestia de confianza. De ningún modo conviene que tu sencillez virginal se olvide aquí de la prudencia. En este asunto no temas, Virgen prudente, la presunción; porque, aunque es buena la modestia en el silencio, más necesaria es ahora la piedad en las palabras.

Abre, Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento, las castas entrañas al Criador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando a tu puerta. Si te demoras en abrirle, pasará adelante, y después volverás con dolor a buscar al amado de tu alma. Levántate, corre, abre. Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento.

De las Homilias de san Bernardo, abad, sobre las excelencias de la Virgen Madre  
(Homilía 4, 8-9: *Opera Omnia*, Edición Cisterciense, 4 [1966] 53-54)

# José era judío

FRANCISCO CANALS VIDAL

**E**SCRIBIÓ Suárez que «el oficio de san José no perteneció al Nuevo Testamento, ni propiamente al Antiguo, sino al Autor de uno y otro Testamentos, a la piedra angular que unió ambos Testamentos». El eximio teólogo se apoya para afirmar esto en palabras del propio santo Tomás de Aquino.

Aunque en modo alguno nos atreveríamos a contradecir a autores tan grandes, se hace necesario reflexionar sobre el oficio de José y sobre lo que de él se nos refiere en los santos Evangelios, para lo que nos iluminará también el atender a aquellos actos de María que nos la muestran ya como colaborando con su Hijo en la fundación de la propia Iglesia, que ahora la venera como su Madre.

Empujando a su Hijo Jesús a la realización de su primer milagro en las Bodas de Canaán, milagro por consecuencia del cual creyeron en Cristo sus discípulos, presencias y actitudes de María de las que no parece partícipe José, muy probablemente por haber muerto con anterioridad.

Pensemos, en todo caso, en aquellos actos de José Indiscutiblemente citados en el Evangelio y muy significativos de su oficio patriarcal de introductor en el mundo del «Hijo de David», que, en cuanto hombre, hereda a través de él las Promesas mesiánicas.

José está desposado con María, o mejor diríamos: María, la Virgen que va a concebir por obra del Espíritu Santo a Jesús —el Salvador del pueblo de sus pecados, el Mesías a quien dará Dios el trono de la Casa de David para que reine en la Casa de Jacob eternamente, en un Reino que no tendrá fin— está desposada con José, el hijo de David, título éste mesiánico que, en los textos evangélicos se da sólo con respecto a dos personas: Jesús, que se nos revela que es el Hijo de Dios, venido al mundo, hecho Hombre, y José, el esposo de la Madre elegida para ser Madre de Dios. María no hubiera podido ser escogida para recibir la Anunciación angélica de la Maternidad virginal respecto al Hijo de Dios encarnado si no hubiera sido la esposa de José, el heredero, como Hijo de David, de las promesas mesiánicas.

José, pues, se casa con María. Por el diálogo de la Virgen con el ángel sabemos como algo cierto, aunque no sea necesario que se nos refiera, que María había acordado con su esposo la perpetua y fecundísima virginidad que la dispondría para la Maternidad divina «¿Cómo será esto, pues yo no conozco varón?», pregunta al Ángel, que le promete el descenso sobre ella del Espíritu Santo. La mujer que habla así a Dios por mediación de su Ángel

es una mujer casada, es la esposa de José, el hijo de David.

Después de la generación de Jesús en el seno de María, José, de quien Dios dispone teniendo la certeza de su incondicional obediencia, obrando en él y en su esposa algo tan decisivo como la generación de Jesús en el seno de la Virgen sin aviso previo a su esposo, segurísimo de su fidelidad y de su obediencia es posteriormente iluminado por la revelación angélica, que le exhorta a no tener recelo ni temor de tomar en su casa a María porque lo que se ha engendrado en ella es obra del Espíritu Santo. José obedece y comienza la vida de los dos esposos unidos en la casa de José.

Después, José tiene una función decisiva en algo que nos parece tan «mariano» como el nacimiento de Jesús en Belén. Jesús nace en Belén porque Belén es la ciudad de David, el antepasado de José. Y José, obedeciendo una ley romana porque debió entender que tal era la voluntad de Dios, va a inscribirse en el censo, él y los suyos, «a la ciudad de David». Este viaje será la causa del nacimiento de Jesús en Belén.

Después, el Niño Dios, que ha venido al mundo hecho total y plenamente hombre para salvar al género humano, y en primer lugar al pueblo de Israel, actúa según la ley y las costumbres judías, obrando la circuncisión de Jesús Niño e imponiéndole el nombre, que significa su oficio de Salvador. Es José quien circuncida a Jesús.

Es José quien decide, por encargo angélico, el traslado a Egipto y la vuelta de Egipto, ya no a Belén sino a Nazaret. El nombre de «Nazareno» que estará escrito en la misma cruz de Cristo en el momento de su Sacrificio redentor y Muerte responde a una decisión «paterna» tomada por José a la vuelta de Egipto.

Vemos después siempre a José con María, presentando a Jesús en el Templo y recibiendo los anuncios proféticos de Simeón, que, notemos ya, les bendice a entrambos y profetiza a María que «una espada de dolor atravesará su alma». Es María la que participará en la Pasión de su Hijo. José, probablemente, habrá muerto antes de esta Pasión dolorosa que llevaría a la muerte a Jesús, en la muerte que presenciara María, que recibiría el encargo de ser tomada como madre por el apóstol amado, Juan.

Porque habíamos visto siempre, en Nazaret y en Jerusalén, juntos a los dos esposos María y José, hemos de tener la certeza de la muerte de José ante-



«*Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto*», fresco de Fra Angélico, convento de San Marcos, Florencia

rior a aquellos hechos. Anterior, por tanto, a la Cena del Señor y a la institución de la Eucaristía. José no recibe el Cuerpo del Señor en la Eucaristía, porque ya había muerto cuando la Cena. José tampoco está con el Colegio Apostólico para recibir el Espíritu Santo. Los actos más decisivos del nacimiento de la Iglesia nos son narrados en los Evangelios sin alusión alguna a José, aquel que consideraban los contemporáneos el «padre de Jesús».

Las últimas menciones evangélicas de José, y estas no relativas a María, su esposa, sino a Jesús, su Hijo, son las que expresan la sorpresa de los contemporáneos en los comienzos de la vida pública del Señor. «¿De dónde le viene esto a éste?, ¿no es el hijo del carpintero?, ¿no es el carpintero, el hijo de María?». Cuando Jesús comienza su predicación, se extrañan de que salgan tales cosas de quien había vivido tantos años trabajando con su padre en el humilde taller.

José es, pues, custodio y protector paterno de Jesús en su vida oculta y, al comenzar su vida pública, su recuerdo es razón de extrañeza. En modo alguno vemos que José acompañe a Jesús en los inicios de su apostolado, al modo como lo vemos inequívocamente de María, en especial en la realización del

primero de los milagros de Jesús, providencialmente precedido de las palabras de Cristo que parecen descartar todo interés «Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí...?», las palabras de María, que expresan la certeza de que el Hijo obrará lo que ella desea al decir a los sirvientes: «Haced todo lo que Él os diga».

Es inequívoca, desde los primeros momentos, la presencia activa de María en el comienzo de la vida pública del Señor, cuando éste va preparando su predicación y la predicación de los apóstoles, cuya fe se despierta y acrecienta por el primer milagro, «exigido» por María. Vemos a María asistiendo a la formación de la Iglesia, a los primeros pasos y acontecimientos del Nuevo Testamento. No así a José, que está ausente desde el primer momento en que se inicia la predicación apostólica y la Nueva Alianza.

La última vez que vemos a José en el Evangelio es en la escena de la pérdida de Jesús en el Templo, entre los doctores de la Ley. Cuando responde a su Madre: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debía ocuparme en las cosas de mi Padre?», hablando, evidentemente, de su Padre celestial. Nosotros lo sabemos ahora, pero en el Evangelio se nos dice que «ellos», no sólo que José, no comprendieron la significación de aquellas palabras, aunque después

«vino con ellos a Nazaret y les estaba sujeto, mientras crecía en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres».

Con estas palabras se inicia la narración de una época cuyo final no se nos dice, pero en la que vemos que Jesús está con José, trabajando en la carpintería. Cuando Jesús se manifiesta públicamente, José, del que sólo se habla por la extrañeza de quienes contrastan con el modo de hablar de Jesús el recuerdo de su padre, silencioso o que sólo hablaría con el lenguaje cotidiano de la familia y del trabajo.

Como que esta «desaparición» de José de la narración evangélica es anterior a la vida pública, al primer milagro y al envío de los apóstoles, hemos de recordar que José no creyó en la mesianidad ni en la divinidad de su Hijo Jesús porque oyera la predicación, sino porque las revelaciones angélicas le habían explicado la razón de la maternidad virginal de su esposa. Él sabía que estaba, haciendo el oficio paterno respecto del Salvador, pero que tenía que desarrollarlo en lo oculto y en lo cotidiano de la familia y el trabajo.

Mientras en María vemos ya muchas cosas en que brilla su presencia en la Iglesia de Dios del Nuevo Testamento, en José nada de esto ocurrió. A pesar de lo que dicen Suárez y santo Tomás, de la excelencia del orden hipostático, principio de ambos Testamentos, hemos de pensar que Dios se incorporó a la humanidad siendo incluso circuncidado por José, José no es apóstol, ni profeta, es la cima modesta y humilde de la línea patriarcal. Las promesas hechas a David tienen su preparación inmediata en el trabajo de la carpintería de Nazaret.

José es un judío fiel, la cima y culminación humildísima de la línea patriarcal. Por él se introduce el Cristo, que fundará la Iglesia, pero su tarea patriarcal es todavía la de un judío. José (que no fue bautizado, ni se incorporó a la Iglesia profesando creer en el Padre, el Hijo y el espíritu Santo, y que no recibió nunca la Eucaristía) es el judío fiel que por la fidelidad a Dios que le exige confiar en su esposa hecha Madre de Dios colabora en la Venida al mundo del Verbo eterno encarnado. Pero esto es así porque él es el judío fiel, esposo de María, patriarca de Israel y de la Iglesia, pero no perteneciente todavía al pueblo de Dios del Nuevo Testamento. José es fielmente, santamente, el judío fiel.

Si alguien piensa que, al advertir la naturaleza judía del esposo de la Madre de Dios —el hijo de

David heredero de las promesas mesiánicas y por quien su esposa virginal pudo ser elegida para Madre del Mesías redentor— minimizamos de algún modo la relación de José con la Iglesia de la que los papas le han proclamado Patrono —mientras Juan XXIII le proclamó patrono del Concilio Vaticano II— reflexione y piense que, en el canon romano de la misa, se ruega a Dios que acepte nuestras ofrendas como aceptó el sacrificio que le ofreció «nuestro Patriarca» Abraham.

Los que llamamos «nuestro» al primero de los patriarcas a quienes Dios dirigió las promesas de Salvación para Israel y para el mundo entero reconocemos por ello que «nosotros», los no judíos, los gentiles, hemos sido privilegiadamente enriquecidos con dones divinos, primeramente otorgados a los descendientes según la carne de Abraham, Isaac y Jacob y que hemos de ver en el pueblo de Israel el instrumento escogido por Dios para comunicarse a la humanidad. Judío fue, desde luego, el Verbo de Dios al hacerse Hombre, y cuando el evangelista Juan dice que «vino a los suyos y los suyos no le recibieron» no hace sino lamentar la trágica ingratitud de la resistencia de los judíos a la aceptación de los dones a ellos prometidos en primer lugar. Pero los «suyos», los propios, son evidentemente, en aquel texto, los judíos según la carne, los descendientes de las doce tribus procedentes de los hijos de Jacob.

Para nosotros, los gentiles, a quienes sobrevino después la efusión de la gracia —prometida, en primer término, a los hijos de Israel— el reconocimiento de la naturaleza judía de Cristo, de su Madre María y del Patriarca José es un motivo más de gratitud el reconocimiento de que las gracias recibidas, por las cuales hemos sido hechos cristianos, no sólo nos eran debidas sino que ni siquiera nos habían sido prometidas a nosotros.

Contemplar al patriarca José, el hijo de David heredero de las promesas mesiánicas, como perteneciente al pueblo de Israel ha de ser motivo expreso de gratitud y de reconocimiento de la gratitud generosa de la vocación de los gentiles, la cual fue predicada por el apóstol Pablo y de la que hemos sido beneficiarios los pueblos herederos de la cultura griega y latina.

La invocación a José como patriarca judío es, pues, un homenaje de gratitud a la Providencia salvífica de Dios, que por Israel tenía destinado obrar la salvación universal de la humanidad.



# De la estirpe de David

RAMÓN GELPÍ

**J**OSÉ, «de la estirpe de David», como explica san Lucas y demuestra san Mateo. Esta ascendencia davídica que recibe Cristo Jesús de su padre san José, había sido profetizada, especialmente por Isaías y Jeremías en los tiempos del destierro en Babilonia, y por esto la importancia de esta certificación. Pero ¿quién era este monarca, y qué importancia tuvo en la historia del pueblo de Dios en su asentamiento en la tierra de promisión?

La historia de la Redención, que se puede conocer en los Evangelios, constituye la culminación de toda la Biblia. Para ello, la acción providencial de Dios le llevó a escogerse un pueblo del que había de nacer este Redentor, y así quiso Dios que llegara finalmente la Salvación al mundo. Este pueblo escogido que Dios formó de unos patriarcas nómadas, que pastoreaban rebaños, por la intervención de su Providencia constituyó una gran nación.

## Los Jueces

**D**ESDE la llegada a la tierra de Canaán, finalizado su éxodo por el desierto, los israelitas eran regidos por líderes que dirigían al pueblo en los momentos difíciles. En estos momentos, que la Biblia atribuye indefectiblemente al olvido de Dios, y de los grandes favores recibidos de Él en el desierto, el Señor promovía la aparición de estos líderes, que fueron denominados Jueces, que salvaban la supervivencia de Israel. Estos Jueces, ejercían la autoridad en nombre de Dios, al que se tenía como el verdadero Rey de Israel.

El último de los Jueces, considerado también como primer Profeta, fue Samuel, el discípulo de Helí, al que Dios llama por la noche a su profética vocación (1S 3, 2 - 10). Siendo ya anciano, delegó parte de su misión en sus hijos, pero estos no imitaron sus virtudes y los israelitas rechazaban su autoridad. Reunidos los ancianos decidieron pedirle a Samuel que instituyera un rey; así lo hicieron para parecerse a los demás pueblos asentados en la región, y que les eran habitualmente hostiles.

Samuel se puso en oración, y Dios le inspiró lo siguiente: «Oye la voz de ese pueblo, que no te ha desechado a ti, sino a mí, a fin que de no sea yo quien reine sobre ellos». Dios le dice a Samuel que los reyes suelen tratar a sus súbditos con frecuentes abusos de poder y que, a menudo, los tiranizan. Pero



*David tocando la jiga.* Catedral de Santiago de Compostela, fachada de las Platerías.

Dios accede a que su pueblo sea gobernado por un rey. Entonces Samuel unge a Saúl, el que fue primer rey de Israel.

## Los Reyes

**S**AÚL, un hombre de origen humilde, de la tribu de Benjamín, comenzó una campaña militar contra los filisteos, el pueblo que más hostilidad mostraba a Israel, y que incluso se había apoderado del Arca de la Alianza en tiempos de Helí. Los éxitos militares de Saúl le llenaron de orgullo, y comenzó a desobedecer a Dios. En la Biblia se explica que Saúl fue blando y contemporizador con los adversarios, y su desobediencia le ocasiona ser rechazado por Dios. Samuel recibe el encargo de ungir un nuevo rey, el que será la verdadera cabeza de la dinastía de reyes de Israel: el rey David.

Este rey va a ser el más grande y, pese a su vida de moral desordenada, que disgustó en ocasiones a Dios, fue el más religioso y justo de todos los antiguos reyes de Israel. David es también excepcional

como guerrero, gobernante, músico y poeta. Se le atribuye la autoría de muchos de los salmos del Antiguo Testamento, lo que le da, además, un carácter profético propio de un ungido del Señor.

La historia de la elección de David es muy curiosa. Una vez más en la Biblia Dios elige al menor de los hermanos. Había dicho Dios a Samuel: «... te envió a casa de Jesé el efratense, en Belén, pues he elegido entre sus hijos el rey que quiero ...» Samuel cumplió el mandato de Dios y llevó una ternera para ofrecer en sacrificio. Al terminar la inmolación se ofreció un festín y fueron presentados los hijos de Jesé, hasta siete, y ninguno de ellos era el elegido del Señor. Samuel preguntó a Jesé si eran todos sus hijos, y éste respondió: «Queda el más pequeño, que está cuidando los rebaños». Samuel le pidió que lo llamaran. Era un muchacho rubio y de muy buena presencia; Dios le dijo a Samuel: «Levántate y ungele, pues él es el rey que quiero».

### David ungido por Samuel

**D**AVID es ungido por Samuel, pero no ejerce aún; no reinará hasta la muerte de Saúl. David sigue cuidando los rebaños de su padre, aunque de vez en cuando les lleva la comida a sus hermanos, que combaten con el ejército de Saúl.

La Biblia narra un singular combate que tiene con un gigantesco y fornido guerrero, armado con coraza de hierro y pesadas armas. Los filisteos habían retado a los israelitas a un duelo con este guerrero, llamado Goliat, y nadie osaba enfrentársele, a pesar de que Saúl había ofrecido a su hija Mikol como esposa al que lograra derrotarlo. David llega al campamento, y solicita luchar con el gigantesco guerrero. Tras probar infructuosamente una armadura, finalmente decide entablar combate a pecho descubierto, armado con su cayado de pastor y una honda. Tras hacer confesión pública de su confianza en Yahvé, David derriba al guerrero con una certera piedra de la honda, y le corta la cabeza con su propia espada.

Este hecho le alcanzó a David un gran ascendiente sobre todo el pueblo, se incorporó a los ejércitos de Israel, después de tomar por esposa a Mikol, según la promesa de Saúl.

La historia de David, en vida del rey Saúl, es aún muy larga. Conviene saber, como resumen, que sus victorias estimularon los celos del rey, que pasó a perseguirlo; David tuvo que huir. La Biblia narra diversos episodios en los que David se esfuerza en pacificar a Saúl, y de hecho lo consigue en algunas ocasiones, pero siempre se renuevan los celos del monarca. Finalmente el rey muere, suicidándose, en una derrota ante los filisteos.

### David Rey

**M**UERTO Saúl, siguiendo la voluntad de Dios que había sido inspirada a Samuel, David volvió a Hebrón donde fue proclamado rey de Judá. Allí gobernó durante siete años hasta ser también ungido rey de Israel tras una lucha entre las tribus del norte y las de la alianza de Judá y Benjamín.

David gobernó el reino, después de la unificación, desde Hebrón, que fue considerada la capital, pero existía alguna resistencia por parte de las tribus del norte en aceptarlo y por esto el rey decidió buscar un emplazamiento equidistante. La ciudad de los jebuseos, ubicada sobre el monte Sión era un buen lugar, y además, contigua al promontorio que la tradición consideraba el lugar del sacrificio de Abraham (el monte Moriah). Este lugar, muy escarpado hacia el sur, servía para la defensa natural de la ciudad.

Tras tomar la ciudadela de Sión, allí, en lo alto del mismo montículo, estableció su palacio, y la ciudad de Jerusalén, en la falda del monte se convirtió en la nueva capital del reino. Una vez asentado el trono, hizo traer el Arca de la Alianza hasta el promontorio de Moriah, donde se instaló, con toda solemnidad el Tabernáculo, la tienda que hacía las veces de Templo. Dice la Biblia que el mismo David encabezó el cortejo ofreciéndole al Señor lo mejor de sus dotes musicales, de las que había dado ya muestras en tiempos de Saúl, cantando y danzando en honor del Dios de Israel, mientras el Arca era transportada al Tabernáculo.

David no sólo consiguió unificar todas las tribus desde Jerusalén, sino que además extendió sus dominios más allá de Damasco en tierras de Aram (actualmente Siria). El reino de David llegó a ser el más temido del Oriente Medio y consiguió un tiempo de relativa paz con sus vecinos asirios y caldeos.

### Un rey piadoso

**E**L rey se ocupó personalmente del culto a Yahvé, de honrarle, ofrecerle sacrificios y organizar a las familias sacerdotales, de la tribu de Leví, que debían servir el Tabernáculo. Él mismo redactó gran parte de los salmos, prácticamente la mitad, componiendo además la música con que eran cantados. También organizó un triple coro de doscientos ochenta y ocho componentes, de los que noventa y seis eran músicos y los otros ciento noventa y dos eran cantores. David, como ya se ha dicho, no sólo fue un gran guerrero y un monarca excepcional; fue además poeta y músico, y especialmente piadoso. Esta afirmación podrá sorprender viendo también su vida personal, que resultaría francamente escandalosa si hubiera que juzgarla a la luz





*David pide perdón a Dios por sus pecados.* Miniatura de un salterio medieval.

del Evangelio. Esto necesita una breve aclaración:

La Ley de Moisés, que era bastante estricta en materia de moralidad, constituyó una norma de costumbres que corrigió en gran manera los abusos propios del paganismo. Sin embargo, hay que reconocer que la verdadera doctrina moral no tuvo su plenitud hasta la venida de Cristo. Y era natural que fuera así, Jesús vino a salvarnos del pecado, y mediante su sacrificio redentor hacernos hijos de Dios, pero además funda la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo. Sólo ella puede enseñar de forma infalible.

Jesús les recordó a sus discípulos que el matrimonio había sido instituido por Dios. Dice el Génesis en el capítulo 2: «... dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne ...» (Gn 2, 24). Preguntado por los judíos sobre la indisolubilidad del matrimonio, citará este pasaje del Génesis, dándole además vigencia por encima de la relajación de costumbres, que por influencia de los pueblos paganos habían experimentado.

Pues bien, en tiempo del rey David las esposas eran repudiadas por los maridos, a veces un tanto arbitrariamente, y los poderosos tenían en ocasiones hijos extramatrimoniales tal como había ocurrido también en la época de los Patriarcas. Y esto no era agradable a Dios, y frecuentemente los Profetas reprimían en su nombre estos abusos. Pero David cometió además un pecado mayor, injustificable incluso en su tiempo: tomó la esposa de un militar a su servicio, y lo envió al frente de batalla con el fin de que fuera muerto, como así fue.

El rey, reconvenido por el profeta Natán, se arrepintió públicamente de sus pecados, y se sometió a la voluntad de Dios. Nació un hijo, fruto de su unión

adulterina con la esposa del oficial, llamada Betsabé. Este hijo murió prematuramente. Después, sus hijos mayores lucharon entre sí: Amnón el primogénito, fue asesinado por Absalón, y éste fue muerto por otro hermano en un enfrentamiento bélico. Finalmente David nombró heredero a Salomón, que nació de Betsabé, cuando después del adulterio que Dios castigó, la tomó ya legalmente por esposa. Ésta, que por causa del rey había quedado viuda, fue verdadera esposa de David y de ella nacieron varios hijos.

## Muerte del rey David

**D**AVID, hacia el final de su vida, habiendo purgado sus pecados, quiso edificar un Templo al Señor, más digno que el Tabernáculo de lona que acogía al «Santo de los Santos» del monte Moriah. Inspirado por Dios, este proyecto lo puso en manos de su hijo Salomón, al que ungió, y le instó a construirlo durante su reinado.

El rey murió a los setenta y un años de edad, después de un reinado de cuarenta. Siete de estos años fue rey de Judá en Hebrón, y los otros treinta y tres en Jerusalén sobre todo Israel. Se dice que fue sepultado en Sión, donde tenía su palacio, y que desde entonces fue llamada «Ciudad de David».

Esta tumba, tras la destrucción del año 70 se perdió, pero diez siglos más tarde, en el mismo lugar se erigiría una mansión palaciega que Jesús eligió como Cenáculo para la Santa Cena, y como sede de la primitiva Iglesia. Hoy, la comunidad judía de Jerusalén, que administra un grupo de viejos edificios, en una de cuyas dependencias se venera dicho Cenáculo, asegura haber rescatado la antigua tumba del rey David, que es venerada a la vez por judíos y cristianos, en la planta baja de esta estancia. Así pues, allí mismo, en donde Jesús, hijo de José, de la estirpe de David, instituyó la Eucaristía, veneramos hoy la tumba del santo rey antecesor.

Este gran rey, en cuya descendencia depositó Dios sus promesas, fue magnánimo y fuerte, y providencialmente dispuesto para llevar a término la culminación del establecimiento de aquel pueblo, que nació de unos patriarcas nómadas, y tras un duro cautiverio en Egipto, alcanzó a aposentarse en la Tierra Prometida. Incluso sus pecados, descritos en el Libro de los Reyes, dan lugar a que su arrepentimiento pueda ser mostrado como modelo de penitentes. Pero el Señor le concedió el don profético y le inspiró una gran parte de los salmos, que muestran su devoción por el Mesías que había de venir, y por el cual ansiaba su alma «como la cierva sedienta por la fuente de las aguas». San Ignacio de Loyola, en su conocida «Oración a Jesús crucificado» le denomina claramente: «El santo profeta David».

# El corazón maternal de la Virgen en la mariofanía de La Salette

GUILLERMO PONS PONS

EN una catequesis del 25 de noviembre de 1998 Juan Pablo II decía: «En el alba del nuevo milenio vislumbramos con alegría la presencia de este *perfil mariano* de la Iglesia que sintetiza el contenido más profundo de la renovación conciliar». El reconocimiento de este perfil mariano al que se refería el Papa, pone de manifiesto que en el seno de la Iglesia se ha ido afianzando la convicción de que la madre del Salvador ha recibido y aceptado la misión de cooperar fielmente en la obra de Cristo.

De ahí se deriva una muy especial conexión de la Virgen con la Iglesia, que en el *Catecismo de la Iglesia católica* queda expresada con estas luminosas palabras: «María nos precede a todos en la santidad que es el Misterio de la Iglesia como la *Esposa sin tacha ni arruga* (Ef 5, 27). Por eso la dimensión mariana de la Iglesia precede a la dimensión petrina».<sup>1</sup>

En la explicitación de estos conceptos doctrinales ocupa un lugar destacado el eminente teólogo Urs von Balthasar, el cual siguiendo el pensamiento que ya había ido dilucidando el cardenal Newman en el siglo XIX, ha puesto de relieve que la mariología ha permanecido siempre idéntica en su núcleo fundamental, pero que a lo largo de los siglos, partiendo de una progresiva comprensión de las verdades reveladas, han ido surgiendo y madurando en la vida de la Iglesia nuevas intuiciones sobre la relación entre María y la Iglesia, de manera que se ha podido descubrir la presencia viva y dinámica de un «principio mariano» junto con el «principio petrino», los cuales configuran al Pueblo de Dios reunido por Cristo y asistido por el Espíritu Santo.

Esta lúcida y bien perfilada visión de la identidad eclesial se fue afianzando desde mediados del siglo XIX. La definición dogmática de la Inmaculada Concepción (1854) y el Concilio Vaticano I (1869-70) contribuyeron a abrir un camino que condujo a la Iglesia hacia una comprensión de su muy especial vinculación con la Madre del Señor, puesto que por voluntad de Dios María se halla plena y activamente insertada en todo el misterio de Cristo y de la Iglesia misma. Es verdad que dicho concilio no pudo finalizar sus labores, pues quedó suspendida su ac-



*La Virgen y los videntes de La Salette*

tividad a causa de las circunstancias políticas de la época; pero ya en el prólogo de la constitución *Pastor Aeternus* se puso de relieve la «unidad mariana» de la Iglesia junto a su «unidad petrina».

Juntamente con estos progresos en el campo doctrinal, tenían lugar en el dilatado campo de la Iglesia católica unos muy fructíferos acontecimientos, o sea, unas famosas apariciones o mariofanías destinadas a obtener una gran resonancia en la vida de la Iglesia y en el afianzamiento y difusión del mensaje cristiano. Las tres primeras manifestaciones marianas del siglo XIX, de algún modo reconocidas por la Iglesia son: las de 1830 en París, cuya vidente fue santa Catalina Labouré y que dio origen a la llamada medalla milagrosa; la de 1846 en La Salette, aldea de los Alpes franceses, a los niños pastores Melania Calvat y Maximino Giraud; y en 1858 las que tuvie-

1. *Catecismo de la Iglesia católica*, 773.

ron lugar en Lourdes, habiéndose manifestado la Virgen dieciocho veces a santa Bernadette Soubirous.

### Junto a una aldea situada entre repliegues alpinos

MI intención es referirme ahora a la aparición mariana de La Salette, poniendo de relieve la manifestación de María como una madre que se muestra «angustiada» por la situación espiritual de sus hijos y por los fenómenos de descristianización que afectan a pueblos y regiones que van perdiendo su identidad cristiana y su vinculación con la Iglesia. Este es, evidentemente, un tema que cobra especial significado en las presentes circunstancias históricas, especialmente en Europa, si tenemos en cuenta las manifestaciones de los últimos papas con sus reclamos de una «nueva evangelización» y del debido reconocimiento de las raíces cristianas de la civilización europea.

Es importante reconocer que en sus apariciones María puede manifestarse con su cuerpo glorificado, al modo como Cristo se hizo visible después de su resurrección. Pero hay que advertir, como lo hace el eminente mariólogo Laurentin, que en el caso de la Virgen, tratándose de un cuerpo glorificado, éste «puede ser percibido en su forma propia; pero el estado de los cuerpos gloriosos, cuyo carácter misterioso puso ya de relieve san Pablo, pertenece al *espacio-eternidad*, extraño a nuestro *espacio tiempo*». <sup>2</sup> Se trata, pues, de una presencia misteriosa, aunque sin dejar de ser auténtica y verdadera.

El mismo autor analiza después unas peculiaridades que tienen una aplicación muy específica al caso de La Salette. Dice, en efecto: «Otra singularidad es la que se manifiesta en el hecho de que la Virgen se manifiesta tomando un vestido, una estatura y hasta una edad diferente, en conformidad con los videntes. La adaptación pedagógica a cada uno de ellos, a su ambiente, a su cultura, es la explicación más clásica de esa diversidad». <sup>3</sup> El propio Laurentin califica la mariofanía de La Salette como un signo a discernir, y escribe: «La Iglesia sabe que estas comunicaciones sobrenaturales, sensibles y particulares tienen sus límites, su ambigüedad en el hombre, y algunos riesgos. Así que el Magisterio ha reconocido siempre la relatividad de las apariciones, que considera *signos* a discernir y no *dogmas*. Asimismo la Iglesia reconoce la finalidad de tales

signos. Esos gritos del cielo recuerdan el Evangelio a nuestros oídos sordos. Nos despiertan, rompen nuestra rutina». <sup>4</sup>

### «Aquella bendita tarde del 19 de septiembre de 1846»

CON esta frase el papa Pío XII se refería a la fecha en que tuvo lugar la mariofanía que se produjo en una casi desconocida aldea de los Alpes. <sup>5</sup> Dos pequeños pastores fueron los videntes que inesperadamente se encontraron una Señora rodeada de luz y que recibieron de sus labios un mensaje que habían de comunicar a los vecinos del pueblo. Mientras que en otras mariofanías hubo una serie de manifestaciones y sólo al cabo de un tiempo la Virgen se identificó, en La Salette la aparición fue única y desde un principio la aparecida se presentó como la Madre del Señor, hablando a los niños claramente de su divino Hijo.

Melania, de catorce años, y Maximino, de once, pastorean unas cuatro vacas, y a mediodía las llevan hacia un abrevadero situado junto a la bajada de un arroyo. Después suben hacia una fuente casi siempre agotada y comen su pan con un pedazo de queso. Se tumban luego en el suelo y se quedan profundamente dormidos. Al despertar van a comprobar donde se encuentra su ganado que ha desaparecido de su vista, y al regresar al sitio donde han comido descubren un fenómeno luminoso. El muchacho lo referirá más tarde diciendo: «Melania, la primera, vio una gran luz y me dijo: “Maximino, ven a ver esa luz”. Fui hacia Melania y vimos en la luz una Señora sentada cerca de una pequeña fuente, con las manos en la cara. Teníamos miedo. [...] La Señora se levantó, cruzó los brazos y nos dijo: “Acercaos, hijos míos, no tengáis miedo; estoy aquí para contaros una gran noticia” Y nosotros nos acercamos. La Señora se nos aproximó, tan cerca que nadie hubiera podido pasar entre ella y nosotros». <sup>6</sup>

La actitud de la Aparecida es evidentemente bondadosa y comprensiva respecto del miedo que de momento habían experimentado los niños. Su sentimiento maternal se pone cada vez más de relieve durante el coloquio y al transmitirles su mensaje. Lo más significativo es que los videntes desde un principio la descubren llorosa y les manifiesta estar hondamente preocupada por los moradores del pueblo, a quienes se refiere como a hijos suyos.

4. *La Saleta. Relato de la aparición y sentido del mensaje*, Suplemento de «Annales de N.D. de La Salette 1981.

5. *Acta Apostolicae Sedis* 38, 1946, 455.

6. ROGER CASTEL, *Nuestra Señora de La Saleta*, Valladolid 1984, 4-5.

2. *Nuevo diccionario de mariología*, Ediciones Paulinas, Madrid 1988, 186-187.

3. *Ibid.*, 187.

La Virgen, aunque esté rodeada de resplandor lleva una indumentaria de algún modo semejante a los vestidos de las mujeres campesinas de la región: túnica larga, una especie de delantal, un pañuelo cruzado sobre el pecho y una cofia en la cabeza. No es extraño que de momento los niños pensarán que podría tratarse de una mujer que, según habían oído decir, fue maltratada por sus propios hijos, y consideraron que por eso estaría llorando. ¡Algo parecido, ciertamente, aunque dentro de una dimensión espiritual muy relevante, era lo que se manifestaría a través del mensaje de aquella Señora!

### Lágrimas maternales

**L**AS lágrimas de María junto a su Hijo crucificado eran objeto de amorosa atención, desde antiguo, por parte de los fieles cristianos. *Stabat Mater dolorosa iuxta crucem lacrimosa*, cantaba la secuencia de la festividad de los Siete Dolores de María, que el día siguiente, tercer domingo de septiembre, se celebraba en la región donde se halla La Salette (diócesis de Grenoble). A la hora en que tenía lugar la aparición, se rezaban ya las primeras vísperas de la fiesta, en las que se decía: «Mirad la abundancia de lágrimas que bañan los ojos de la Virgen. Todos vosotros que pasáis, ¡mirad y decid si hay un dolor comparable al mío!». <sup>7</sup>

La Orden benedictina ya en la alta Edad Media veía los dolores de María al pie de la cruz vinculados también a su maternidad espiritual respecto de los fieles. El abad Ruperto de Deutz († c.1135) comentando el evangelio de san Juan decía claramente que la Virgen fue constituida madre nuestra bajo la cruz, sufriendo fuertes dolores de parto, pues se unía a Cristo cuando se realizaba la obra salvadora que nos hace nacer a la vida sobrenatural. <sup>8</sup> La imagen de Cristo crucificado y la figura de algunos instrumentos de la Pasión aparecen sobre la vestimenta de la Señora aparecida en La Salette.

Claro está que María ahora glorificada no puede sufrir del mismo modo que al tiempo de la Pasión de Cristo, pero de una manera misteriosa que supera nuestra capacidad de interpretación, podemos decir que ella sigue padeciendo espiritualmente a causa de la infidelidad y del pecado con que Dios es ofendido. A este enigma espiritual se refiere Pascal cuando con su expresividad característica nos dice: «Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo: no hay que dormir durante este tiempo». <sup>9</sup>

7. R, CASTEL, *La Salette*, Editions du Signe, Strasbourg 1995, 3.

8. PL 169, 789.

9. *Pensamientos*, 735.

La causa de la tristeza de la Virgen, como ella lo manifestó a los pequeños videntes, era el alejamiento de la fe de muchos habitantes de la región y las calamidades naturales que les afectaban, que podían interpretarse como señales o consecuencias de su desconsiderada actitud hacia Dios. Juan Pablo II nos ofrece a ese respecto una profunda y bella interpretación de los signos que se manifestaron en esta mariofanía: «El mensaje de La Salette –dice– fue revelado a dos jóvenes pastores en un tiempo de grandes sufrimientos de los pueblos, afectados por el hambre y sometidos a muchas injusticias. Además aumentaba la indiferencia o la hostilidad frente al mensaje evangélico. Nuestra Señora, haciéndose contemplar con la imagen de su Hijo crucificado, muestra que, asociada a la obra de la salvación, comparte las pruebas de sus hijos y sufre al ver que se alejan de la Iglesia de Cristo hasta olvidar o rechazar la presencia de Dios en su vida y la santidad de su nombre». <sup>10</sup> «¡Hace tanto tiempo que sufro por vosotros!» les dijo María a los niños videntes, refiriéndose al pueblo al que iba dirigido su mensaje de consejo y de saludable corrección.

### Expresiones de angustia y de amor materno

**E**N referencia a los acontecimientos de La Salette se ha producido un cúmulo de juicios y valoraciones muy contradictorios. Se ha dicho que «nos hallamos ante una de las apariciones del siglo pasado [el XIX] en la vecina Francia más enigmáticas y más conflictivas». <sup>11</sup> En buena parte las opiniones más negativas obedecen a la manipulación que algunas personas hicieron con los videntes en años posteriores a la aparición, y sobre todo a la incomprensión del lenguaje con el que la Señora se dirigía a los pequeños para comunicarles su mensaje.

Para interpretar debidamente este mensaje es evidente que hay que considerarlo como revestido de las características de lo que hoy se conoce como un modo legítimo y eficaz de «inculturación». La Virgen, en efecto, se dirige a los niños pastores con un lenguaje inteligible para ellos y para los habitantes de la región. Les habla detalladamente de plagas del campo, de que las patatas se pudrían, de que el trigo se malograba convirtiéndose en polvo los granos de las espigas; les anuncia que el hambre puede exten-

10. Carta de Juan Pablo II al obispo de Grenoble con ocasión del ciento cincuenta aniversario de la aparición de María en La Salette. 6-5-1996.

11. ÁNGEL LUIS, *Las apariciones de María ante la historia*, «Estudios Marianos» 52 (1987) 327.

derse ampliamente. Les pide que recen y que digan a la gente que es preciso arrepentirse de sus pecados y empezar a vivir cristianamente. La realidad de estas advertencias de la Virgen puede comprobarse en las hemerotecas observando lo que aparece en la prensa de entonces sobre hambrunas, plagas del campo y malas cosechas, muy presentes en aquellas regiones de la Saboya y el Delfinado.

Lo más significativo hoy para nosotros es descubrir en el lenguaje de la Virgen los sentimientos que afloran desde su corazón maternal. Como Pablo se expresaba dirigiéndose a los corintios, también María podía decir que hablaba a sus hijos *en medio de una gran ansiedad y angustia de corazón, con muchas lágrimas*.<sup>12</sup> He aquí algunas muestras de estos sentimientos de la Virgen, expresados por ella con un lenguaje coloquial en La Salette:

«¡Hace tanto tiempo que sufro por vosotros!... Por más que recéis, por más que hagáis jamás podréis recompensar el dolor que he asumido por vosotros»<sup>13</sup>. Es la queja muy sentida de una madre que ve cómo los hijos desconocen cuánto sufre por ellos su corazón maternal.

«Si la cosecha se pierde, sólo es por culpa vuestra. Os lo hice ver el año pasado con las patatas, ¡y no hicisteis caso! Al contrario, cuando las encontrabais estropeadas, jurabais, metiendo en medio el nombre de mi Hijo». La blasfemia, sobre todo en boca de cristianos, desgarrar el corazón de la que es madre de Dios y madre nuestra.

«Si se convierten, las piedras y las rocas se cambiarán en montones de trigo y las patatas se encontrarán sembradas por las tierras». La conversión es el núcleo esencial del mensaje de La Salette. Como los profetas, María expresa con lenguaje figurativo la fecundidad y abundancia del Reino de Cristo, el Salvador.

«Durante el verano no van a misa más que unas ancianas. Los demás trabajan el domingo todo el verano. En invierno, cuando no saben que hacer, no van a misa más que para burlarse de la religión». La progresiva descristianización del pueblo preocupa hondamente a la Madre de la Iglesia. La falta de amor y el poco aprecio de la Eucaristía entristece íntimamente a la Virgen, la que había albergado amorosamente a Jesús en su seno.

12. 2 Co 2, 4.

13. Las frases del mensaje de La Salette están tomadas de ROGER CASTEL, ob. cit.

Todas estas advertencias y reproches de María son efecto de un amor incomparable. Podríamos seguir comentando diversas frases que resonaron en la mariofanía. Pero he aquí una muy acertada reflexión de Juan Pablo II en su mencionada carta al obispo de Grenoble, que interpreta acendradamente el sentido de la aparición del 19 de septiembre de 1846: «María está presente en la Iglesia como lo estuvo el día de la cruz, el día de la resurrección y el día de Pentecostés. En la Salette manifestó claramente la constancia de su oración por el mundo. Ella no abandonará jamás a los hombres, creados a imagen y semejanza de Dios, que han recibido el poder de llegar a ser hijos de Dios (cf. Jn 1, 12). Que ella lleve a todas las naciones de la tierra hacia su Hijo».

### Frutos de sincera reconciliación con Dios

ESTA intervención maternal de la Virgen, la cual justamente ha sido designada como «Nuestra Señora de la Reconciliación», dio copioso fruto. A 1800 metros de altura un gran santuario de austera magnificencia atrae a miles de peregrinos. En muy diversos lugares del mundo los misioneros de La Salette repiten y explican el mensaje de María fomentando la práctica de una vida cristiana siempre renovada.

Desde un principio, por cauces a veces muy humildes pero siempre oportunos, se extendió el mensaje de la Virgen de La Salette. A España llegaron las primeras noticias a través de unos temporeros valencianos que iban a Francia a trabajar como fabricantes de botas y toneles, quienes al regresar a su tierra comentaban los acontecimientos y decían: «Allí no se habla de otra cosa».

Tres años después de la aparición, en 1849 se publicaba en Mallorca un folleto sobre este tema y en que, refiriéndose a los frutos alcanzados en la región, afirma que se ha desterrado la blasfemia y se ha restablecido la santificación del domingo. Entre otras cosas se dice: «estas buenas gentes van a misa entre semana, y algunos días son tantos como antes en los domingos, y la oyen muy devotamente».<sup>14</sup> ¡Preciosos frutos de vida cristiana que brotan del amor maternal del Corazón de María!

14. *Aparición milagrosa de la Santísima Virgen a dos pastorcillos en una montaña de La Salette*, Palma, Imprenta de D. F. Guasp 1849.



# La resistencia católica contra la Revolución y Napoleón

ALFONSO CARLOS AMARITRIAIN

**E**N 1789, Francia era católica. Contaba el reino con 139 diócesis y cuarenta mil parroquias, 135 obispos, y unos setenta mil sacerdotes seculares, esto es la nada despreciable cifra de un sacerdote por cada 364 feligreses, además de treinta mil religiosos y cuarenta mil religiosas. La revolución francesa que empezó suave y con la connivencia de una parte importante de clérigos, poco a poco fue truncándose en lo que todos conocemos: el terror jacobino. Coincidiendo con la ejecución de Luis XVI y el decreto de una gleba universal, el Oeste francés se alzó en armas contra la República.

Poco a poco, la situación para los católicos había ido empeorando hasta volverse insoportable. En 1790 se obligaba a los cleros a prestar un juramento de fidelidad a la Constitución (todavía monárquica). Ese mismo año se abolían los votos religiosos y se elabora una Constitución civil del clero. Al año siguiente se suprimían las órdenes seculares. En 1792 se vota un decreto de deportación para aquellos sacerdotes que sean denunciados por veinte ciudadanos si sospechan que no ha jurado la Constitución Civil del Clero. Ese mismo año se redacta la ley de deportación general para todos los sacerdotes que no hayan jurado. En 1793, se condena a muerte a todo sacerdote no juramentado que permanezca en Francia. Más de cuarenta sacerdotes tuvieron que huir de Francia. Unos seis mil de ellos recalaron en España. Ellos se encargaron de concienciar a buena parte de la población española de lo que les esperaba ante la invasión napoleónica que se produciría años después.

No desarrollaremos el conflicto vendeano, pero sí que señalaremos su espíritu eminentemente religioso y de cruzada. El Ejército vendeano, compuesto de campesinos y dirigido por jóvenes pertenecientes a la vieja nobleza rural, se autodenominaban como «Ejército católico y real». No en vano, un siglo atrás, la región había sido misionada por san Luis María Grignon de Montfort y el espíritu católico era firme. Los combatientes campesinos rezaban fervorosamente el rosario durante sus marchas o emprendían el combate entonando el *Vexilla Regis*. Los que más caracterizó a estos formidables hombres fue su empeño en coserse en blusas, chalecos o gorros, a modo de escarapelas, telas rojas con la imagen del Sagrado Corazón, bordeados a veces con las iniciales de Jesús y María. La guerra

vendeana, en varias fases, duró hasta 1796. Esas comarcas acabaron siendo pasto del odio revolucionario que perpetró lo que se ha denominado el primer genocidio de la historia.

Pero no sólo fue la Vendée, sino que desde el norte de Poitu, hasta la Bretaña, pasando por la Normandía, los pueblos de la Francia católica resistieron el empuje revolucionario. La región de la Vendée quizá se destacó por su persistencia protagonizando alzamientos armados hasta bien entrado el siglo XIX, especialmente contra Napoleón. Los Sagrados corazones que portaban esos valientes dieron lugar al famoso «detente», aunque sus orígenes se remontan un siglo atrás.

## El origen del «detente»

**L**os orígenes del «detente» se remontan a las revelaciones del Sagrado Corazón a santa Margarita María Alacoque. Los deseos del Sagrado Corazón los transmitía en carta a su superiora la madre Saumaise, el 2 de marzo de 1686. En la carta se decía: «*Él desea que usted mande hacer unos escudos con la imagen de su Sagrado Corazón, a fin de que todos aquellos que quieran ofrecerle un homenaje, los coloquen en sus casas; y otros más pequeños, para que las personas los lleven consigo*». En principio sólo los conventos de la Visitación tuvieron la autorización para esta práctica. La venerable Magdalena Rézumat, también de la Orden de la Visitación, supo por Nuestro Señor que una grave epidemia azotaría la ciudad de Marsella, en 1720, y que la devoción a su Sagrado Corazón auxiliaría a los marseleses. La venerable Ana Magdalena elaboró, con ayuda de sus hermanas del convento, miles de «Detentes» que se repartieron por toda la ciudad. Muchos de los que portaban la imagen del Sagrado Corazón no se contagiaron, y aquellos que quedaron apestados recibieron un extraordinario consuelo en esta devoción. Desde entonces la costumbre de portar la imagen del Sagrado Corazón se extendió por toda Francia y otros países.

Cuando estalló la Revolución francesa esta costumbre ya había alcanzado a todas las capas de la sociedad. Cuando María Antonieta fue guillotizada, entre sus pertenencias encontraron un dibujo del Sagrado Corazón, llagado, con la corona de espinas y

coronado con la cruz. Al dibujo acompañaba la jaculatoria: «Sagrado Corazón de Jesús ¡Ten misericordia de nosotros!». Su antecesora en el trono, María Leszczyńska, esposa de Luis XV, había recibido del papa Benedicto XIV, con motivo de su casamiento, varios detentes del Sagrado Corazón. En Francia, en los avatares de la Revolución, en la región de Mayenne, los «chouans» se habían levantado en armas contra el París jacobino. En sus trajes bordaban la imagen del Sagrado Corazón así como en sus banderas. Esta vez era otro tipo de peste, más mortífera, la que azotaba a Francia y en el Sagrado Corazón ponían su confianza.

### La resistencia en el Tirol

EL Tirol, en época de Napoleón, pertenecía al Imperio austriaco. Tras la batalla de Austerlitz, Napoleón obligó a Austria a ceder el Tirol al rey de Baviera, siempre sumiso al francés. El espíritu anticatólico de los nuevos amos pronto se hizo notar. En pocos meses fueron clausurados siete monasterios. Además, sufrieron la expulsión los obispos de Chur y Trent. El marqués de Montuelas, ministro de Baviera, decretó la supresión del culto católico en todo el Tirol. Al igual que en regiones como la Bretaña o la Normandía, esta región se convirtió en un foco de resistencia contra el espíritu de la Revolución que Napoleón pretendía imponer en toda Europa. En 1809, los tirolese fueron comandados por un humilde posadero: Andreas Hofer. Ha pasado a la historia como el «Chouan del Tirol». Los hombres que comandaba también portaron el detente, para enfrentarse a las hasta entonces invencibles tropas napoleónicas. Habían recibido promesas de Francisco II de que nunca cedería el Tirol, pero no fue así. Al principio, las fuerzas de Hofer consiguieron derrotar a las fuerzas bávaras en Sterzing. A pesar de ello Austria convino en entregar el Tirol a Baviera.

La sublevación tirolesa obligó a Napoleón a enviar un ejército de cuarenta mil hombres. Con escasos hombres y mal pertrechados, los tirolese consiguieron una milagrosa victoria y recuperaron Innsbruck. Hofer se convirtió en comandante general de las fuerzas campesinas. Pero nuevamente el Tirol, por un pacto internacional pasaría a manos de Baviera. Tras nuevas intentonas de alzamiento, Hofer se vio obligado a huir y esconderse, pero fue delatado y hecho prisionero por tropas italianas, en 1810. Se dice que Napoleón, al enterarse de su captura, comentó: «*Dadle un juicio justo y luego fusiladle*». El alzamiento de Hofer y su heroica resistencia fue breve, pero su ejemplo cundió por toda Europa y demostró que

los pueblos católicos podían enfrentarse al todopoderoso emperador.

### La resistencia católica francesa contra Napoleón

ENTRE 1810 y 1811 el Imperio napoleónico llegaba a su cénit. Había incorporado Holanda, la Valais, las orillas alemanas del mar del Norte y los Estados Pontificios. Además había instalado a sus parientes y generales como jefes de Estados de diversos países y reinos. Su influencia llegaba al Reino de Nápoles, Westfalia, España, los cantones helvéticos, la Confederación del Rin, el gran ducado de Varsovia, Dinamarca o Prusia. Con la firma del Concordato, la resistencia católica en el seno de Francia había quedado mitigada. Pero pronto las diferencias fueron más que patentes y Napoleón llegó a anexionarse los Estados Pontificios y secuestró al Papa. el papa Pío VII fulminó a Napoleón con una bula. El documento pontificio fue prohibido por la policía francesa, pero ésta no impidió que se fuera difundiendo por toda Francia. El incombustible Fouché —masón que había sobrevivido a todos los gobiernos desde la monarquía hasta Napoleón, pasando por los jacobinos— acusó y disolvió a la Sociedad del Sagrado Corazón. Unos jóvenes nobles, pertenecientes a esta asociación y fervientes católicos, decidieron constituir una especie de orden militar que denominaron los *Caballeros de la Fe* con el fin de defender los derechos de la Iglesia.

Estos jóvenes entusiastas fueron perseguidos y encarcelados. No obstante fueron capaces de organizar novenas en pleno París rezando por la liberación del Papa. La resistencia católica tomó tintes de disidencia política. Ante la obligación imperial de celebrar la conmemoración de la batalla de Austerlitz, muchos sacerdotes se negaron. También al iniciarse la campaña de Rusia, los curas estaban obligados a cantar el *Tedeum*, pero en muchas parroquias, como en el Jura, los fieles entonaron el *De Profundis*. Sin embargo, fue nuevamente la Vendée la que puso en jaque el poder imperial. Aunque estos alzamientos no son muy conocidos fueron lo suficientemente importantes para que Napoleón temiera por su trono. Un ejemplo de este temor es la fundación, en 1804 de la ciudad de La Roche-Sur-Yon. La ciudad se construyó sobre una roca granítica que domina el valle del Yon por su valor estratégico. Está justamente en el centro del departamento de la Vendée. Y tenía como intención el acuartelamiento de tropas permanentes para pacificar una región en constante peligro de sublevación.

## Las «mil vendéas»

**L**A resistencia católica en toda Europa llevó a Napoleón a referirse a las «mil vendéas» con que se encontraba. En Bélgica, surgió la figura de Corneille Stevens, una especie de guerrillero resistente. Era vicario general de Namur y se había opuesto a la Revolución francesa. Creyó posteriormente en Napoleón y su aparente pacificación religiosa. Tras descubrir sus intenciones, pasó a la clandestinidad en la región de Wavre desde donde distribuyó miles de folletos antinapoleónicos en toda Bélgica, además de organizar una red de resistencia. Igualmente en Alemania, aunque sin los tintes de cruzada que se vieron en el Tirol, los católicos se sumaron a los levantamientos populares apoyados por el Rey de Prusia.

Quizá en Italia es donde la resistencia tomó una forma más peculiar. La situación política de una Italia dividida y descompuesta y el tono anárquico de los italianos, llevó a que la resistencia mezclara elementos populares católicos con sus curas al frente; o, a veces, se mezclara el bandolerismo y las sociedades secretas como los carbonarios –especialmente en Nápoles– en la lucha contra el francés. El odio a Napoleón estaba muy extendido y no se le perdona el secuestro del Papa. Un chiste que corría por aquél entonces venía a decir: «¿Es verdad que los franceses son ladrones?, No todos, pero sí «buena parte» (*buona parte*, en italiano, en referencia a Napoleón Bonaparte)». El caso es las fuerzas napoleónicas vieron en el clero el elemento esencial de resistencia. En Nápoles Murat practicó detenciones en masa de sacerdotes, llegando a ser aprisionados más de seiscientos. Italia se convirtió en una «pequeña España» a juicio de los historiadores. Será precisamente en España donde la resistencia napoleónica fue más importante y donde Napoleón encontró su primera gran derrota.

## El espíritu de cruzada en la España antinapoleónica

**C**OMO decíamos antes, más de seis mil sacerdotes franceses huidos de la Revolución a España, habían alertado al pueblo español del carácter anticlerical del proceso. Napoleón fue visto para muchos católicos como una figura incluso anticristica. Un catecismo popular de la época,

tras la invasión, refería la invasión en estos términos: «-¿Quién ha entrado en España? –La segunda persona de la trinidad demoníaca. –¿De quién es hijo Napoleón? –Del pecado. –¿Qué son los franceses? –Antiguos cristianos convertidos en herejes. –¿Es un pecado matar al francés? –No, al contrario. Es adquirir grandes méritos». Aunque este «catecismo» debe tomarse en su contexto, nos desvela el espíritu popular hacia todo lo que representaban las fuerzas napoleónicas. Cabe destacar que el clero ocupó un lugar primordial en la resistencia. Destacaron figuras como el canónigo Baltasar Calvo, el padre Rico de Valencia, el padre Gil de Sevilla, el padre Puebla en Granada, el obispo de Santander o monseñor Menéndez de Luarca. En Zaragoza la resistencia fue dirigida por Don Basilio, un héroe de leyenda.

Buena parte de las partidas guerrilleras que supieron poner en jaque a un Ejército muy superior, eran las denominadas partidas de Cruzada. Estas nacieron de un edicto general elaborado por el carmelita descalzo fray Manuel de Santo Tomás, en 1809. El edicto fundamentaba teológicamente la guerra justa contra un ejército ateo, la lucha por el territorio ocupado, y el derecho legítimo a recuperar los bienes de la Iglesia expoliados por el ejército napoleónico. Así, España se llenó de partidas guerrilleras formadas exclusivamente por frailes. Podemos descubrir como los dominicos recorrían las tierras de Málaga hostigando al francés o los carmelitas en Logroño. Aunque eran partidas guerrilleras quedaron reglamentadas por el carmelita zaragozano padre Manuel Traggia. Los carmelitas y capuchinos fueron especialmente protagonistas en este conflicto y sufrieron crueles represalias por parte de las tropas revolucionarias.

Un ejemplo de este espíritu de Cruzada lo encontramos en los sitios de Gerona. Ahí se formó un batallón de voluntarios denominado Cruzada Gerundense, durante el asedio de 1809. El batallón estaba formado por ocho compañías de voluntarios, dos de ellas formadas exclusivamente por religiosos, otras estaban formados por obreros o carpinteros. El nombre de *cruzada* correspondía a ese profundo sentimiento de estar combatiendo por la Religión frente al laicismo revolucionario francés. Muchos serían los datos a aportar que harían interminable este artículo, pero hemos querido recoger como en pleno apogeo revolucionario, encabezado por Napoleón, de una u otra forma el pueblo católico supo enfrentarse.





# Sugiriendo una visión del Dos de Mayo por sus raíces sustantivas

JUAN MANUEL MONTOBBIO JOVER

**E**SPLENDOROSA y arrogante nos ha parecido siempre esta fecha: Dos de Mayo. En la visión superficial de la historia episódica al alcance de la mano, en las lecturas enciclopédicas de la enseñanza primaria, en los conocimientos históricos intrascendentes del hombre de la calle, es esta fecha del 2 de mayo de 1808 un elemento indispensable con cuya falta no hay que contar nunca.

Lo que sí es más difícil es que este conocimiento se extienda a las verdaderas causas de la rebelión del alma española, cristalizada un feliz día, 2 de mayo de 1808. Con paradójica falta de lógica y de coordinación, las causas psicológicas que la misma historia puede aportarnos, son desconocidas por los entusiastas conocedores de la epopeya de unas horas.

La epopeya de estas horas no hubiera sido posible sin una serie de factores. No hubiera sido posible si el pueblo de España no hubiera conservado intacta su vieja contextura con la fuerza invencible de sus tremendas virtudes. Al escribir esto, no lo hacemos para añadir una más al número de huecas y vulgares ponderaciones; lo hacemos, y vamos a dar pruebas de ello en seguida, para denunciar aquí una verdad histórica ciertísima, y que tal vez haya quedado demasiado desapercibida, o por lo menos poco ponderada: El 2 de mayo de 1808 no es una fecha que debe incorporarse a la historia con la naturaleza de mojón señalativo de un episodio más o menos importante. El Dos de Mayo es algo más que esto: es el índice de la reacción del pueblo español —subrayamos eso del pueblo español—, y por lo tanto de España, frente a todo lo que representaba la Revolución francesa, con sus antecedentes y sus consecuencias. El Dos de Mayo no fue una sorpresa.

La marcha de los acontecimientos franceses había llegado hacer algo más que esa que se llama conmover a un pueblo, en el pueblo español. Había obligado a sus gobernantes no ya a preocuparse de su reacción, a observarla y a dirigirla, si no a verse arrastrados por ella. Irrefutable testimonio nos da de ello esta pregunta de Godoy en la Consulta dirigida al Consejo de Estado en 24 de agosto de 1792: «¿Estamos ya en el caso de tomar un partido contra la Revolución francesa para reponer a aquel soberano en los justos derechos de su soberanía y libertar a su familia de las vejaciones que está sufriendo?» Esta vez, claro está que aún quedaba mucho para llegar a

los tiempos liberales, todavía no eran los gobernantes los que arrastraban al pueblo. Era el pueblo el que arrastraba a los gobernantes y nada menos que a una guerra.

Los gobernantes y el pueblo. Puede decirse que nunca en España ha existido un divorcio tan completo entre ellos. Si no se señaló de manera ostensible fue porque el pueblo aún encuadrado en su manera de ser orgánica no estaba dispuesto para manifestar el desacuerdo. Más tarde ya fue distinto: el pueblo estuvo siempre poco o mucho por los gobernantes y los gobernantes hubieron de contar con poco o mucho pueblo. Pero entonces los gobernantes, hijos de las ideas enciclopedistas de su siglo, estaban tristemente incapacitados para dar forma a la posición del pueblo de una nobleza exaltada, radiante y elemental. Incapacitados por su formación afrancesada, por su incompetencia política, por su pusilanimidad barroca, por todo este conjunto de desgracias de fondo y de formas que Menéndez y Pelayo sintetiza calificándolo felizmente de achatamiento moral.

El pueblo estaba decidido a salir al paso a la Revolución con una guerra franca. Lástima que el poco espacio de que disponemos, nos prive de aportar datos preciosísimos acerca de ello. El pueblo escribía y leía folletos y aleluyas, componía canciones y escuchaba predicadores. El pueblo estaba dispuesto —esto era lo más grave— a dar su hacienda. El pueblo levantaba levadas, el pueblo se dirigía al rey. Estos hechos están comprobados por un número tan desbordante de pruebas que aunque su existencia no haya sido suficiente considerada por nuestros historiadores, resultan abrumadoramente indiscutibles. De aquí el estupor de Godoy: «¿Estamos ya en el caso de tomar un partido?...»

Sin duda se estaba en este caso y vino la guerra. El entusiasmo popular se desbordó. El índice económico, de una significación siempre segura en todos los tiempos, marcó la cifra más alta en el termómetro europeo de aportaciones voluntarias para la guerra: 73 millones. En Francia se habían recaudado solamente 50 y en Inglaterra, 45. El fervor de los alistamientos llevó a reclamar un puesto en las filas a mozos de todos los pueblos de España, según nos dice el circunspecto y serio testimonio de Gómez de Arteche. No se entienda esto de reclamar y de desbordar, de superar cifras monetarias, como expre-

sión de ditirambo ponderativo: rezan las cifras escuetas, hablan los informes oficiales y oficiosos de las secretarías, cantan los escritos y los versos, las «aucas» y los chascarrillos de la tosca y noble elementalidad del pueblo. Godoy, tan reacio y remolón para llegar al punto de la declaración de guerra, nos deja escrito en sus *Memorias* (pág. 112): «No fue en 93 un partido quien aprobó la guerra, sino la nación entera; y no sólo la aprobó sino que clamó por ella con entusiasmo generoso, y no clamó tan sólo, sino que corrió delante de ella con las personas, con sus riquezas, con sus bienes todos, no solamente los superfluos, sino los necesarios, desde los tesoros del grande de Castilla hasta el pobre maravedí del mendigo. Jamás la España mostró una decisión más pronunciada, más solícita, más activa, más universal.»

El pueblo había corrido delante de los acontecimientos, delante de la guerra. La comunicación del pueblo entre sí fue exultante. Se ha dicho que uno de los dramas más desesperantes que puede registrar la historia es el de un gran gobernante, sin pueblo. Digamos ahora que más desesperante resultó todavía el momento dramático de aquel entonces para el pueblo español: el de un gran pueblo con salud suficiente para la grandeza, sin gobernantes aptos, no ya para conducirlo a ella, sino ni tan siquiera para encauzar sus posibilidades.

El pueblo se estrechó alrededor del rey. Por encima de todo, aparecía único este símbolo de la Patria. Mientras la guerra era decidida el rey era el blanco de todos los ofrecimientos. Oigamos un sermón dirigido al pueblo de Barcelona: «¡Oh, Carlos... amado Carlos! Tu pueblo español bendice tus providencias de precaución contra la infernal propaganda. — Pero, decidme, catalanes, ¿no es verdad que vuestro amor al rey os hacía esperar con impaciencia la declaración de guerra contra este pueblo abandonado a sí mismo y enemigo de la humanidad?»

Así se inició por el pueblo su marcha a la guerra. Resonaban todavía calientes los dicterios y las protestas por el regicidio de los Capetos. El eco con que la parte de acá de los Pirineos contestaba a las alucinantes voces de la Revolución parecía ser el del estribillo de la canción popular catalana a la muerte de María Antonieta:

*«Ay malahida Fransa  
la vindrás a pagar.»*

Estas breves líneas no pueden recoger relaciones de hechos. No vamos a registrar las campañas de 1793 y 1795 en su parte episódica. En su parte de fondo histórico bastarían solamente las palabras de Godoy, para darnos idea de la naturaleza y la raigambre de los sentimientos del pueblo español frente a la Revolución.

Bástenos recordar lo ya tan sabido: que ni los gobernantes ni el Rey supieran permanecer a la altura del entusiasmo de los pueblos y del valor y las conquistas de los ejércitos. Su achatamiento moral, como diría Menéndez Pelayo, su miopía política y su inconsistencia siempre pronta a las combinaciones sin entereza llevaron a España a la paz de Basilea y, como consecuencia, a la más vergonzosa de ellas: la alianza con la República francesa.

Los años pasaron y llegó la hora del pueblo español otra vez. El sucesor de la Francia republicana se le entraba por las puertas y su naturaleza despertó de nuevo. Pero esta vez el pueblo no encontró la cortapisa del gobernante: sin él había quedado y sin él organizó espontáneamente esta resistencia aislada, ante cuya eficacia no queda más que enmudecer de admiración. Fue el pueblo, otra vez. Y los que quedaban aún tan prendidos en la red enciclopedista de la Revolución, sacudieran con extranjerizado remilgo el polvillo de su repugnancia a esta explosión de vida y de fe que España llevó hasta el fin. El conde de Toreno, con doctrinarismo de elegante y ceguera de afrancesado, llama a la epopeya del pueblo en la guerra de la Independencia «singular demagogia, pordiosera y afracilada, supersticiosa y muy repugnante».

Si Napoleón hubiera estudiado con detenimiento el estado de los sentimientos del pueblo español, no hubiera contado entre las muchas sorpresas que le tenía deparadas la campaña de España, esta sorpresa psicológica de una reacción no menos psicológica. Reacción que no fue más que el efecto que podía esperarse del concepto que de Napoleón tenía el pueblo español: el del continuador de la disolución y del regicidio, el del usurpador del trono de Francia, de aquella infiel y maldita Francia, que al fin de cuentas había de venirla a pagar. Si el pueblo español organizó en un momento aquel valladar de resistencia, y encontró en sí mismo fuente inagotable de entusiasmo para combatir y derrotar a los franceses, fue porque junto al amor de la independencia tenía el manantial de su ortodoxia en animadversión con la Revolución.

Napoleón había concluido varias componendas con pueblos vencidos, entendiéndose siempre con sus gobernantes. La vez que más había de costarle el no imponer en todo su voluntad había de ser la entrevista con una bella enemiga: la reina Luisa de Prusia. La reina Luisa le recibió en lo alto de una escalinata, vestida toda de blanco y llevando sus mejores joyas antiguas, y encontró para esta difícil situación de reina legítima y vencida, una frase, que un autor encuentra de encantadora sencillez: «Perdone V. M. esta larga escalera». Napoleón, que a pesar de querer ser el Rodolfo de su linaje —según notificó a su suegro el emperador Francisco— lleva-

ba en su sangre la ancestral galantería de los hidalguillos corsos que le antecedieron, supo hallar una frase adecuada de contestación, con ribetes de ironía: «¡Qué no haría uno, Señora, para llegar a la que se encuentra en su amable fin!». Pero en España el caso era distinto: el camino de estabilización de la conquista no consistió en la simple ascensión de una larga escalera, en cuyo amable fin hubiera de encontrarse, como parlamentario, a una legítima reina vestida de blanco y adornada con joyas antiguas. Las conferencias con los reyes precedieron en España a todo, y el papel de parlamentario que pudiera tener la agria e inquietante María Luisa, fue sustituido por la crudeza de los hechos: el pueblo había sustituido a reyes y gobernantes, defendiendo en un

hermoso despertar, como dice Menéndez Pelayo, a ellos y a sí mismo, a la entraña misma de la España eterna.

La memoria de la guerra de la Independencia vivió latente y actual en España mucho tiempo después de terminada, si no para los gobernantes, sí por lo menos para el pueblo. Los folletos, las canciones y los grabados que la habían precedido, la sucedieron narrándola y vivificándola después de su fin por el tiempo, años y años. Y ésta es la consecuencia de todo ello: el Dos de Mayo no es un hecho aislado. La historia del Dos de Mayo no es la que generalmente se nos enseña en la historia del manualito: comenzó mucho antes del Dos de Mayo y terminó mucho después. El Dos de Mayo no fue una sorpresa.

## *Un grito de independencia, una guerra de religión*

Precisamente en lo irregular consistió la grandeza de aquella guerra, emprendida provincia a provincia, pueblo a pueblo: guerra infeliz cuando se combatió en tropas regulares, o se quiso centralizar y dirigir el movimiento, y dichosa y heroica cuando, siguiendo cada cual el nativo impulso de disgregación y de autonomía, de confianza en sí propio y de enérgico y desmandado individualismo, lidió tras de las tapias de su pueblo, o en los vados del conocido río, en las guajiras y fraguras de la vecina cordillera, o en el paterno terruño, ungido y fecundizado en otras edades con la sangre de los domeñadores de moros y de los confirmantes de las cartas municipales, cuyo espíritu pareció renacer en las primeras juntas. La resistencia se organizó, pues, democráticamente y a la española, con ese federalismo instintivo y tradicional, que surge aquí en los grandes peligros y en los grandes reveses, y que, como era de esperar, avivada y enfervorizada por el espíritu religioso, que vivía íntegro, a lo menos en los humildes y pequeños, y acaudillada y dirigida en gran parte por los frailes. De ello dan testimonio la dictadura del P. Rico en Valencia, la del P. Gil en Sevilla, la de fray Mariano de Sevilla en Cádiz, la del P. Puebla en Granada, la del obispo Menéndez de Lúcar en Santander. Alentó la Virgen del Pilar el brazo de los zaragozanos: pusiéronse los gerundenses bajo la protección de san Narciso; y en la mente de todos estuvo (si se quita el escaso número de los llamados «liberales» que por loable inconsecuencia dejaron de afrancesarse) que aquella guerra tanto como española y de independencia, era guerra de religión contra las ideas del siglo XVIII difundidas por las

legiones napoleónicas. ¡Cuán cierto es que en aquella guerra cupo el lauro más alto a lo que su cultísimo historiador, el conde de Toreno, llama, con su aristocrático desdén de prohombre doctrinario, *singular demagogia, pordiosera y afrailada, supersticiosa y muy repugnante!* ¡Lástima que sin esta *demagogia* tan mal oliente, y que tanto atacaba los nervios al ilustre conde, no sean posibles Zaragozas ni Geronas!

Sin duda por no mezclarse con esa *demagogia pordiosera*, los cortesanos de Carlos IV, los clérigos *ilustrados* y *de luces*, los abates, los literatos, los economistas y los filántropos, tomaron muy desde el principio el partido de los franceses, y constituyeron aquella legión de traidores, de eterno vilipendio en los anales del mundo, que nuestros mayores llamaron *afrancesados*. Después de todo, no ha de negarse que procedieron con lógica: si ellos no eran cristianos ni españoles, ni tenían nada de común con la antigua España sino el haber nacido en su suelo, si además los invasores traían escritos en su bandera todos los principios de gobierno que ellos enaltecían; si para ellos el *ideal* (como ahora dicen) era *un déspota ilustrado*, un César impío que regenerase a los pueblos por fuerza y atase corto al Papa y a los frailes; si además este César traía consigo el poder y el prestigio militar más formidables que han visto las edades, en términos que parecía loca temeridad toda resistencia, ¿cómo no habían de recibirle con palmas, y sembrar de flores y agasajos su camino?

Menéndez Pelayo:  
*Historia de los heterodoxos españoles*

# El espíritu de Cataluña en la guerra de la Independencia

GERARDO MANRESA PRESAS

A poca distancia de la Guerra Gran,<sup>1</sup> trece años, la guerra de Cataluña contra Napoleón presenta con aquella muchas cosas similares, hasta el punto, podríamos decir, que no es sino una trágica y tenebrosa ampliación. Los sentimientos que sostienen la airada resistencia de los catalanes son los mismos. Es también la misma la actitud de Francia contra Cataluña, pero efectuada con realizaciones más ardidadas y rotundas.<sup>2</sup> Con estas palabras inicia Ferran Soldevila el capítulo XXXVII de su *Historia de Catalunya*. Algunas líneas más abajo dice cuales eran estas fuertes similitudes: «Religiosidad, lealtad dinástica, patriotismo, son los sentimientos que sostienen la resistencia de los catalanes»,<sup>3</sup> pero hace una dura crítica a la misma.

«La religiosidad –dice–, toma ahora una exaltación que llega a la ferocidad: es la guerra santa con todo lo que siempre ha comportado de exterminador».<sup>4</sup> No es de extrañar que Cataluña se tomara aquella guerra como una guerra de salvación de la religión, pues veía el riesgo de perderla a manos de la Revolución francesa, cosa que había pasado en Francia. Las críticas del historiador van dirigidas únicamente a los defensores de la religión, sin embargo para aquellos que provocaron la persecución de la Iglesia en Francia y la expulsión o muerte de tantos obispos y sacerdotes y que querían exportar la Revolución a Cataluña, ya fuera de forma «ilustrada» o ya más violenta, apenas tiene palabras críticas.

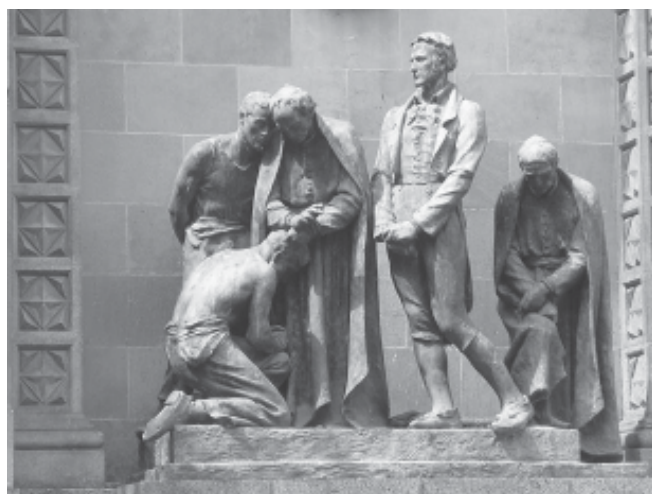
Resulta, cuanto menos, bastante sorprendente el juicio sobre esta situación histórica que hace el historiador en este caso, pero es la misma que hacían los colaboradores de los franceses en aquellos años. En una Revolución, que pretendía aniquilar a la Iglesia, guillotinando a cantidad de fieles creyentes, sacerdotes y obispos no juramentados, y a todas las personas que se opusieran a su voluntad, a los que se pretenden defender de sus ataques se les llama *feroces* y *exterminadores*, mientras que se trata con gran benevolencia, sino al menos justificándolos, a todos aque-

1. *Guerra Gran*: en el año 1793 Cataluña tuvo que defenderse, mediante una guerra, contra el intento de invasión de la República francesa a través del Rosellón, para unir Cataluña a Francia e implantar las ideas de la Revolución en Cataluña

2. Ferran Soldevila, *Historia de Catalunya*, Ed. Alpha, 1963, pg. 1263

3. Ferran Soldevila, ob. cit., pg. 1263

4. Ferran Soldevila, ob. cit., pg. 1263.



*Monumento de Josep Llimona a los héroes de Barcelona*

llos que han asesinado y colaborado con la Revolución y, una vez acabada esta operación en su país, se dedican a invadir otro para robarle la religión y el trono. Baste recordar como trató la Revolución al pueblo de la región francesa de la Vendée: con el exterminio de más de un tercio de la población.

Las ideas de la Revolución francesa, reconocen los historiadores, incluido Ferran Soldevila, apenas tenían audiencia en Cataluña. Dice Miquel dels Sants Oliver que en España «había una minoría reducidísima de “eclairés” favorables a las reformas, un ínfimo residuo de jóvenes del primer vuelo calentados en silencio por el espectáculo de la Asamblea francesa y el noventa y nueve por ciento del reino adicto a la tradición religiosa, monárquica y de las costumbres antiguas».<sup>5</sup> Y líneas más abajo añade: aunque había artistas, que habían viajado, médicos, químicos, matemáticos que habían sostenido correspondencia científica con los principales corifeos de la *Enciclopedia*, nobles que habían pagado tributo a la moda de «correr cortes» no había en Cataluña –o al menos no se encuentran rastros– una tradición de volterianismo y filosofismo parecido al que se produjo en Azcoitia en las Vascongadas y se coló después al seminario de Vergara. No se encuentra un movimiento como el de Salamanca, ni como el de Sevilla; no queda memoria ni de un don Ignacio

5. Miquel S. Oliver, *Catalunya en temps de la Revolució Francesa*, Soc. Catalana d'Edicions, vol. XXXIII, pg.58.

Manuel de Altuna, que hubiera merecido el mayor panegírico que ningún hombre arrancara de la pluma de Rousseau, o un romántico marqués de Mora, que robara las preferencias de madame Lespinasse a todo un D'Alembert. No quiere decir esto que los libros de Montesquieu, de Raynal, de Diderot, y del mismo Rousseau fueran desconocidos a la gente instruida en Cataluña, ni que en las poblaciones y comarcas de la frontera no hubiera comunicación del espíritu transpirenaico mucho más intensa que con la capital y la región central y el sur de la nación española. Pella, en su nutrida *Historia del Ampurdán*, habla de «aquellos abogados y hombres de letras de Girona y la costa que se llenaban la cabeza en largas lecturas de ciertas obras que han aparecido después en sus librerías entre folios de derecho romano y decretales», sin perjuicio de que las mismas comarcas «pasasen a la reacción más enérgica y exaltada, cuando los primeros desmanes revolucionarios».<sup>6</sup>

Cataluña fue la primera en recibir, tanto la influencia de los escritos revolucionarios franceses, como a los primeros emigrantes y, tal como dicen todos los historiadores, el sentimiento catalán siempre fue el sentido antirrevolucionario y de defensa del orden tradicional. No es de extrañar que fuera así, pues esta misma tradición ya se había defendido cien años antes en la guerra de Sucesión contra Felipe V.<sup>7</sup> Para Cataluña la guerra de la Independencia fue la continuación de la Guerra gran, guerra contra la Revolución francesa, en la que se defendía, principalmente la religión, pues las ideas ilustradas de la Revolución llevaban a la completa destrucción de la religión.

Este carácter de defensa de la fe es más acentuado en Cataluña que en el resto de España, pues en el resto de la nación, tal como se ha visto, empezaban a extenderse, aunque fuera tímidamente, las ideas de la *Enciclopedia*, ya fuera a través de los gobiernos de Floridablanca y Aranda, y después a través de Godoy, ya a través de la aristocracia contaminada huida de Francia o por los mismos afrancesados, y allí el sentimiento liberal estaba más extendido.

En este aspecto Cataluña era muy parecida a la región de la Vendée, un país muy tradicional, con una aristocracia rural muy unida al pueblo y una religiosidad popular muy arraigada.

Se puede ver este espíritu de los catalanes ante las ideas de la Revolución por las descripciones que hace,

6. Miquel S. Oliver, ob. cit., pg. 62-63.

7. En 1705, El consejero del Consell de Cent, Feliu de la Peña, escribió el libro, *Los Anales de Cataluña*, los tres tomos iban dedicados, el primero a Dios, el segundo a la Patria y el tercero el rey, Carlos III, el archiduque de Austria.

en su libro, Miquel dels Sants Oliver. Con relación a la segunda entrada de emigrantes, escribe: «La nueva emigración de este año no es ya tan florida ni opulenta como la de 1791, compuesta de títulos, prelados, dignatarios. Entran todo tipo de desertores, pequeños burgueses y menestrales del sur complicados en tentativas contrarrevolucionarias, largas colas de sacerdotes perseguidos con motivo del juramento de la Constitución Civil del Clero». (...) Pero no solamente vigila a los revolucionarios, sino también se mira con ojos recelosos a toda esta inmigración, dice Oliver: «no solamente la esfera oficial, sino también y principalmente entre el pueblo, que no deja de sentir desconfianza respecto de los mismos emigrantes realistas y católicos, salidos de Francia por los ultrajes que se hacían al trono y al altar. (...). No pocos entre los nobles emigrados llevan en el alma el gusano del escepticismo filosófico y la relajación de costumbres, elegantes y frívolas. Se dan cuenta tarde del mal que se han hecho a sí mismos erigiendo la negación religiosa en gracia y exquisitez del espíritu; y es sólo cuando se pierden los privilegios que se acuerdan de los íntimos fundamentes de la sociedad antigua, por ellos socavados y disueltos con todos los corrosivos de la ironía y el sarcasmo. Hay que no pueden volver a las prácticas religiosas que su condición de refugiados les aconseja».<sup>8</sup>

Pone como ejemplo lo sucedido en el hostel de Pineda, a principios del año 1792 con unos emigrados que acaban de entrar en Cataluña: «Eran militares descreídos e iba entre ellos el maestro de cuartel del regimiento de Champagne, el más volteriano del grupo. Llegados por la noche al hostel, a la mañana siguiente, domingo, debían seguir para Barcelona. Por la mañana la campana del establecimiento, empieza a tocar; el hostelero, la hostelera, los mozos del hostel, a la puerta de los dormitorios, dan la voz: «A misa». Hace frío: los pasajeros ríen entre ellos y se giran hacia el otro lado sin responder. De la compañía sólo se levantan para ir a la iglesia dos infelices soldados rasos. Pero he aquí que, dicha la misa, todos vuelven a la posada y los tartaneros, desconfiados, preguntan a otro pasajero francés, conoedor del país: «¿Cómo es que estos caballeros nos hacen creer que se van de Francia porque la religión está por los suelos, que vienen aquí para pedir ayuda para restituirla y no se les puede hacer ir a misa de ninguna manera? Como que hay mundo les haremos ir, cueste lo que cueste, nosotros no queremos pagar sus pecados». Y por segunda vez los llaman, y reúnen a gente de la calle y les hacen entender a los recalitrantes que si no iban a la segunda misa no se les llevaría a Barcelona.»<sup>9</sup>

8. Miquel S. Oliver, ob. cit., pg.124.

9. Miquel S. Oliver, ob. cit., pg.125.

Ejemplos de este tipo cita en su libro Oliver, mostrando el carácter de defensa de la religión que presentó la *Guerra gran* y, después, la guerra de la Independencia, en Cataluña. El mismo Ferran Soldevila relata que junto a la propaganda feroz contra el ejército de Napoleón<sup>10</sup> se hacían constantes funciones religiosas, los ejercicios piadosos, invocaciones al Santísimo, a la Virgen, a los santos patronos, con procesiones para sacarlos de las ermitas y templos, estampas devotas, todos los ritos, en fin, de la religiosidad popular y sugestionadora y entenderemos como el sentimiento religioso había de ser el más fuerte impulsor de la resistencia enfrente de la invasión francesa y de los planes napoleónicos.<sup>11</sup>

Este sentido de defensa de la fe queda patente en la mayor parte de las acciones de guerra. En las dos acciones más conocidas de la guerra de la Independencia en Cataluña, la batalla del Bruc y los sitios de Girona, en ambos casos el sentido de guerra en defensa de la religión estuvo presente.

En la batalla del Bruc, el día 6 de junio, la bandera del Santo Cristo de Igualada presidió el grupo de somatenes y voluntarios de Manresa, Igualada y Santpedor, y de tal forma sentían esta protección, que en la ciudad de Igualada tomaron la costumbre de que cada vez que moría alguno de los que habían luchado en dicho combate era enterrado cubriendo la caja con dicha bandera. Durante muchos años el Ayuntamiento sacaba solemnemente en procesión dicho estandarte en la fiesta cívica que celebraba todos los años en el aniversario de dicho día.

También en Girona, en el tercer sitio, el más angustioso, fue declarado san Narciso generalísimo del ejército defensor. Ante este sitio, en la ciudad de Solsona se llegó a predicar una cruzada para ir en ayuda de los gerundenses. Dicha cruzada tenía que estar encabezada por el obispo, el cual, por causa de su edad y enfermedad, delegó en el vicario general.<sup>12</sup>

Así mismo, la defensa de la ciudad de Barcelona contra las tropas de Napoleón tuvo este sentido martirial y, entrados los franceses en la ciudad, por traición de algunos de sus gobernantes, el pueblo no cesó en su lucha aunque fracasó en los tres intentos. Después de la condena a muerte de los cinco mártires de Barcelona, en el informe que el comisario Casanova, colaborador de los franceses, satisfecho de su labor dirigió al general Duhesme, decía:

«El fanatismo es y ha sido el resorte del público

10. Dice Ferran Soldevila que se hacían canciones y escritos contra Napoleón y se le llamaba «Demonio encarnado», «aborto de Lucifer», «primogénito del gran Diablo».

11. Ferran Soldevila, ob. cit., pg. 1265.

12. J.M<sup>a</sup> Mundet Gifre, *La primera guerra carlina a Catalunya*, Publicacions Abadia de Montserrat, 1990, pag. 15.

modo de pensar; el fanatismo, vuelvo a decir, se ha unido con el egoísmo de los eclesiásticos seculares y regulares, que temen haber ya llegada la hora en que se verán obligados a cumplir con los verdaderos deberes de su ministerio; irritados de observar que se acaba ya su influjo sobre los hombres, han puesto en movimiento todas las intrigas y medios que sostenían su cetro. La conducta del individuo y cuerpo eclesiástico nos cercioran de estas verdades, probadas por las varias experiencias que hemos hecho hasta el punto de evidencia. En todas las iglesias hemos visto rogativas públicas, no para nuestro rey,<sup>13</sup> sino para la ruina del ejército francés, obrando siempre con toda la precaución y malicia imaginables».<sup>14</sup>

Como puede verse, y como se ha dicho al principio, los fanáticos son los sacerdotes que no se han puesto a favor del revolucionario ejército de Napoleón y que se dedican a rezar con y para su pueblo. Por esto, en su momento se llamó *macabeos* a los defensores de la ciudad de Barcelona y todavía hoy se les llama mártires<sup>15</sup> de la guerra de 1809 contra Napoleón, a las personas que murieron ejecutadas por los franceses tras los intentos de liberación fracasados. Pero, incluso el historiador francés Desdévise de Dezert hace notar la sorpresa del resto de España ante el comportamiento tan tenaz de los catalanes: «El pueblo catalán, que al inicio del siglo XIX era de trabajadores pacíficos y ciudadanos emprendedores, hizo suya la causa de Dios, y se lanzó de golpe y ante el estupor de los que le gobernaban, sin conocerle, y creyéndole muerto cuando estaba a punto de resucitar, dio un ejemplo admirable de idealismo y de una indomable consistencia en el sacrificio».<sup>16</sup>

Cataluña, en el siglo XIX, al igual que lo había hecho en 1714, se distinguió, principalmente, por la defensa de su fe, bajo el lema *Religión, Patria y Rey*. Algunos años después, en lucha contra el liberalismo, ya establecido en España, no cedió en su empeño y lo defendió en cuatro guerras, durante el Trienio liberal con la Regencia de Urgel y las tres guerras carlistas, hasta que, derrotada en todas ellas, se está viendo arrollada por el centralismo político, el nacionalismo romántico y, finalmente, por el modernismo religioso.

13. Se trata de José I, Bonaparte

14. J.M. García Rodríguez, *Guerra de la Independencia, Ensayos histórico-políticos de la epopeya española*, Ed. Luis Caralt, 1945.

15. Los condenados a muerte fueron: Dr. Joaquín Pou, P. Juan Gallifa, teatino, Juan Massana, Salvador Aulet y el sargento José Navarro. Posteriormente también fueron condenados a muerte Ramón Mas, Julián Portet y Pedro Lastortras por acceder, calladamente, a las campanas de la catedral, y con martillos, hacer sonarlas durante los minutos que duró la ejecución de los cinco mártires.

16. J.M<sup>a</sup> Mundet Gifre, ob. cit., pag. 15.

# Cortes de Cádiz – Las doctrinas perniciosas

MELCHOR FERRER

**E**RA una Corte y un pueblo. La Corte frívola, sujeta a las veleidades de un favorito más atento a congraciarse con la Reina que a procurar el bien de los españoles. Corte de intrigas y de placeres en que no siempre se hallaban bien guardadas la moral y el respeto, siquiera fuera en apariencia. Corte de Carlos IV, bonachón y apacible, y de cortesanos que lo eran más del primer ministro que del rey. En la que los generales y almirantes se sacrificaban, en que los funcionarios medraban y en la que los palatinos intrigaban y murmuraban. Y un pueblo sencillo y humilde hasta el que llegaba el mal ejemplo dado por las clases aristocráticas, piadoso sí, pero en el que cundía, como brisa envenenada, las ideas que durante un siglo habían sido las que habían preparado el gran estallido de la revolución en la Monarquía transpirenaica.

En este pueblo en el que, como decimos, el mal ejemplo no se había ahorrado ni tampoco velado públicamente, estaban sus clases directoras emponzoñadas por ideas disolventes, aunque muchas veces los mismos que las propalaban no tuvieran otro designio que mostrarse *ilustrados*, que éste era el adjetivo que acompañaba a todo: despotismo ilustrado, ideas ilustradas y hasta religión ilustrada. Conjunto de ideologías mal traducidas y poco adaptadas, muchas veces enunciadas, y casi nunca digeridas.

Así se había ido formando un pensamiento español de retazos de pensamientos extranjeros. El galicanismo, que en Francia había evolucionado desde los tiempos de Bossuet y de Luis XIV y que habían introducido los abates cortesanos de Felipe V, había tomado este sello ilustrado a que nos referimos, convirtiéndose en el hispanismo o, como mejor le cuadraría, según Menéndez y Pelayo, el goticismo, ya que se llevaba y se traía constantemente la disciplina de los tiempos de los reyes visigodos sin parar en mientes de la diferencia de los tiempos y los cambios constantes de los pueblos, pero sin tampoco verter muchas lágrimas en la reforma cluniacense que al dar el traste con el antiguo ritualismo español había conseguido la unidad de España con su madre la Iglesia romana. Y era ello porque en España se pretendía más defender la independencia de nuestra Iglesia que el retorno a las formas antiguas de la liturgia hispánica. (En los concilios góticos y en los que les precedieron buscaban aquellos hispanistas la oposición al Pastor común, no el retorno a viejas, desusadas y proscritas tradi-

ciones.) El jansenismo que sólo lo era en cuanto a su lucha contra el poder pontifical del Romano Soberano, ya que poco les importaba las cuestiones de la gracia suscitadas por el obispo de Yprés, habiendo tenido sus victorias definitivas –o así lo creyeron ellos– con la expulsión de la Compañía de Jesús en tiempos de Carlos III, no les quedaba más que el tronco del árbol de la Iglesia al que atacar, como había escrito a su tiempo el filósofo enciclopedista D’Alembert. Pero este jansenismo infeccionaba muchas esferas eclesiásticas y no eran pocos los que habían caído más o menos conscientemente en las redes de la rebelión, hipócritamente mantenida y conservada. El filosofismo, en el que se encerraban todos los errores de un pretendido racionalismo y que no era más que una forma elegante de poder obrar conforme a sus concupiscencias, y de hacer gala de irreligión, revistiéndola con el ropaje de la ligereza. La masonería que, introducida en España, no dejaba de extender sus tentáculos entre las clases aristocráticas y enriquecidas, viniendo a ser el nexo común y la fuerza propulsora del ataque formal a la Iglesia en España y a las escasas tradiciones políticas que entonces se conservaban. Y por último el liberalismo, nacido de el racionalismo y educado en el naturalismo, o religión de la naturaleza; enemigo acérrimo de la fe y de las tradiciones político-cristianas, que viera su aurora en la «Declaración de los Derechos del Hombre». Todos ellos no tenían reparo alguno que oponer a la orgía de sangre con que su advenimiento había horrorizado a los franceses, quienes tan inconscientemente lo habían preparado.

## El 2 de Mayo

**T**ODOS los elementos propios de la revolución liberal estaban ya introducidos en España cuando va a surgir el liberalismo político en ella. Si bien no se ha infiltrado en los elementos populares de la Nación española, hay tantas brechas abiertas en la sociedad de aquel tiempo, que pueden contarse como escasas las fuerzas de resistencia a las ideas innovadoras. Precisaba un acontecimiento que diera a la luz tal revolución. Cumpliendo su misión fatídica Napoleón y Godoy serán sus instrumentos y España conocerá un triunfo que si parece a sus contemporáneos efímero, la historia nos enseñará que fue decisivo durante todo el siglo que le

siguió. Con el engaño de una fementida amistad y una falsa alianza los soldados del Imperio, vehículos de la revolución en Europa, se habían introducido como amigos en nuestras ciudades. El ambiente de cortesía, y la falta de reflexión, daba a aquella llegada las características de una excelente acogida: saraos y recepciones no faltaban para los oficiales aguerridos de los ejércitos napoleónicos, y si bien la masa popular les miraba con cierta prevención, ésta no existía en el mundo elegante, ni en el que se llamaba intelectual y artístico y mucho menos, salvo honrosas excepciones como la del general Álvarez de Castro en el castillo de Montjuich, en el mundo oficial. Pero como que el engaño debía terminar, ya que al final debían quitarse la careta los falsos amigos, también, llegada aquella hora, fue la clase popular la que sintió en su rostro el sonrojo de la vergüenza, y estalló la ira del pueblo, bien alentada sin embargo por algunos que ocupando altos cargos —el infante Don Antonio Pascual, por ejemplo—, expresándose en forma definitiva contra la extranjerización, en la jornada del 2 de mayo de 1808.

Fuera o no espontánea la rebelión del pueblo madrileño contra el despotismo de Joaquín Murat y contra los atropellos de la soldadesca francesa, no es este el momento de dilucidarlo. Lo que importa es el hecho histórico de aquel acontecimiento de tan gran importancia que señala el fin de la historia moderna de nuestra patria y el comienzo de la contemporánea. Lo que nos importa, en este momento, es saber que el alzamiento del pueblo madrileño es la iniciación de un levantamiento general del pueblo español en defensa de su religión y de su Rey. Es decir de su alma y de su honor. Si el 2 de Mayo no se hubiera producido en Madrid, hubiera surgido en cualquier momento en otra ciudad o pueblo español. Estaba en el ambiente; se deseaba por los españoles cansados de sufrir humillaciones, se sentía la necesidad. Ante aquellos soldados franceses *descaradamente anti-religiosos* que tachaban de superstición y de fanatismo las profundas creencias de nuestro pueblo, ante aquella soldadesca brutal que nos trataba como a país conquistado, que no respetaba el pudor de las mujeres, ni la dignidad de los hombres, era lógico, terriblemente lógico, hasta llegar a los linderos del fatalismo, que España debía reaccionar. Si en Madrid se preparó más o menos, no importa... en el resto de España surgió espontáneamente. Y espontáneamente comenzó la guerra de la Independencia.

La historia de aquella epopeya es muy conocida, aunque poco estudiada. No hay paradoja en lo que apuntamos. Exteriormente las campañas militares de nuestros ejércitos y de los aliados han tenido sus constantes historiadores. Estos han seguido las vicisitudes de nuestros guerrilleros y la literatura ha tenido también su parte, recogiendo episodios par-

ticulares. Pero no así de las entrañas de aquel alzamiento, precursor de las guerras tradicionalistas como confesaba Cánovas del Castillo; de aquel movimiento popular que no podía vincularse con el nacionalismo catalán —al igual que ocurriera con la guerra de sucesión en tiempo de Felipe V, como reconocía Rovira y Virgili—; de la esencia de aquel movimiento; del alma que vibraba en los ámbitos de la península; los sentimientos religiosos y políticos del pueblo en armas, en contraste con los liberales que reconocieron a José Bonaparte; de éste en el poder, de la labor de sus ministros, que era mucho y mucho para hacer.

A nuestro objeto sólo nos interesa recoger el espíritu de este alzamiento ante todo religioso y monárquico. Saber que España sin Rey, es sin embargo España fiel al Rey; que España conociendo la cautividad del Papa es fiel a la autoridad del sucesor de san Pedro. Su monarquismo no obsta a suplir la ausencia del monarca; su catolicidad no impide que se mantenga obediente a un Papa cautivo. No le importa ni la vergüenza de la abdicación de Bayona, ni de que Roma esté ocupada por los ejércitos del Emperador. España lucha por su Dios y por su rey, y lo hace porque defiende, con los altares y con las últimas tradiciones, la patria invadida.

## Las juntas

**S**URGEN entonces, y éstas sí que evidentemente espontáneas, las juntas para la defensa de España. El alzamiento acéfalo no podía prosperar. No existen, en realidad, movimientos populares de esta clase que perduren. Y estas juntas están constituidas por los elementos menos influenciados por doctrinas y principios de allende el Pirineo. Pero su misma índole de quedarse circunscritas en regiones y comarcas, son causa de que muchos de sus fines no queden cubiertos, es decir de que no haya íntima conexión entre los elementos que forman las juntas vecinas. Se imponía que aquella regencia que había nombrado Fernando VII, al salir para Francia, tomara la dirección para unificar el esfuerzo de todos. Pero de aquella regencia los más eran afrancesados y servían al Rey intruso y los menos andaban en manos del invasor. Resurgirla era imposible, restaurarla era necesario y de aquí que por un clamor unánime de las mismas juntas se formara la Junta Central. Demasiado numerosa y en la que se señalan ya tendencias distintas. Hay quienes piensan seguir, como en los tiempos que precedieron a la invasión; otros que pretenden modificaciones en la vida nacional, hasta los hay que no sacuden del polvo extranjerizante con que cubren sus pensamientos patrióticos. La Junta Central hizo cuanto pudo;



Jovellanos defendió su gestión y si nosotros honradamente creemos que hizo cuanto pudo, sin afirmar que pudo todo lo que convenía, creemos haber hecho su mayor elogio. Pero era inoperante y se imponía que se redujera a la forma lógica y natural que debe tener la institución que suple la falta por ausencia, por incapacidad o por minoría de todo monarca en una Monarquía organizada: la regencia.

### Precedentes reales y supuestos de las Cortes gaditanas

COMO que se necesitaba que todos los españoles se sintieran unidos al poder central, se acudió a la restauración de las Cortes españolas. Decadentes desde Carlos I, en Castilla, habían dejado materialmente de subsistir con el cesarismo borbónico del siglo XVIII, y hasta su recuerdo borrado de las páginas de la «Novísima Recopilación», en aras del despotismo ilustrado y por la voluntad de Godoy. Las Cortes españolas, o mejor dicho castellanas, eran un recuerdo que persistía en el espíritu del pueblo docto o indocto. Pero con tanto hablar de los concilios, porque así había convenido a los regalistas, ellas se habían ido dejando aparte por los mismos regalistas que muchas veces, más que convicciones propias, lo que expresaban eran las especies con que se adulaba al poder Real. El campeón de las Cortes era Martínez Marina. Pero éste las había defendido a través de sus ideas y de sus interpretaciones, más que ajustándose a la realidad. Hoy todos, tradicionalistas y liberales, los que han estudiado la obra de Martínez Marina, han convenido en que este autor se dejó llevar más por su pensamiento que por la veracidad histórica, y las democratizó más allá de lo que eran en realidad. ¿Tuvo influencia en él el recuerdo de la «Declaración de Principios» del Parlamento inglés? No lo creemos, porque en España, por aquel tiempo, lo que procedía de Inglaterra, se conocía a través de los franceses, y no era la admiración de Voltaire por Lord Bolingbroke, la más apta para entusiasmarse con el Rey «whig». Sin embargo algo debió influir Voltaire en el pensamiento de Martínez Marina, al traer aquella edición francesa del parlamentarismo inglés. Donde encuentra sus precedentes inmediatos es en la Asamblea Legislativa francesa, cuando la revolución en Francia comenzaba su carrera devastadora, y, por lo tanto, aunque no lo pretenda pues se escuda en un pseudo-tradicionalismo de ocasión, en Mirabeau y sus compañeros va a buscar su interpretación de las Cortes con que quiso dotar a España. Entremezclado con ello están resabios regalistas a lo Campomanes, aunque vaya transfiriendo la autoridad de los Reyes, a las Cortes.

### Cortes de Cádiz

COMO decimos, la idea de volver a convocar nuestras gloriosas Cortes no podía ser vista con disgusto más que por aquellos que se sintieran los continuadores de los partidarios del despotismo ilustrado en tiempos de los últimos reyes. Pero en general no podía caer mal tal idea. Para los que sintieran ideas reformadoras porque así podían llevar a cabo sus pensamientos. Los que, más o menos claramente, sentían el amor a la tradición española, porque las Cortes estaban vinculadas a nuestra tradición nacional, que difirieran entre sí, no importa y que los hubiera de un falso tradicionalismo a lo Martínez Marina, no hace más que aumentar el número de los que las querían y deseaban. Quizá de haber vivido más el conde de Floridablanca hubiera habido más dificultades para su convocación. Pero su sucesor, el arzobispo de Laodicea, don José Acisclo de Vera y Delgado, por sus mismas convicciones realistas y opuestas a la influencia ideológica francesa, era más propicio a convocarlas, si bien en el sentido neto de la tradición española. Mas apenas se van a designar las Cortes, la influencia de Calvo de Rozas consigue desvirtuarlas no llamándose en la convocatoria a las clases o brazos militar y religioso. Y si bien abundan en las Cortes de Cádiz los clérigos, van como representantes de Juntas, provincias y villas con voto en Cortes. Desaparece aquella separación entre los brazos, y en vez de las Cortes tradicionales tenemos una caricatura de los Estados Generales de Francia, cuando se van a convertir en Asamblea, es decir, que el pensamiento primero de unas Cortes a la usanza de Castilla, ha sido reemplazado, en la realidad, por la copia del organismo origen de la Revolución francesa, por lo que queda evidente que no se copió, de cerca ni de lejos, al Parlamento inglés, que, a pesar de sus prerrogativas, mantenía la división de los tres brazos. Desde este momento el liberalismo en España es una realidad política, y aunque el diputado valenciano Borrull hizo notar que era antitradicional la reunión de Cortes en estas condiciones, triunfantes los reformistas, habiendo obtenido tan importante victoria, las Cortes de Cádiz no podían ser más que lo que fueron, es decir, el pórtico por el que entró el liberalismo en España.

Si algo faltaba para que ello ocurriera así, vinieron a reunirse en las Cortes los diputados de ultramar: canarios, americanos y filipinos. Era un elemento nuevo que se injertaba en el pueblo español, pero desvinculado con la tradición española, más pronto lleno de recelo y de reparos. Es muy discutible la conveniencia o no de la llamada de los diputados ultramarinos, pues si bien éstos, como hemos dicho, no tenían un vínculo con el pasado español, es indudable que en la obra común para luchar contra la inva-

sión, América podía ser un elemento de importancia. El no llamarlos era precipitar los acontecimientos, ya que el mal ejemplo de la independencia de los Estados Unidos, señalaba como próxima la separación de España. Convocarlos, por otra parte, era darles intervención en los asuntos internos de la metrópoli, que les eran ajenos. No cabía el motivo de que podían prestar ayuda en la lucha contra el invasor porque ni lo hicieron ni podían hacerlo, y por la alianza, de Inglaterra con España las rutas marinas para alcanzar nuestro Imperio no debían ser fáciles a los franceses. Si las Cortes se hubieran reunido en sus tres brazos, y se hubieran limitado a sus funciones privativas propias de las antiguas españolas, no siendo sus funciones constituyentes, ningún obstáculo había para su admisión. Pero en la forma que se convocaban y con los propósitos de gran parte de los reunidos, triunfantes no sólo en la elaboración de la Constitución sino también en otros puntos substanciales, la venida a España de los diputados de ultramar, solo favoreció a la Revolución y al liberalismo, y no puso obstáculo a la independencia de América, que era lo menos que se podía pretender.

Si a esta mescolanza de representaciones le agregamos la introducción de los diputados supremos, que como se sabe se reclutaron en su mayor parte en las tertulias políticas, y hasta en las logias masónicas muchos de ellos, se comprenderá el por qué aquellas Cortes señalan una fecha fatídica en nuestra historia nacional. Era pues natural que en la asamblea discreparan los pensamientos de los diputados. Desde fuera, una campaña de prensa, más radical que el designio de los diputados —lo mismo en los realistas que en los liberales— se va imponiendo a los asambleístas. Junto a ellos una turba pagada, vocinglera y cuando conviene amenazadora, vigila a los diputados en sus Cortes e impide la defensa a los antiliberales. Dentro, la presión de las logias es constante, sujetando a sus mandatos a los diputados liberales. Para que no hubiera cierta independencia de las Cortes, pronto se trasladan éstos de la isla de León a la ciudad de Cádiz. En la isla no hay la influencia directa de la prensa ni de las turbas. En Cádiz la prensa exaltada francamente revolucionaria, irreligiosa y antifernandina, puede influir en el diputado, y la recluta de los asalariados para el aplauso o para la amenaza, es mucho más fácil.

### **Principales puntos de discusión; partidos y tendencias**

**A** parte la cuestión constitucional de que se tratará en otro lugar, los hechos que hemos de destacar, por ser otros tantos jalones del liberalismo en España son: la soberanía de las Cortes, la libertad de imprenta, y la abolición del Tribu-

nal de la Inquisición. Alrededor de estos asuntos como de la discusión del texto constitucional, se van a formar los dos partidos de los diputados españoles: serviles y liberales, como se motejan unos a otros, realistas y reformistas, como se llaman ellos mismos. Los diputados americanos han formado un grupo aparte; son lógicos, quizá los únicos lógicos en aquellas Cortes. Tienen toda la gama en ideas, desde republicanos, como Ramos Arispe, hasta absolutistas, cual Ostalaza. Como es lógico, América cuenta para ellos más que España, y así, conseguida la independencia, lo mismo se separan de la madre patria masones, como Mejía Lequerica, que realistas, como Pérez. Pero en lo que casi hay mayoría es en las ideas liberalizantes. Estados Unidos ya hemos dicho era un mal ejemplo, y las logias de América del Norte tenían muchos amigos en las logias de América del Sur. El grupo americano, que tuvo en muchos momentos la nobleza de reconocerse extraño a las cuestiones internas de España, era sin embargo un factor decisivo que sabía cotizarse para apoyar a los liberales cuando estos precisaban de ellos para su ayuda.

Convinendo los escritores liberales el que en aquellas Cortes se inicia la historia liberal de España, levantaron un andamiaje para que sirviera de puerta triunfal a la nueva concepción política. Pero para poder demostrar que el régimen constitucionalista entre nosotros era, a la par que popular, coincidente con el pensamiento de la elite intelectual española, se fue deformando la historia verdadera, presentando a los campeones del liberalismo como prodigios de la ilustración española y haciendo ver que los serviles no eran más que unos cuantos anquilosados en el siglo anterior y algún cura que otro de pequeña personalidad. Y así se formaron todas las leyendas de las personalidades de las Cortes de Cádiz, y se fueron estableciendo las reputaciones de los diputados doceañistas. Pero no valía tanto ello como ridiculizar hasta el extremo a los servilones, hombres que presentaban como de pocas luces y de escasa ilustración. Ya que con un ejemplo bastará para probar nuestro aserto preguntaríamos a quien hubiese saludado la historia de España escrita por los liberales y después leído a Pérez Galdós. ¿Qué piensa usted del canónigo don Blas Ostalaza? La respuesta es evidente: fanático, de poca ilustración y menguada cultura, enemigo de las innovaciones, pobre orador. Pues bien, si le contestaran que todo aquello que él pensaba de Ostalaza tal como lo había concebido por la historia liberal y a través de Pérez Galdós era inexacto, lo más probable es que dirigiera una mirada compasiva a aquel hombre que vivía en las tenebrosidades del pasado. Y si se le dijera a otro, que de aquella elocuencia *divina* que se atribuía a don Agustín Argüelles, de-

**INFORME**  
**SOBRE EL TRIBUNAL DE LA INQUISICION**  
**CON**  
**EL PROYECTO DE DECRETO**  
**ACERCA**  
**DE LOS TRIBUNALES PROTECTORES DE LA RELIGION,**  
**PRESENTADO**  
**A LAS CORTES GENERALES Y EXTRAORDINARIAS**  
**POR**  
**LA COMISION DE CONSTITUCION.**

MANDADO IMPRIMIR DE ÓRDEN DE S. M.

---

CADIZ, 1812: IMPRENTA TORMENTA RIA,  
al cargo de D. Juan Domingo Villegas.

bemos suponer que cual un cantante estaría en la voz, o como un histrión estaría en el cesto, pero nunca en la galanura de la palabra, despectivamente os giraría las espaldas, y a lo sumo, compadecería vuestra obsesión.

Y el ejemplo que acabamos de exponer es justamente la más clara forma de expresar cuál ha sido la deformación producida, en el ambiente político y social español, acerca de las Cortes de Cádiz.

### Serviles y liberales: sus polémicas

**L**A masa, más que la masa, la selección intelectual de los españoles, no sabe de los debates de las Cortes de Cádiz nada directamente. Es pesado, lo confesamos, leerse aquellas sesiones en que se habla de muchas cosas que no tienen ninguna relación con la actualidad. Es preciso toda la paciencia del curioso investigador para adentrarse en las reseñas de aquellas sesiones. Se necesita paciencia y tiempo. Pues bien, todos los intelectuales españoles destacados en el liberalismo han acudido a una segunda mano. ¿Quién se la iba a facilitar? Naturalmente que esto corresponde a los historiadores. Se da el triste caso de que la historia

de España en el siglo XIX, ha sido siempre escrita por plumas liberales. Las generosas tentativas en contra, no tenían eco en un ambiente dominado por la prensa liberal. La cátedra estaba también en manos de tales elementos, o de quienes pensaban liberalesmente o cuando menos que el Estado liberal les vigilaba y les pagaba. Y teniendo en cuenta que la enseñanza media, y casi absolutamente la superior, estaba en manos de personas que sabían la historia de segunda o tercera mano, o bien aprendida dentro de las tertulias políticas o las logias masónicas no hay que decir cómo la leyenda de los gigantes paladines de la Constitución de Cádiz y la de los pigmeos servidores de las mismas fue poco a poco extendiéndose hasta convertirse en verdad indiscutible.

Pues bien, si hubo liberales que tenían personalidad, ya que no vamos a imitarles en su sectarismo, los había también preeminentes en el bando de los realistas es decir de los motejados como *serviles*. Nadie dudará todo cuanto representaba en la cultura catalana y española don Ramón Lázaro de Dou. Su nombre repercute en nosotros como si todavía resonara en la Universidad de Cervera. Inspira tal respeto su personalidad que no es raro encontrar entre los autores liberales quienes pretenden que en el final de sus días había modificado sus convicciones antiliberales. Es uno de los diputados de Cataluña, y estuvo dentro de la más perfecta oposición al régimen constitucionalista que entonces fue implantado en España. Entre Dou y cualquiera de sus adversarios políticos, no hay posible comparación. Sin embargo, al leer las historias liberales, Dou no tenía por lo visto ningún relieve comparado con las *lumberas* del constitucionalismo. Otra gran figura del grupo realista fue don Pedro Inguanzo, entonces canónigo y diputado por Asturias, más tarde obispo de Zamora y por último cardenal y arzobispo de Toledo. Siempre en primera fila en el partido realista, sostiene las más duras batallas contra los liberales de las Cortes gaditanas, se impone por su ciencia y por su palabra, y se destaca por su lealtad inquebrantable a los principios de la vieja España y de la tradición católica. ¿Será necesario ir recordando los nombres de los diputados que se sentaban en el grupo de los *serviles*? La historia, de ser justa, debería haberlos situado en el plano que merecían, pero no lo entendieron así los liberales, y así se fueron olvidando los de Borruell, el incansable defensor de los fueros valencianos y con ellos de las variedades forales de la España medieval; Cañedo y Vigil, Creus, Ros de Medrano, Rodríguez de la Bárcena, Cibila... no ocuparon el lugar destacado que por sus méritos y por su inteligencia deberían haber tenido.

Es inútil suponer que la variedad de opiniones de los realistas podía ser la causa de que la defensa

antiliberal, no tuviera pleno éxito. Las mismas diferencias existían en el campo liberal. Es inútil creer que hubiera entre ellos unanimidad de pareceres. Entre el pensamiento casi lindante con los realistas de Aner de Esteve, el moderado de Capmany y las exaltaciones de Argüelles y de Ruiz de Padrón, hay gran cantidad de matices. Hemos de buscar otro motivo para que se abriera el portillo por el cual penetrara el liberalismo en nuestras instituciones fundamentales.

Había una aspiración común que nacía de una necesidad generalmente sentida. Era necesario que España saliera del marasmo en que la había sumido el valimiento de Godoy. Se recordaban aquellos ministros que habían sido únicamente sus hechuras; el aletargamiento de nuestras actividades; el hundimiento de nuestra hacienda; la destrucción de nuestra flota; la ineficacia de nuestro ejército; el desconcierto en nuestra justicia. Y sobre todo la vergüenza y el deshonor adueñándose del Palacio Real. Por último la aleve traición del aliado, la invasión extranjera y la guerra en que estábamos lanzados. Todos reprobaban este pasado y era convicción unánime de que había de poner remedio. Lo mismo los más infectados de principios enciclopedistas que los más fervientes ortodoxos coincidían en esto que podríamos llamar programa negativo. Puesto que los católicos no podían olvidar aquella era vergonzosa en que desde el Gobierno se propugnaba el cisma, y remontaban sus agravios hasta el reinado de Carlos III, con sus ministros regalistas o masones. Pero esta coincidencia en la parte negativa se detenía sólo en el sentimiento unánime de que las Cortes que debían reunirse habían de hacerlo para legislar evitando que se volviera a aquel estado bochornoso. Es decir todos coincidían en que debía establecerse algo fundamental que cerrara el paso a la arbitrariedad de un nuevo Godoy.

Pero aquí paraba el acuerdo. Los católicos, los monárquicos querían salvaguardar las prerrogativas de la Iglesia y del Trono. Los demás pensaban comenzar la obra demoledora del Trono y el Altar. Por esto desde el primer momento la idea de una ley fundamental no tiene adversarios. Será su contenido lo que establecerá la diferencia entre liberales y serviles. Estos reconocían los males del gobierno de Godoy y procuraban, sin menoscabo a los derechos del Monarca, salvaguardar los de la nación. Los liberales sólo defendían los privilegios reales cuando se trataba de regalías con que aherrojar a la Iglesia, pero tenían buen cuidado de centrar la soberanía nacional en la Nación. Para que fuera más soportable este cambio, en la masa española, que como todas las masas era simplista, convenía que pareciera no se hacía ninguna gran innovación; sólo pretender restablecer las viejas leyes de Castilla revestidas con lenguaje moderno, es lo que se encontraba en las disquisiciones de Martínez Marina. Sin embargo, el

antiguo pensamiento lo había adulterado éste, y con el pretexto de restablecer la tradición castellana, introducía el pensamiento extranjero en favor de una democratización, que no era cristiana ni española. Así, bien puede decirse que los introductores del liberalismo en España son: Godoy, que hizo tabla rasa de las últimas instituciones tradicionales y Martínez Marina que con el pretexto de restaurarlas las adulteró y extranjerizó. Los liberales fueron justos desde el primer momento con el último y más tarde restablecieron en sus honores al primero; fueron justos con los suyos aunque injustos con sus adversarios.

## Retorno de Fernando VII. Reacción

Todo ello vino a hundirse cuando Fernando VII regresó a España de su cautividad en Francia. A las amenazas lanzadas por Martínez de la Rosa, si no se conservaba la Constitución de 1812, respondió el Duque de Wellington poniendo sus fuerzas británicas a disposición de los realistas para restablecer en la plenitud de sus derechos al rey. Esto impidió que se ensangrentara entonces en España el suelo nacional en luchas armadas entre serviles y liberales. Pero una vez evacuada España comenzaron los pronunciamientos y conspiraciones en que la masonería no era extraña, ya que la mala semilla había sido lanzada por el territorio español, y no eran los menos fervientes de las ideas liberales los oficiales que, prisioneros de los franceses, habían sido convencidos por nuestros vecinos, y muchos de ellos, iniciados durante su cautiverio en las sociedades secretas.

Fernando VII tampoco estuvo a la altura de las circunstancias. No supo cumplir lo ofrecido cuando le habían presentado Mozo de Rosales y sus compañeros el manifiesto llamado de «Los Persas». Este documento tan despectivamente maltratado por los liberales, no era un dechado de perfección, pero en su fondo se separaba tanto de la Constitución de Cádiz, como del despotismo cesarista de los últimos años del siglo XVIII, y primeros del XIX. Y si bien en su parte positiva tiene lagunas de importancia, en la negativa, es contundente y representa una exacta crítica de aquel período en que se introdujo en España el liberalismo que debía consumir su ruina.

España iba a conocer las amarguras del régimen liberal cuyos orígenes hemos señalado en estas líneas; en lo que coinciden liberales y antiliberales: ellos, porque saben que en las Cortes de Cádiz comenzó su reinado; los antiliberales, porque no olvidan que en ella comenzó la descristianización del pueblo español gracias muy particularmente a la libertad de imprenta.

# En el Bruc «vencieron la religión, la patria y la familia»

FRANCESC XAVIER BISBAL I TALLÓ



*El Santo Cristo de Igualada.* La imagen fue destruida durante la persecución religiosa de 1936.

SE cumplen doscientos años también de la victoria de los catalanes en las dos batallas del Bruc, los días 6 y 14 de junio de 1808. Los patriotas lucharon valientemente contra las tropas napoleónicas y «vencieron la religión, la patria y la familia», según la expresión del obispo Torras y Bages. Los somatenes igualadinos y manresanos atribuyeron la victoria a sus respectivos patronos, el Santo Cristo de Igualada, y los *Cossos Sants* y la Inmaculada Concepción de María: «*Vós Senyor Crucificat lluitàveu amb nostres germans, i triomfàveu amb ells... Seria necessari haver perdut nosaltres tot el coneixement si humils no us confesséssim Autor de la nostra victòria*»,<sup>1</sup> se escri-

1. Primer manifiesto con motivo de la «victoria obtenida el 6 de junio», dirigido al pueblo por la Junta Igualadina y manifestando su fe y protección del Santo Cristo.

bió un mes después. Y lo hicieron así justamente, porque la historia nos dice que llevaban mucho tiempo rezando por el feliz éxito de las armas españolas.<sup>2</sup> «Nuestros antepasados veían en cada uno de los soldados de Napoleón un sembrador de las doctrinas de los enciclopedistas franceses, de cuyas doctrinas malélicas estaban contagiados y cuyas obras muchos de ellos llevaban en sus mochilas. Nada tiene de extraño que hiciesen supremos esfuerzos para evitar el contacto y amistad con ellos y no los dejaran dormir en nuestra tierra. Temían perder la fe que profesaban y por salvarla, lucharon con valentía», dijo el canónigo Amadeo Amenós en 1930, y todos los historiadores contemporáneos –incluso los marxistas hablando de «predominio del clero»<sup>3</sup> en la zona, en su lenguaje– han reconocido el crucial peso de la fe religiosa en esta contienda.

## Los hechos del 6 y 14 de junio de 1808

Los ecos del 2 de mayo llegaron a todos los rincones de España, en Cataluña el Bruc desbarató los planes de Napoleón y provocó el alzamiento del Principado: «el ardor de los somatenes en las dos batallas desarrolladas en las cañadas del Bruc sintetizan a la perfección el espíritu de resistencia del vecindario catalán».<sup>4</sup> Duhesme, el general que ocupó Barcelona el mes anterior, mandó al general Schwartz que fuera a Zaragoza y que, de paso, impusiese a la levantisca población de Manresa (dos días antes había quemado públicamente el papel sellado enviado por el gobierno, como declaración solemne que jamás no reconocería otra autoridad que la legítima) una crecida contribución de guerra. Salió el 4 de junio una columna de Barcelona de tres mil ochocientos soldados de Napoleón,

2. En mayo de 1808 se celebraron en Igualada varias exposiciones del Santísimo y una procesión al milagroso Santo Cristo, ante el peligro de la invasión napoleónica, cuenta Mn. Joan Segura en su *Historia de Igualada*. Además en la ciudad residían ocho sacerdotes franceses, fugitivos de la Revolución de 1789.

3. AYMES, Jean René. *La guerra de Independencia en España*. Madrid, 1986, pág. 63.

4. CUENCA TORIBIO, José María. *La guerra de la Independencia, un conflicto decisivo*, Madrid, 2006, pág. 80.

la mayoría italianos. Dos días después les hicieron frente en el Bruc: entre mil y dos mil miembros de los somatenes de Igualada, Manresa y cercanías; el regimiento de infantería suizo Wimpffen número 1, que estaba al servicio de España y un grupo de soldados valones escapados de la capital, dirigidos por Justo de Bériz y Carlos Vicente. El teniente suizo Francesc Krutter Grotz dirigió militarmente a los patriotas; y más allá de leyendas, hoy podemos decir que «la certeza histórica que tenemos hoy sobre la comandancia suiza en nada tiene que desmerecer el papel crucial de los caudillos autónomos de los somatenes: Antonio Franch, José Olzinelles, Mauricio Carrió, Ramon Montaña y Augurio Parera. Su contribución tiene que juzgarse como esencial en la movilización popular de las poblaciones respectivas y en la ardua intervención de los somatenes en la batalla, probablemente decisiva tanto por el número como por el estado latente de la beligerancia antifrancesa, que se podría observar en los pueblos de la cercanía».<sup>5</sup>

Por la mañana del día 6, día segundo de la Pascua de Pentecostés, la vanguardia de los franceses recibió un vivo tiroteo procedente del pinar cercano del caserío de Can Massana. En un primer momento los catalanes no pretendieron ofrecer resistencia y abandonaron el caserío. Schwartz, desistiendo de perseguirles, decidió dar un descanso a sus hombres y repartir el rancho en Can Massana y las inmediaciones del Bruc. Fue su craso error.

Los patriotas que regresaban a Manresa se encontraron unos cien somatenes que procedían de Santpedor, en que parece que iba el famoso tamborilero Isidro Llusá, más otros vecinos de Sallent. A la vez, los somatenes Franch y Olzinelles que regresaban a Igualada se encontraron con un grupo de somatenes de esa ciudad que les pidieron seguir con la ofensiva.

### Las campanas obsesionaron al general francés

**Y** manresanos e igualadinos, envalentonados, reiniciaron la ofensiva, y los franceses se vieron sorprendidos y se retiraron en desorden. El redoble de las campanas tocando a Somatén acabó de desorientar a los enemigos, ya que más que el toque legendario del tambor, «lo que preocupaba al general francés fue el toque de las campanas, que llegó a obsesionarle, entendiéndolo como señal de un levantamiento general».<sup>6</sup> Así se confundieron los

estrategas franceses, que creyeron en un potencial humano y armado muy superior a la realidad por parte de las tropas catalanas. «El general francés, temiendo la pérdida de sus comunicaciones, especialmente cuando los igualadinos amenazaron su ala izquierda, sustituyó la formación lineal por un gran cuadro en el que encerró su artillería y caballería e inició la retirada a Barcelona. El camino hasta Esparreguera se hizo manteniendo la unidad, pero cuando se encontraron con que los habitantes de este lugar se habían fortificado, Schwartz no halló mejor solución que dividir sus fuerzas para flanquear el pueblo, maniobra que determinó la total desorganización de la columna».<sup>7</sup> Regresaron a Barcelona la noche del día 7, por partidas sueltas y en el más lastimoso estado: tuvieron 320 pérdidas.

La consternación en los militares de Napoleón fue muy grande. El general Chabran que se encontraba en Valencia fue llamado de urgencia por Duhesme a Barcelona, para sofocar la revuelta. Salió el día 12 para Manresa al frente de siete mil hombres para vengar el desastre, y otra vez el toque de Somatén reunió en el Bruc a numerosos paisanos, más refuerzos de soldados venidos de Barcelona, Cervera, voluntarios de Lérida dirigidos por José Baget y cien soldados suizos del citado regimiento de Wimpffen. Pero la resistencia catalana fue tenaz, y retrocedió por el mismo camino por donde había llegado, más abochornado que Schwartz ya que no pudo alegar ni sorpresa ni ignorancia. Las pérdidas en esta ocasión fueron de cuatrocientos cincuenta soldados.

### «El espíritu religioso fue el viento sagrado que levantó a los somatenes»

**E**N la pastoral *La Victòria del Bruc*, firmada en Vic el 6 de marzo de 1908, el obispo Torras y Bages empieza analizando la significación de la batalla del Bruc, un hecho glorioso «de la Europa entera», que derrotó a los ejércitos de Napoleón.

Es Dios mismo, según Torras y Bages, quien detuvo a Napoleón de una forma «inesperada e incongruente» ya que el Señor, «se ríe de los soberbios y se complace en humillarlos». Dice el obispo de Vic: «los mismos que ganaron la batalla no sabían lo que hacían; solamente sabían que obraban bien, con jus-

5. TORRAS RIBÉ, Josep Maria. *Sometens, exèrcit i poble a les batalles del Bruc*. Bruc, 1983.

6. LAFFAYLLE, G. *Memoires sur la campagne d'exercit*

*d'armée des Pyrénées...*, París 1827, pág. 27. Citado por BORRÀS CARNER, Antonio, *¿Quién fue el 'timbaler' del Bruc?*, Igualada 1966, pág.9.

7. ARTOLA, Miguel. *La guerra de la Independencia*. Espasa, 2007. Págs. 98-99.



Monumento al «Timbaler del Bruc»

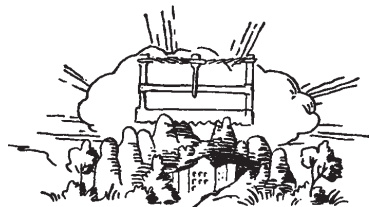
ticia, con generosidad; que defendían la dignidad y la santidad de su país y de su familia, la libertad de la patria y de la religión; que se oponían al mal, al despotismo, a quien quería imponerse a la Iglesia; pero ellos no sabían lo que hacían, y después quedaron admirados de sí mismos».

Para Torras y Bages, el materialismo hace imposible acciones heroicas como las del Bruc: «Sin el amor a la religión, de la patria y de la familia, ¿qué le queda al hombre? Desaparece la sustancia humana, el hombre ya pierde la categoría de hombre, es un ser disminuido, rebajado e incapaz de toda acción elevada. Sacad estos amores del corazón de vuestros abuelos y no existirá la victoria del Bruc. Porque amaban, luchaban. (...). No se celebraría el recuerdo de un hecho glorioso y de eterna ejemplaridad, como una memoria que ennoblece a

Igualada y Manresa, si la victoria del Bruc hubiese sido una lucha ocasionada por una oposición de instintos materiales, una contienda similar a las contiendas de las bestias. Es cierto que en la historia humana encontramos luchas gloriosas ocasionadas por la defensa de intereses materiales, y es probable que se vean de nuevas en tiempos próximos; pero en el Bruc se unieron en defensa de la patria y de la familia, entidades de orden moral».

El obispo de Vich pone de relieve la fe de los combatientes: «El espíritu religioso fue el viento sagrado que levantó el remolino impetuoso de los somatenes que pararon en Montserrat, en la santa montaña de la celestial patrona de Cataluña, más fuerte que los ejércitos en orden de batalla, a los triunfantes ejércitos de Napoleón, e hirieron mortalmente a sus águilas, victoriosas de Europa. Los manresanos claro que prepararon y acumularon medios de combate y se organizaron para la protesta armada; pero también acudieron a los pies de Jesús Sacramentado, y en sus corazones, inflamados de espíritu religioso, adquieren el ímpetu irresistible de la victoria; los igualadinos giran sus ojos hacia su *Esposo de Sangre*, quien inspira aquel amor sublime que vence hasta la muerte, y entonces el entusiasmo bélico los lleva al combate. Las dos ciudades presentan una preparación espiritual para la batalla, las devociones predilectas de sus vecinos constituyen una excitación sublime al heroísmo...».

Y esa carta pastoral, escrita con motivo del centenario de los hechos, contiene unas ideas que hoy –bicentenario– siguen plenamente vigentes. Conmemorar el Bruc es «una noble protesta en contra de la doctrina que quiere destruir lo que es la base del orden y de la armonía de la sociedad. La victoria del Bruc es una afirmación; y la doctrina de la secta anticristiana que hoy en grado mayor o menor domina a muchos espíritus que se creen libres y son esclavos, es una negación. La acción heroica del Bruc es un *si* solemne y eterno, el eco del cual se transmite de generación en generación; un *sí*, una afirmación de amor a la libertad de la religión, de la patria y de la familia, sellada con la propia sangre; la doctrina de la secta anticristiana que quiere abolir de la sociedad humana a Dios y disolver la patria y la familia es una negación. Y la afirmación significa amor, así como la negación es expresión del odio». Estas palabras hoy son más válidas que nunca.



## La Resurrección

RAMÓN GELPÍ SABATER  
www.christusregnat.com

**S**i Jesucristo no ha resucitado, vana es nuestra fe» (1 Co 15,14). Así se expresa san Pablo, para recalcar que la fe en Cristo resucitado es el pilar fundamental de todo el Nuevo Testamento, y patrimonio insoslayable de la fe de la Iglesia. Por esto, cuando leemos o escuchamos una exégesis escriturística, lo primordial para conocer si el autor está con la Iglesia, estriba en comprobar si realmente cree en la divinidad de Jesucristo, y su Resurrección.

Esta Resurrección de Cristo, narrada en los evangelios como vamos a ver, es sustancialmente distinta de las otras resurrecciones que Jesús obró en su vida pública. Los evangelios relatan directamente tres: la hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naim y, naturalmente, la de Lázaro de Betania, pero probablemente no fueron las únicas. Jesús mismo da fe de ello cuando los discípulos del Bautista le preguntan en su nombre. Dice el Maestro: «... *Los ciegos recobran la vista, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados ...*» (Mt 11, 5). Pero, como decimos, la Resurrección de Cristo es diferente. Nuestro Señor resucita glorioso y triunfante, y su cuerpo deja de ser un cuerpo mortal para ser un cuerpo con las características preternaturales de los bienaventurados. Ellos lo son, por la gracia de la Redención, y Jesús por derecho propio, como Dios Hijo.

Jesús tiene cuerpo, pero a diferencia de Lázaro, por ejemplo, ya no ha de morir más. Lázaro, evidentemente, murió dos veces (se venera una tumba en Marsella, de donde se dice que fue obispo). Jesús ya no podrá morir, aunque se hará visible, e incluso tangible en algunos casos, en un cuerpo verdadero, aunque glorioso. Comerá con los Apóstoles y dejará introducir la mano de Tomás en su costado, aunque curiosamente no se dejará tocar por María Magdalena, que se arroja a sus pies. El cuerpo glorioso, a decir de los Santos Padres, posee la agilidad y la sutileza sometidas a su voluntad; sólo se hace visible y corpóreo cuando quiere.

Naturalmente, algunos tal vez hubieran preferido una Resurrección como la de Lázaro: en cuerpo mortal. Probablemente tampoco así hubieran creído. Pero Cristo, al resucitar en cuerpo glorioso, nos ha abierto a nosotros el Cielo: «... *En la casa de mi*

*Padre hay muchas moradas, si eso no fuera así os lo hubiera dicho. Allí voy a preparar un lugar para vosotros. Y cuando habré ido, y os habré preparado un lugar, vendré otra vez y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy, estéis también vosotros ...*» (Jn 14, 2-3). Para esto es imprescindible la fe, por esto es tan fundamental aceptar estas verdades. Veamos ahora su fundamento evangélico.

### La contemplación de los hechos acaecidos en la Resurrección de Cristo

**H**AY una cierta diversidad en las narraciones evangélicas tras la resurrección de Cristo. Las cuatro narraciones son coherentes en sí mismas, como ya es habitual en los evangelios, pero no todas narran lo mismo ni se sitúan en los mismos lugares.

La dificultad en compaginar las cuatro narraciones se debe a que relatan en realidad hechos diferentes, y situados en diferentes lugares, aunque las cuatro arrancan del hecho común y absolutamente coherente de la Resurrección y las primeras apariciones en Jerusalén. A partir de ello, san Mateo narra una aparición multitudinaria en Galilea, en un monte, que es anunciada a las mujeres que van al sepulcro (este anuncio lo narra san Marcos aunque no habla propiamente de tal aparición). Esta aparición será también relatada por san Pablo que cifra en unas quinientas personas las que asisten. San Lucas, en cambio, no dice nada de tal desplazamiento a Galilea pero sí habla de la Ascensión en Jerusalén (san Marcos habla de la ascensión sin concretar el lugar). En san Juan se trata de otra aparición en Galilea (junto al lago) después de narrar otras dos en Jerusalén. No llega hasta el relato de la Ascensión porque se acaba el evangelio.

En esta parte de la narración evangélica se puede decir que los cuatro son sinópticos, en el sentido de complementarios. Incluso san Juan, que en la parte descriptiva de la Resurrección no difiere, como siempre, complementa y enriquece con detalles a los otros tres evangelistas.

En una lectura detenida e individual, comparando con el texto completo de los evangelios hasta la



Crucifixión, da la sensación de que a partir de la Resurrección el ritmo narrativo varía, avanza rápidamente y se ciñe a lo más importante. En este resumen, queda claro lo siguiente:

1. Cristo se aparece varias veces, primero a las mujeres y particularmente a María Magdalena, y luego a los discípulos de Emaús. Se menciona a su vez que se ha aparecido a san Pedro.

2. Les indica que vayan a Galilea y que allí le verán.

3. Antes de que vuelvan a Galilea, se les aparece estando todos reunidos, por lo menos dos veces, en el Cenáculo, en el espacio de ocho días. En la segunda, santo Tomás «toca» las llagas de Jesús.

4. De vuelta ya a Galilea se aparece en un monte (puede ser el Tabor) a un grupo, que san Pablo cifra en unos quinientos.

5. También se aparece a Pedro, a los Zebedeos, a Tomás, etc. (los pescadores) junto al mar de Tiberíades mientras estaban pescando (han retomado su anterior oficio).

6. Después de esto, y sin que la narración aclare el momento, los Apóstoles vuelven a Jerusalén donde se les vuelve a aparecer, les da las últimas recomendaciones y finalmente salen al monte de los Olivos y Jesús asciende al Cielo ante ellos. Esto ocurre diez días antes de Pentecostés (que también celebraban los judíos) y ellos se quedan en Jerusalén por expreso deseo de Jesús, a la espera de la venida del Espíritu Santo.

7. Llama la atención la forma misteriosa de estas apariciones, en las que en un primer momento no le reconocen. Es curioso observar que no le reconocen por su apariencia y sí claramente por sus palabras o acciones. Este hecho no añade ni quita ningún motivo de credibilidad, pero permite reflexionar sobre la resurrección de los muertos prometida por Cristo, y las facultades de los cuerpos gloriosos que hemos comentado y que esperamos en la Bienaventuranza.

**Texto concordado de la Resurrección:** Lc 24, 1-11 (Mt 28, 1-11 + 27, 52; Mc 16, 1-11; Jn 20, 1-2)

*1 El primer día de la semana, muy de mañana [Jn 20] 1 cuando aún estaba oscuro,] fueron [(Mt 28) 1 María Magdalena con la otra María] al sepulcro, llevando los aromas que tenían preparados, [(Mc 16) 3 y se decían entre ellas: ¿Quién nos re-*

*moverá la piedra de la entrada del sepulcro? (Mt 28) 2 y he ahí que hubo un gran terremoto. Un ángel del Señor descendió del cielo y llegando, revolvió la piedra (Mc 16) 4 que verdaderamente era muy grande, (Mt 28) y se sentó sobre ella. 3 Era su aspecto como el relámpago, y su vestimenta como la nieve. 4 Los guardas quedaron como muertos por el temor, (Mt 27) 52 y los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos santos, que habían muerto, resucitaron]*

*2 –las mujeres– encontraron removida la piedra del sepulcro.*

*3 Pero habiendo entrado, no encontraron el cuerpo del Señor Jesús.*

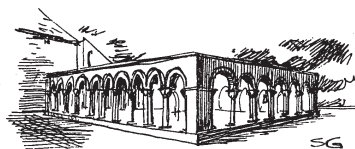
*... (sigue el texto según las citas numéricas del enunciado)*

Las mujeres van al sepulcro, aunque no saben si van a poder entrar en él («¿quién nos removerá la piedra?»). Pero ocurre un hecho extraordinario: «... he ahí que hubo un gran terremoto. Un ángel del Señor descendió del cielo y llegando, revolvió la piedra y se sentó sobre ella. Era su aspecto como el relámpago, y su vestimenta como la nieve...». Los guardias, evidentemente quedan aterrados y salen huyendo.

También aquí corresponde situar el texto de san Mateo que se refiere a la resurrección de algunos santos, (Mt 27,52: «y los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos santos, que habían muerto, resucitaron») y que en el Evangelio se asocia a los hechos extraordinarios que ocurrieron al morir Jesús en la cruz.

Las mujeres no encuentran el cuerpo de Jesús en el sepulcro. En cambio, dos ángeles primero, y el propio Jesús que se les aparece después, les dan un aviso muy importante: «... he aquí que os precedo camino de Galilea, allí me veréis ...». Este recado, que van a transmitir a los Apóstoles es muy importante, porque preanuncia la multitudinaria aparición de Jesús en una montaña de Galilea, probablemente el Tabor, como ya se ha dicho.

Una breve consideración más a los fenómenos descritos: Jesús resucita, acompañado por un terremoto. Tal ocurrió también, como ya se ha mencionado, con su muerte en el Calvario. Se aprecian rastros de ello en la roca que se venera en la iglesia del Santo Sepulcro. Para los que rechazaron con pertinacia a Cristo, este segundo terremoto sería simplemente una réplica del anterior. También hoy los avisos de la Providencia pasan por ser hechos casuales, no debe extrañarnos por tanto que ocurriera así.





## Pequeñas lecciones de historia

### Los mártires de la guerra de la Independencia de Barcelona<sup>1</sup>

GERARDO MANRESA

SE le dijo al padre Raimon Ferrer,<sup>2</sup> que, en la Ciudadela, estaba en capilla un reo condenado a muerte que requería sus auxilios espirituales. Se encontró no con uno, sino con cinco. Eran los héroes barceloneses que habían intentado un levantamiento contra las fuerzas francesas de ocupación: el doctor Pou, pbro., mosén J. Gallifa, pbro., el sargento José Navarro y los jóvenes Salvador Aulet y Juan Massana. Le parecieron devotos cristianos que hacían recogidamente ejercicios y no hombres a las puertas de la muerte. En tales horas todo consuelo viene bien. Los reos, que no llevaban grillos en los pies ni esposas en las muñecas, le saludaron cordialmente. A ellos se unió otro sacerdote, don Francisco Collell, llamado por Juan Massana.

A mediodía el sacerdote Sebastián Matas les trajo el viático. Acostumbrado a la poca compostura y devoción de los jefes y oficiales del ejército francés en la misa de los domingos, quedó parado, y como fuera de sí, viéndoles. No sabía si admirar más la tranquilidad y sosiego de sus espíritus o su humilde actitud. Concluido el viático y bendecidos los cinco con el Santísimo, de rodillas aún, el padre Gallifa entonó el *Tedéum* con firme y solemne voz.

A Francisco Collell le temblaba un poco la voz leyendo las oraciones de acción de gracias para después de la comunión, y añadía por su cuenta amorosos afectos de sus habituales pláticas que mal le venían a las mientes, pues sobraba el infundir valentía y ánimo a los cinco héroes. En semicírculo, a su alrededor, puestos los ojos en el suelo, o en el cielo donde esperaban ver a Dios, de no ser por la devota compostura, por la palidez, más parecía necesitado de confortarse el predicador que los oyentes.

Vino allí un clérigo francés oficioso con la falsa noticia del perdón. Se lo dijo primero al padre Gallifa y éste, que vio el ardid y temió un alboroto popular, se lo guardó y nada comunicó a sus compañeros.

Les trajeron comida. El doctor Collell tuvo el privilegio de bendecir la mesa. Dijo: *Mensae coelestis participes faciat nos Rex, aeternae gloriae*. (El rey de la gloria nos haga partícipes de la mesa celestial). El padre Gallifa le corrigió con suave ironía: *Ad coenam vitae aeternae perducatur nos Rex aeternae gloriae...* (Nos conduzca a la cena de la vida eterna)... La sopa, no muy apetitosa, la comieron todos. La carne estaba dura. El padre Gallifa hincó el diente a la vianda: *Es preciso cobrar*

1. Resumen del relato del libro de J. M. García Rodríguez: *Guerra de la Independencia. Ensayos histórico-políticos*

2. Padre Raimon Ferrer, del oratorio de San Felipe Neri, autor del relato de los últimos momentos de los mártires.

*fuerzas para poder pasar con valor lo que nos espera.*

Marcó un reloj las dos. Se levantaron un momento para rezar las oraciones de acción de gracias y volvieron a sentarse a la mesa. Continuó la plática. Ahora fue Massana el más locuaz:

*Padre Ferrer, encomiéndeme usted a Dios, no se olvide, que si no, esta noche le tiraré de los pies.*

Luego, paseando de una esquina a otra de la celda, nadie murmuró de los franceses, ni les maldijo, ni se volcó en denuestos contra ellos. Les quedaban únicamente dos horas de vida. El padre Gallifa conservó la jovialidad. Por de pronto convino un cambio de prendas con el padre Ferrer. El sombrero. El suyo se iba a perder en la explanada cuando le ejecutaran y más valía que fuera el del padre Ferrer, más viejo y sucio.

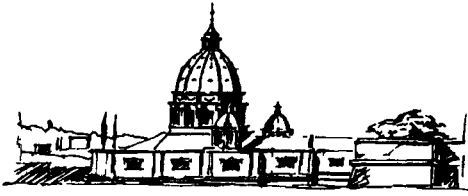
En un ejemplar de la *Vida devota*, de san Francisco de Sales, que poseía Massana había al principio dos páginas en blanco. Le vinieron al recuerdo las personas más amadas y les escribió de corrido una despedida:

«Hermano mío de mi alma: La Providencia divina ha dispuesto de mí: regocíjate en Dios, y dale rendidas gracias por la infinita misericordia que ha usado conmigo. ¡Eterno Dios mío, Vos me habéis querido dar una muerte reconocida! ¡Qué beneficio tan singular! Yo os reconozco, mi Dios, sumo Bien y suma Bondad: Vos me criasteis, y me conducís a un fin por medio del cual afianzo mi salvación. Digno hermano mío; amigo Antonio Ala, querido Manuel, Madrona, estimada Madrona; vosotros quedáis en un valle de lágrimas, y yo descansaré entre los bienaventurados después de haber purgado el reato de mis culpas. Vosotras, almas buenas, rogad por mí al Padre de las misericordias, para que reciba mi alma y la coloque en la morada feliz. Amigos, conocidos, abuela, tíos Pablo, Juan y Salvador, suplicad por mí al Eterno. ¡Oh, cuánto habré ganado con el suplicio si con esta muerte, si con la pérdida de la vida temporal alcanzo la eterna como espero!

»Hermanito mío, perdóname los agravios; tíos míos, perdonadme también; amigos y conocidos, haced lo propio; sobre todo al recibir el Pan sagrado, ofrecedle en satisfacción de mis culpas, y rogad eternamente por mí. Yo muero resignado, y contento con el singular favor que me ha dispensado Dios con esta clase de muerte que mis culpas han merecido. Daroca y demás amigos míos, orad a Dios y escarmentad. Adiós, querido hermano mío, hasta la eternidad.

»Torre de la Ciudadela, a tres de junio de 1809. Juan Massana.»

No pudiendo conseguir que ninguna persona realizara las ejecuciones, las autoridades francesas recurrieron a reos convictos a los que, a cambio, se les concedió la gracia del perdón.



# ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

## Primer Congreso Mundial sobre la Divina Misericordia

LA basílica de San Juan de Letrán ha sido el escenario en que se han desarrollado las diferentes ponencias del primer Congreso Mundial sobre la Divina Misericordia durante los pasados días 2 al 6 de abril.

El Congreso fue inaugurado por Benedicto XVI durante la misa de sufragio por el tercer aniversario de Juan Pablo II. Durante el acto, el Papa subrayó que la misericordia de Dios «es una clave de lectura privilegiada del pontificado de Juan Pablo II» y la única esperanza para el ser humano. Juan Pablo II «quería que el mensaje del amor misericordioso de Dios alcanzara a todos los hombres y exhortaba a los fieles a ser sus testigos».

La primera sesión del Congreso tuvo lugar esa misma tarde en la basílica de San Juan de Letrán, con ponencias del cardenal Christoph Schönborn, arzobispo de Viena y promotor de la iniciativa, del cardenal Camillo Ruini, obispo vicario del Papa para la diócesis de Roma, y del cardenal Stanislaw Dziwisz, arzobispo de Cracovia e inseparable secretario de Juan Pablo II.

Las sesiones matutinas del Congreso estuvieron dedicadas a la reflexión sobre diversos aspectos o manifestaciones de la Divina Misericordia: «El misterio de la Misericordia, tesoro de la Iglesia», «La Misericordia para la comunión de la Iglesia», «La Misericordia para la misión de la Iglesia». Las tardes se dedicaron a actividades de evangelización –en particular, a una misión por las calles de Roma con adoración eucarística en algunas iglesias y la promoción del sacramento de la Reconciliación. Finalmente, las noches se aprovecharon para realizar dos espectáculos, uno realizado por la comunidad «Cenáculo» y otro por la comunidad «Shalom».

El Congreso fue clausurado con una misa presidida por el cardenal Schönborn en la basílica de San Pedro del Vaticano en la que volvió a recordar el mandato de ser testigos de Jesús Misericordioso y exhortó a no dejarse llevar por ideas y anhelos demasiado terrenales, buscando un cristianismo victorioso, precisamente en lo que se refiere a los poderes terrenales, como hicieron los discípulos en camino hacia Emaús que, con sus «ojos todavía demasiados mundanos», tardaron en reconocer al Resucitado.



*Beato Carlos de Foucauld*

## Adoración perpetua en Galilea

EL pasado 29 de marzo, durante un encuentro con cerca de ciento setenta obispos europeos, se inauguró un monasterio construido en la parte derecha de la *Domus Galilaeae* donde tendrá lugar la adoración perpetua del Santísimo Sacramento. Se cumple de esta manera, después de casi un siglo, el deseo contemplado por el beato Carlos de Foucauld cuando se encontraba en Nazaret, de crear en este monte un lugar donde Cristo Eucaristía fuera una presencia permanente y adorada. Con este fin, él había pensado reunir una pequeña familia monástica cuya vocación estuviera basada en la imitación de la vida oculta de Jesús en Nazaret, la adoración eucarística perpetua y la evangelización en los países de misión.

Como signo concreto de comunión con la figura del fundador de los Pequeños Hermanos, una reliquia del beato Charles de Foucauld será depositada bajo el altar de la capilla circular donde el Santísimo será expuesto noche y día para ser adorado por cuantos habiten el monasterio y por los que se encuentren en la *Domus*.

El monasterio se compone de 23 celdas; en su centro se encuentra la capilla circular sobre cuyo techo se ha colocado un complejo escultural realizado por Kiko Argüello, que representa a Jesús y a los doce apóstoles durante la predicación del Sermón de la Montaña. De esta manera, el monte en el que se proclamó por vez primera lo más esencial de la predicación de Cristo, será un signo visible

de la oración de la Iglesia por la evangelización hasta los confines de la tierra.

La inauguración del monasterio fue presidida por el patriarca latino de Jerusalén, Su Beatitud Michel Sabbah, acompañado de otros obispos de varios ritos, del Custodio de Tierra Santa, el padre Pierbattista Pizzaballa, el arzobispo Antonio Franco, nuncio de Su Santidad, y de todas las autoridades civiles de la región. También participaron numerosos embajadores.

### **Nacen dos nuevas congregaciones religiosas carmelitas**

**S**EGÚN acaba de informar la Curia Carmelita, durante el año 2007 el Definitorio General de la Orden Carmelita ha procedido a la agregación de dos congregaciones de inspiración carmelitana.

La primera se trata de las denominadas «Aliadas Carmelitas Descalzas de la Santísima Trinidad», con sede en Aguascalientes, México. Su existencia comenzó el 16 de julio de 1986 y fueron reconocidas como instituto religioso de derecho diocesano el 4 de mayo del 2001. Su carisma especial es la atención a la infancia necesitada y huérfana con problemas de salud, la atención a ancianos desamparados con enfermedades contagiosas, atención a los pobres en general comunicándoles calor humano. Pretenden ser mensajeras del amor trinitario con la adoración eucarística, ocupándose de sacerdotes ancianos y enfermos. El Instituto cuenta también con colegios, centros de evangelización y está compuesto de 307 miembros con 23 casas en México e Italia.

La segunda se denomina «The Missionary Sisters of St. Therese of Infant Jesus». Su casa general está en Umayanallur, diócesis de Quilon, estado de Kerala, la India. Comenzó el Instituto el 22 de julio de 1953, consiguiendo la aprobación diocesana el 22 de enero de 1959. Cultivan una especial devoción a santa Teresita, a la Virgen del Carmen y a san José. Su carisma es encarnar la presencia de Cristo en el pueblo, sobre todo entre pobres y cuantos no tienen fe, comunicándoles el anuncio del Evangelio a través del testimonio de la propia vida. Cuentan con 144 religiosas profesas en 21 casas.

### **«Jesús es el Señor», nuevo catecismo para niños de 6 a 10 años**

**L**A Conferencia Episcopal Española (CEE) presentó el pasado 7 de abril el catecismo para niños de 6 a 10 años titulado *Jesús es el Señor*. La nueva publicación renueva la versión que fue realizada en 1982 bajo el mismo nombre y del cual se vendieron 1.225.000 ejemplares. Por ello, el

catecismo no se puede considerar como radicalmente nuevo sino como un catecismo renovado a partir del anterior texto. Los hitos que han guiado esta renovación han sido fundamentalmente: la promulgación del Catecismo de la Iglesia católica en 1992, que supuso un impulso para elaborar nuevos catecismos, por una parte, y revisar los existentes y las nuevas exigencias, dados los cambios sociales, culturales y religiosos, en el campo de la evangelización y de la catequesis.

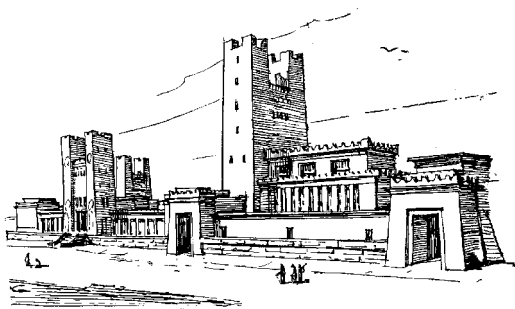
Después de un tiempo en el que la búsqueda de «nuevos lenguajes» para hacer más eficaz la transmisión de la fe había producido un cierto abandono de los catecismos, se vio que «el anuncio de la fe es imposible si no está impregnado de la tradición de la Iglesia». Con estas palabras, el obispo de Tortosa y presidente de la Subcomisión Episcopal de Catequesis, monseñor Javier Salinas, presentó el nuevo catecismo.

Monseñor Salinas dijo que de la misma manera que un niño aprende a hablar en un contexto familiar, también «la fe la recibimos en la Iglesia y no nos la inventamos» y presentó este catecismo como un nuevo instrumento para recuperar el «lenguaje común de la fe», porque una comunidad que no lo tenga, está condenada a no entenderse».

Monseñor Martínez Camino informó que la primera edición de *Jesús es el Señor*, de cien mil ejemplares, ya está agotada; y está en preparación una nueva edición de 95.000. Los destinatarios de este catecismo son los niños que acuden a catequesis y tienen edad de participar por primera vez en el sacramento de la Eucaristía. Asimismo está dirigido a las familias, a los sacerdotes, a los catequistas y a los responsables de la pastoral educativa en su misión de transmitir la fe a los más pequeños.

En la carta que los obispos escriben a los niños para presentarles el catecismo dicen de él que «va dirigido a los hijos más pequeños de la Iglesia. Es más que un libro, es un tesoro, pues contiene la Buena Noticia que la Iglesia nos enseña: Dios nos ha entregado su amor por medio de su Único Hijo, Jesús, nacido de la Virgen María. Los obispos os entregamos este catecismo. Guardad en vuestro corazón sus enseñanzas. Leedlo atentamente en familia y con vuestros catequistas».

Cabe destacar también, informa la Conferencia Episcopal, que *Jesús es el Señor* forma parte del proyecto de renovación global de catecismos para la infancia y adolescencia, que es el siguiente: *Los primeros pasos en la fe. Despertar a la fe en la familia y en la parroquia* (2006), texto para el despertar religioso de los niños; *Jesús es el Señor* (2008), para la iniciación sacramental; y *Esta es nuestra fe* (próxima publicación), para el crecimiento y primera síntesis de fe.



## ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

### Constitución ecuatoriana: no a Dios, sí al aborto

CON 57 votos a favor y 1 en contra (la oposición de derechas había abandonado la sala) el pasado 12 de febrero de 2007 el Parlamento ecuatoriano aprobó la convocatoria de una nueva Asamblea Constituyente, en la línea de lo ya intentado por el *chavismo* en Venezuela. Se daba así por finiquitada la actual constitución, que cuenta con tan sólo diez años de vida, haciéndose explícita la voluntad e impaciencia del gobierno ecuatoriano de encaminar a su país por la vía del socialismo indigenista.

El vicepresidente Lenin Moreno justificó la decisión con el argumento de conseguir una «Constitución para el pueblo», mientras que el presidente Rafael Correa declaró que «la Asamblea propiciará la realización de la revolución ciudadana a través del cambio profundo y veloz de las estructuras vigentes».

La Asamblea inició sus trabajos dos meses des-

pués del referéndum del 30 de septiembre de 2007 y hasta el momento los diputados han aprobado decenas de artículos con el objetivo de cambiar sustancialmente el modo de organización del país, una operación que sus promotores denominan «nueva democracia». Entre los puntos más controvertidos se encuentran la introducción del aborto libre, la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo y la exclusión del nombre de Dios del preámbulo de la Constitución (desde 1946 todas las constituciones de Ecuador han hecho referencia a Dios en su redactado). Por el momento parece que se está estudiando mantener la referencia a Dios, pues, como ha afirmado el vicepresidente de la Asamblea, Fernando Cordero, «no queremos que un grupo de personas pueda usar este tema como pretexto para hacer una campaña contra la Constitución. (...) No queremos una reacción emocional». Las palabras podrán mantenerse, pero las intenciones y la realidad que se acabará imponiendo no pueden ser más revolucionarias en el peor sentido de la expresión.

### *El laicismo, enfermedad de nuestra época*

Calificamos como enfermedad de nuestra época el llamado laicismo, sus errores y sus criminales propósitos; sabéis muy bien, venerables hermanos, que esta enfermedad no ha sido producto de un solo día, ha estado incubándose desde hace mucho tiempo en las entrañas mismas de la sociedad. Porque se comenzó negando el imperio de Cristo sobre los pueblos; se negó a la Iglesia el derecho que ésta tiene, fundado en el derecho del mismo Cristo, de enseñar al género humano, de promulgar leyes y de regir a los pueblos para conducirlos a la felicidad eterna.

Después, poco a poco, la religión cristiana quedó equiparada con las demás religio-

nes falsas e indignamente colocada a su mismo nivel; a continuación la religión se ha visto entregada a la autoridad política y a la arbitraria voluntad de los reyes y de los gobernantes. No se detuvo aquí este proceso: ha habido hombres que han afirmado como necesaria la substitución de la religión cristiana por cierta religión natural y ciertos sentimientos naturales puramente humanos. Y no han faltado estados que han juzgado posible prescindir de Dios, y han identificado su religión con la impiedad y el desprecio de Dios.

Pío XI: *Quas primas*

## Aparece el primer partido musulmán en Dinamarca

La presencia musulmana en Europa es evidente, pero aún no había aparecido un partido político islámico en tierras europeas. Con la aparición del DAMP, partido musulmán danés, la situación cambia y la oferta electoral se «enriquece» con una organización que no esconde sus objetivos de islamizar Dinamarca.

El partido afirma que ya residen en Dinamarca cerca de setecientos mil musulmanes (sobre poco menos de cinco millones y medio de habitantes) y en consecuencia aspira a tener una significativa representación en el parlamento danés, si bien está por ver que consigan atraer el voto de toda la población musulmana del país. En cualquier caso, y aquí la demografía resulta devastadora, los portavoces del DAMP afirman que en una década los musulmanes serán mayoritarios en Dinamarca.

Dos de los factores clave con los que también cuenta el recién creado partido son la hipotética entrada de Turquía en la Unión Europea, lo que acentuaría el fenómeno demográfico antes señalado, y las tensiones crecientes, y que creen que no harán más que aumentar, entre la población autóctona y la inmigración musulmana, lo que confían refuerce el sentimiento identitario islámico. El tiempo dirá si estamos ante una iniciativa sin futuro o ante una tendencia que se irá extendiendo por toda Europa.

## Victoria del centroderecha en Italia... y en Roma

Las últimas elecciones italianas han devuelto a Silvio Berlusconi al poder tras el paréntesis que ha supuesto una legislatura no agotada en manos de una heterogénea y explosiva coalición de centroizquierda en el más puro estilo italiano. El nuevo gobierno cuenta con el apoyo de tres corrientes principales: el liberalismo encarnado por Berlusconi, la llamada derecha social post fascista liderada por Fini y la federalista Liga Norte de Bossi. Una coalición no tan dispar como la que apoyó al centroizquierda pero que lleva en su seno potenciales tensiones que Berlusconi deberá ir desactivando

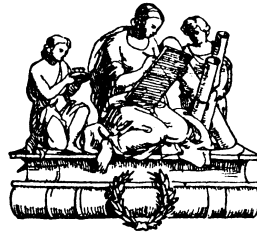
en un trabajo de fina orfebrería si quiere mantenerse en el poder. Por el momento la principal apuesta del nuevo gobierno es el endurecimiento de las medidas contra la inmigración irregular, algo exigido por la Liga Norte para apoyar al gobierno (no hay que olvidar que la Liga ha renacido de sus cenizas gracias a un mensaje contundente antiinmigración) pero que parece indicar que el gobierno va a apostar más por medidas populistas que por cambios de fondo.

Las elecciones también han sido ricas en hechos cargados de simbolismo. En primer lugar la desaparición del comunismo del parlamento italiano. El que fuera el partido comunista más poderoso de Europa occidental, con una representación parlamentaria enorme, siempre a punto del «sorpaso» (superar en escaños a la Democracia Cristiana), y detentador de una hegemonía cultural en momentos aplastante ha desaparecido del panorama parlamentario. Por cierto, gran parte del aún existente voto obrero se ha pasado al mensaje antiinmigración de la Liga, que sobre esta base alcanza, por ejemplo, en el Véneto, el 27% de los sufragios. La era del PCI y de la DC ha quedado definitivamente enterrada en el pasado.

No menos significativo es lo sucedido en Roma, donde Gianni Alemanno, el candidato del centroderecha, ha conseguido la alcaldía. Pero no se trata de un candidato más, sino de un antiguo militante del neofascista MSI que, si bien ha apostado por el camino renovador emprendido por Alianza Nacional, no ha renegado de muchos de los principios que marcaron su juventud. Aupado por los problemas de seguridad provocados por la inmigración ilegal, especialmente la de origen balcánico y rumano, su conquista de la alcaldía romana supone que ésta va a dejar de estar en manos de la izquierda por primera vez en toda la historia de la República.

Visto lo sucedido, no es de extrañar que sobre la escalinata que lleva a la plaza del Capitolio fuera instalado un cartel irónico dirigido hacia el candidato del centroizquierda, Walter Veltroni, que decía así: «*Veltroni: Con las primarias (del PD) hizo caer al gobierno de (Romano) Prodi. Con las elecciones políticas echó a los comunistas del Parlamento. Con Rutelli como candidato perdió Roma. Walter, santo súbito*». Muchas cosas han cambiado con estas elecciones, pero el humor romano permanece inalterado.





JORGE SOLEY

G. PAOLUCCI Y C. EID  
*Cristianos venidos del islam*  
Madrid, Libros Libres, 2007

*Cristianos venidos del islam* es un libro importante e incómodo. Importante porque hace referencia a una de las cuestiones claves de nuestro tiempo: las relaciones entre cristianos y musulmanes, entre el mundo cristiano y el islam. Pero es al mismo tiempo incómodo, porque nos plantea la cuestión de nuestro afán evangelizador.

De todos es sabido que el islam no es sólo un fenómeno religioso, sino que es una unidad de vida en la que fusionan íntimamente religión, política, derecho, vida social... Es por ello que la conversión desde el islam es un fenómeno altamente infrecuente y heroico: el musulmán que decide convertirse a la fe cristiana no abandona sólo la fe musulmana, abandona la *umma*, la comunidad formada por los creyentes, lo que significa convertirse en un paria, ser rechazado por amigos y familiares, probablemente perder el empleo y en algunos lugares incluso la muerte. En esta situación no es de extrañar que la mayor parte de las conversiones se mantengan en secreto. Pero esto cambia entre los musulmanes que emigran a Europa: la pertenencia a la *umma* se debilita y el musulmán puede gozar de una libertad inimaginable en los países de mayoría islámica, una libertad que le permitirá (aunque nunca desaparecerá del todo la amenaza al ostracismo social e incluso a la agresión violenta) abandonar el islam y abrazar la fe en Jesucristo. Eso siempre, claro está, que encuentre quien le hable de Cristo.

Y precisamente aquí radica uno de los grandes retos que debemos afrontar los cristianos en estos

inicios del tercer milenio. Nunca como antes los musulmanes son nuestros vecinos y la oportunidad de anunciarles a Cristo sin temor a represalias es única. Ahora bien, parece que estamos más interesados en convencerles de que el principio de tolerancia es el único absoluto en este mundo de relativismo multicultural (un mensaje que, comprensiblemente, les deja bastante indiferentes).

Pero no todo es así de «políticamente correcto», como bien documentan estas «historias de musulmanes convertidos al catolicismo». La gracia sigue actuando y lo cierto es que las conversiones de musulmanes residentes en Europa no paran de crecer. Las historias concretas que recoge este libro ponen cara a este fenómeno que, de paso, nos confirma en la fe a quienes la hemos recibido de niños.

El libro se completa con un interesante y valiosísimo repaso al estado de la legislación en los diferentes países islámicos a la hora de enfrentarse a la posibilidad de una conversión a la fe cristiana. Resulta aleccionador, cuando vivimos rodeados de un permanente discurso de autoflagelación, enterarse de que, por ejemplo, en Sudán el apóstata es crucificado. La exigencia de reciprocidad cobra aquí nueva importancia y se hace cada vez más perentorio el exigirla.

Libro, en conclusión, importante para vivificar nuestra fe y recordarnos cómo debemos afrontar la llegada de tantos musulmanes que quizás la Providencia ha traído a nuestras tierras con el objeto de que puedan conocer al verdadero Mesías. Y también para conocer la realidad que se vive en tierras del islam, una realidad cruda pero que no podemos escaamotear.

## *Fanatismo e indiferencia religiosa*

«El fanatismo de secta, nutrido y avivado en Europa por la inspiración privada del protestantismo, es ciertamente una llaga muy profunda y de mucha gravedad; pero no tiene, sin embargo, un carácter tan maligno y alarmante como la incredulidad y la indiferencia religiosa, males funestos que las sociedades modernas tienen que agradecer en buena parte a la pretendida Reforma.»

JAIME BALMES: *El protestantismo comparado con el catolicismo*



## emos leído

ALDOBRANDO VALS

*Se está escribiendo mucho acerca de lo sucedido el 2 de mayo de 1808 y de la guerra que le siguió, y la mayor parte de lo publicado es tópico y desenfocado. Pero queremos salvar y traer aquí dos artículos, de Juan Manuel de Prada el primero y de José Javier Esparza el segundo. Publicados respectivamente en ABC y en El Manifiesto, que nos parecen especialmente acertados y sugerentes. Lo mejor de la cosecha de mayo de 2008:*

### Dosmayeando

La celebración del bicentenario del Dos de Mayo está sirviendo para que se tergiverse la verdad histórica de un modo francamente vomitivo. A la izquierda, la celebración le resulta enojosa, pues sabe que aquella rebelión popular fue una reacción contra los ideales revolucionarios de los que ella orgullosamente se proclama heredera. La vicepresidenta De la Vega ha afirmado, refiriéndose a los afrancesados, que «fueron los que por primera vez defendieron un Gobierno responsable, que debía ocuparse de que los ciudadanos accedieran al bienestar, e incluso a la felicidad». La frase es ambigua, y uno no acierta a establecer si, al referirse a ese «Gobierno responsable» que defendieron los afrancesados, la vicepresidenta alude a una aspiración utópica que no se habría hecho realidad hasta nuestros días, en la personita de Zapatero, o si alude concretamente al gobierno tiránico que impusieron las armas napoleónicas, cuyo ideal de acceso a la felicidad consistía básicamente en estuprar doncellas y desvalijar iglesias. Una u otra interpretación de su frasecita nos confirma que, para la izquierda, aque-

lla Guerra de la Independencia que se inició con la revuelta popular del Dos de Mayo fue un acontecimiento luctuoso que retardó el advenimiento del Progreso.

Más patética aún es la interpretación del Dos de Mayo que nos propone la derecha, muy característica de la empanada mental que la corroe. La derecha no abomina de lo que ocurrió en aquellos días, pues intuye que fue una manifestación del genio español; pero está tan infectada por los apriorismos mentales impuestos por la izquierda que necesita enturbiar ese genio español con conceptos totalmente extraños al impulso originario de aquellos patriotas. Así, por ejemplo, la derecha sostiene que con la Guerra de la Independencia surge España como «nación de ciudadanos» y no sé cuántas paparruchas más. Falso de toda falsedad. La idea de nación española se modeló de forma evolutiva desde el siglo VI, con la conversión de Recaredo a la fe católica, para cobrar contornos cada vez más nítidos durante la Reconquista, alcanzar su certeza constitutiva durante el reinado de los Reyes Católicos y hallar su expresión más acabada con la conquista y evangelización del Nuevo Mundo. Don Marcelino Menéndez Pelayo, que leyó más en un solo día de su vida que todos los representantes de nuestra patética derecha en todos los días de su desnortada vida, lo dejó escrito en el grandioso epílogo de su *Historia de los heterodoxos españoles*: «Esta unidad se la dio a España el cristianismo. La Iglesia nos educó a sus pechos con sus mártires y confesores, con el régimen admirable de sus concilios; por ella fuimos nación, y gran nación, en vez de muchedumbre de gentes colecticias, nacidas para presa de la tenaz por-

fía de cualquier vecino codicioso. (...) España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de san Ignacio...; ésa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los arévacos y de los vectones o de los reyes de taifas». Las palabras proféticas de don Marcelino ya se están cumpliendo, y nuestra derecha, al afirmar que con el Dos de Mayo se constituye la nación española no hace —amén de traicionar la verdad histórica y de rene-gar patéticamente de su genealogía— sino conceder argumentos a quienes desean despiezar España en cantones y reinos de taifas.

Y el Dos de Mayo no fue una rebelión ciudadana, sino una rebelión popular. Napoleón quería convertir a los españoles en ciudadanos (esto es, en muchedumbre colecticia sometida a sus leyes y exacciones); pero los españoles, con intuición genial, querían seguir siendo pueblo. El genio popular español entendió que los gabachos habían venido a destruir los cimientos de la patria española y a convertirnos otra vez en «presa de la tenaz porfía de cualquier vecino codicioso»; y se rebeló para defender la grandeza y la dignidad de España, concretadas en su fe y en su tradición. Ese pueblo que se rebeló en 1808 ya no existe, ahora sólo somos una patulea de ciudadanos descristianizados que han accedido al bienestar; y estas conmemoraciones no son sino unas exequias fúnebres que algunos, desde la izquierda, celebran con regocijado cinismo, mientras otros, desde la derecha, hacen de dóciles mamporreros.

Al hilo del bicentenario del 2



de Mayo estamos escuchando afirmaciones muy discutibles: que la nación española nació en 1808, que el 2 de Mayo fue un levantamiento liberal, que Cataluña o el País Vasco no combatieron por España, sino por su propia independencia... ¿Qué hay de verdad en todo ello? Vamos a verlo con los propios textos de la época. Y avancemos ya la conclusión: ni España nació en 1808, ni el 2 de Mayo fue un levantamiento liberal, ni Cataluña y Vascongadas combatieron al margen de España.

¿Qué paso exactamente el 2 de Mayo? Pasó esencialmente lo siguiente: en una situación de colapso del Estado, con un ejército extranjero dueño de España y con la familia real retenida fuera del país, se produjo una insurrección popular contra los invasores; insurrección alimentada al mismo tiempo por personalidades relevantes de la monarquía absoluta, distinguidos miembros del clero, militares patriotas y elementos de las clases más humildes donde lo mismo encontraremos artesanos y campesinos que curas de barrio. A la insurrección popular le siguió un movimiento político, institucional, pero fragmentario, distinto según ciudades y provincias, al principio dubitativo, que trató de llenar el vacío dejado por el colapso del Estado borbónico: nacen las Juntas. Ese movimiento no trató de crear un estado de nuevo cuño, sino que actuó a partir de las instituciones vigentes. Así las juntas locales, inmediatamente después de haberse proclamado en franca oposición a los franceses, estimulan la creación de una Junta Suprema Central que permita convocar a las cortes y reconstruir la unidad de la nación.

**Ni España nació el 2 de Mayo, ni fue un levantamiento liberal**

**La nación no nació en 1808**

Hay que decir «de la nación» porque así lo dijeron expresamente

aquellos caballeros. No es verdad que antes de 1808 no existiera una idea de nación en España. La historiografía liberal suele decir que el concepto moderno de nación surge en España en 1808, y que antes de esa fecha sólo había un vago sentimiento de comunidad cimentado sobre la sumisión a la corona, que actuaba como si España fuera una posesión personal suya. Podríamos enredarnos en debates sin fin sobre qué quiere decir exactamente «nación» y cuándo puede hablarse de «nación moderna». Lo que a nosotros nos interesa subrayar aquí y ahora es que los españoles de antes de 1808 tenían una clara conciencia de pertenecer a una comunidad política, que esa comunidad se identificaba, en efecto, con la corona y también con la religión, pero que, además, la llamaban «nación» sin mayores complicaciones conceptuales, según se puso de moda hacerlo a lo largo del siglo xvii. Esa idea de comunidad nacional es precisamente la que recoge la Junta de Valencia en julio de 1808 cuando solicita, antes que ninguna otra, la formación de una junta central que unificara a todas las juntas locales. Lo dijo en estos términos:

*«Toda la Nación está sobre las armas para defender los derechos de su Soberano. Cualquiera que sea nuestra suerte, no podrá dejar de admirar la Europa el carácter de una Nación tan leal en el abatimiento que ha soportado por tanto tiempo, por puro respeto a la voluntad de sus soberanos, como en la energía que ahora muestra, falta de tropas, y ocupado su territorio y las fortalezas de sus fronteras por un ejército francés sumamente poderoso. No es menos digno de admiración, que tantas provincias diversas en genio, en carácter y aún en intereses, en un solo momento y sin consultarse unas a otras se hayan declarado por su rey (...) Es indispensable dar mayor extensión a nuestras ideas, para formar una sola nación, una autoridad supre-*

*ma que en nombre del Soberano reúna la dirección de todos los ramos de la administración pública. En una palabra, es preciso juntar las Cortes o formar un cuerpo supremo, compuesto de los diputados de las provincias, en quien resida la regencia del Reino, la autoridad suprema gubernativa y la representación nacional».*

Este texto es muy importante: aquí está condensada toda la doctrina política vigente en la España de 1808. Los españoles –de todas las provincias, sin excepción– se consideran una nación e identifican su derecho con el de su soberano, el Rey. No hay contradicción entre el sentimiento nacional y la lealtad al monarca, por absoluto que éste sea. Las Cortes, que se consideran representantes de la nación, son además las regentes del reino mientras el Rey está ausente. Esta no es la nación según la entendieron las revoluciones liberales, pero no por eso deja de ser la nación. Que no se diga, pues, que en la España de 1808 no había una idea de nación.

**Catalanes y vascos, patriotas españoles**

Esa idea de la nación, entendida como pertenencia a una comunidad política y que existía mucho antes de 1808, es la que va a despertar una ola de sentimiento patriótico en toda España. También en Cataluña y el País Vasco. La imagen de una Cataluña o un País Vasco que lucharon contra Francia por su propia independencia, al margen del esfuerzo colectivo de la nación española, ha sido muy propalada por los separatistas, pero es completamente falsa. Al contrario, lo que se comprueba en los textos de la época y en los estudios posteriores más dignos de crédito es que vascos y catalanes combatieron por España y por sí mismos como españoles, con una idea muy clara de que su libertad era la de todos sus compatriotas.

Es muy evidente el caso catalán. Allí los franceses, apoyados en una minoría de elementos separatistas, ofrecieron incluso declarar el catalán lengua oficial para una Cataluña concebida como extensión del imperio napoleónico al sur de los Pirineos. Frente a la oferta francesa, la inmensa mayoría de la población catalana prefirió seguir defendiendo a España y, de hecho, después de la guerra aquellos separatistas tuvieron que abandonar el país como «afrancesados». Recordemos que Agustina de Aragón era una catalana. Los catalanes se batieron igualmente en el Bruc, en Gerona y en otros muchos puntos, con partidas guerrilleras que se convirtieron en una pesadilla para los franceses. En Cataluña, como en el resto de España, la gente peleó por la religión, la patria, la corona y la libertad, y todo era para ellos una y la misma cosa, y todo respondía al nombre de España.

Igualmente claro es el asunto en el País Vasco, donde, por cierto, la represión francesa fue muy cruenta desde el primer instante. También desde el primer instante fue clara la determinación de las juntas vascas de defender a España y a la Corona contra la invasión napoleónica. Y hacerlo, además, precisamente en nombre de su españolidad. Hay un documento irrefutable que es la proclama de la Junta de Vizcaya en el mismo año de 1808, apenas desencadenado el movimiento insurreccional contra los franceses, y que es un auténtico llamamiento a la unidad nacional española. Decía así:

*«Los vascongados a los demás españoles. Españoles: somos hermanos, un mismo espíritu nos anima a todos. Aragoneses, valencianos, catalanes, andaluces, gallegos, leoneses, castellanos, olvidad por un momento estos mismos nombres de eterna armonía y no os llaméis sino españoles. Recibid como prueba incontrastable del espíritu que nos anima, los holocaustos que*

*ofrecen a la libertad española los Eguías, los Mendizábales, los Echevarrias y otros infinitos vascongados».*

Son palabras, estas de la Junta de Vizcaya, que hoy chocarán a una sociedad sometida al adoctrinamiento del nacionalismo vasco, que ha falseado la historia, pero la realidad es la que es: los vascos, como los catalanes, fueron patriotas españoles como el que más. Y ahí estaban, en efecto, «los holocaustos que ofrecen a la libertad española infinitos vascongados», como decía la proclama.

## **El 2 de Mayo no fue un levantamiento liberal**

¿Quiénes eran los que así hablaban? Eran, esencialmente, gentes que provenían del Antiguo Régimen. No hubo una revolución liberal en España en 1808. La presión de los elementos liberales vendrá después, en la formación de las cortes y en sus trabajos constituyentes, pero no en el momento de la insurrección. Tampoco hubo una revolución popular: los casos de trastornos sociales en los que las clases populares atacan a los estamentos privilegiados son contadísimos. Cuando se producen, no obedecen a una causa de revolución social, sino al afrancesamiento de tales o cuales objetivos de la ira popular; ira, por otra parte, a cuyo desencadenamiento no serán ajenos algunos clérigos, como ocurre en Valencia. Es interesante repasar la lista de las personas designadas por las provincias para componer la Junta Suprema Central: la gran mayoría son militares del círculo del rey como Palafox, magnates de la Iglesia como Bonifaz, Castanedo o Ribero; grandes de España y ex ministros de la Corona como Floridablanca y Jovellanos... Quien recoge la soberanía es la flor del Antiguo Régimen.

Cuando la Junta Central organice la reunión de Cortes, bajo la presidencia del obispo de Orense,

no veremos a una institución que se propone comenzar una revolución liberal, sino a un cuerpo clásico del Antiguo Régimen que jura sus cargos en nombre de la religión y del rey. Este fue el juramento de los miembros de las Cortes de Cádiz en septiembre de 1810:

*«¿Juráis la santa Religión Católica, Apostólica, Romana, sin admitir otra alguna en estos Reinos? ¿Juráis conservar en su integridad la Nación española, y no omitir medio para libertarla de sus injustos opresores? ¿Juráis conservar a nuestro muy amado Soberano el Señor Don Fernando VII todos sus dominios, y en su defecto a sus legítimos sucesores, y hacer cuantos esfuerzos sean posibles para sacarlo del cautiverio y colocarlo en el Trono? ¿Juráis desempeñar fiel y legalmente el encargo que la Nación ha puesto a vuestro cuidado, guardando las leyes de España, sin perjuicio de alterar, moderar y variar aquellas que exigiese el bien de la Nación?».*

Luego pasarán otras cosas. Veremos cómo el sector liberal maniobra para adquirir una relevancia que inicialmente no poseía. Veremos cómo a Cádiz acuden, por las circunstancias de la guerra, numerosos suplentes cuyo voto no será el que se les había encomendado. Veremos cómo unas cortes convocadas para prolongar la legitimidad de las cortes del Antiguo Régimen se transforman en unas constituyentes que auspician un cambio hacia un régimen nuevo. Todo esto, en cualquier caso, será después. Lo veremos otro día.

Lo fundamental: a partir de 1808 España vive un proceso que, como escribió el conde de Toreno se sustancia en tres movimientos consecutivos: levantamiento, guerra y revolución. Pero ni el 2 de Mayo fue un levantamiento liberal, ni Cataluña y el País Vasco combatieron al margen de España, ni España, en fin, nació en 1808.

## Resplandecerá como una estrella...

Traemos este mes a esta sección un artículo sobre las últimas horas de san Juan de Ávila. Aparecía en el número de 15 de mayo de 1948, dedicado casi todo él a la Virgen de los Desamparados, patrona de Valencia. Su autor, mosén Martirià Brunsó, tomaba pie en el hecho de que el Santo había muerto en un mes de mayo, el de 1579, y también que en su lecho de muerte había invocado la intercesión de la Virgen. Mosén Martirià fue un sacerdote gerundense, colaborador en aquellos años de Cristiandad. Aunque no era miembro de Schola Cordis Iesu, había animado a muchos jóvenes de Gerona que se desplazaban a Barcelona para estudiar su carrera a integrarse en el grupo. Profesor del se-

minario, activo publicista y predicador, impulsor de iniciativas apostólicas, director espiritual, amigo de los necesitados y de los ancianos, le recordamos caminando apresurado por las calles de su ciudad, incansable en su labor sacerdotal (un pequeño ramo de flores en la mano significaba que llevaba el Viático a algún enfermo).

Mosén Martirià era un profundo conocedor de los clásicos castellanos y de los místicos y tenía una especial devoción a san Juan de Ávila, cuyos escritos conocía a fondo y citaba con provecho de sus oyentes. Cuando escribió este artículo, Juan de Ávila era beato y no fue canonizado hasta el 31 de mayo de 1970, por Paulo VI.

Auras de Resurrección y mes de María es lo mismo que decir alegría de cielo. Porque el coro de nuestras voces es el *a ti llamamos, Mater spei*, a ti que eres nuestra esperanza, y al hablar así, nuestro corazón nos asegura que es asequible, con plena confianza de poseerlo, el Bien que no tenemos, y que se nos presenta arduo o difícil. Y también, porque los resplandores del Resucitado han iluminado nuestros entendimientos, han penetrado en tus regiones de nuestro apetito para despertarlo con una explosión de cantos victoriosos y triunfales: *la muerte puede ser vencida con una vida eterna*. El sumo Bien está a nuestro alcance: ¡aleluya!, hemos entrado en las fronteras del gozo y de la alegría. Muchos mártires no sabrán de especulaciones filosóficas, pero tienen inteligencia y voluntad, y como viven aquella verdad, estar cerca de la muerte es estar cerca de la victoria, que es la posesión de la Felicidad eterna.<sup>1</sup> De ahí las ansias de cielo, que se reflejan en la serenidad de sus palabras y en la sonrisa de su rostro. Y lo comunican a sus hermanos que celebrarán luego su aniversario, no en la fecha de su nacimiento, sino en el triunfo sobre la muer-

te: la entrada al cielo, *el natalicio cristiano*. ¿Acaso no nos dicen lo mismo las grandes efusiones de nuestros místicos?<sup>2</sup>

Por eso creo no será ningún despropósito en este tiempo que nuestro corazón sabe decir como nunca *amparadnos ahora y en la hora de nuestra muerte*, divulgar la victoria definitiva, demasiado ignorada, de aquel sol que tuvo su mediodía sobre las tierras andaluzas, pero que alumbró con sus rayos el suelo de todo nuestro Imperio. «Es cuestión de honor y justicia no sólo para el clero español la pronta glorificación de nuestro excelso patrono, el beato maes-

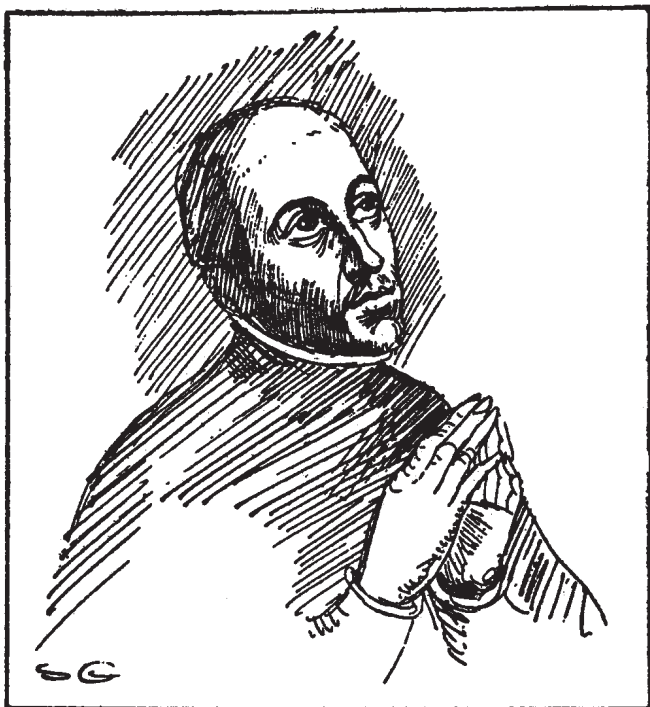
2. Descubre tu presencia  
Y máteme tu vista y hermosura;  
Mira que la dolencia  
De amor que no se cura  
Sino con la presencia y la figura.

San Juan de la Cruz –*Canción II entre el alma y el Esposo*– o bien:

En mi yo no vivo ya  
Y sin Dios vivir no puedo;  
Pues sin Él y sin mí quedo.  
Este vivir ¿qué será?  
Mil muertes se me hará,  
Pues mi misma vida espero.  
Muriendo porque no muero,

Id.– *Copla 2 del alma que pena por ver a Dios*. Cf. también santa Teresa de Jesús –*Aspiraciones de vida eterna* (poesías).

1. San Pablo: Rom 12,12: *spe gaudentes*, gozosos en la esperanza; I Cor 15,13-20, si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación y nuestra fe... como también inútil nuestra esperanza. Mas Cristo resucitó de entre los muertos.



San Juan de Ávila

tro Juan de Ávila –escribíamos en nuestra muy amada revista «Ecclesia», a 11 de enero del corriente año–, sí que también para todo buen católico de nuestra patria, que debe desear el engrandecimiento del estado sacerdotal y del glorioso patrono del clero, grande y preclaro ornamento de nuestro pasado. No deja de serlo para toda persona culta y amante de nuestras glorias patrias, ya que se trata de una gran figura de nuestra literatura y de nuestra historia. Es empresa de todos, porque españoles de toda edad, clase y condición recibieron el influjo de su vida temporal tan del cielo.

«La fecha del 10 de mayo nos brinda una excelente oportunidad para ratificarnos en lo mismo desde estas columnas, donde cuadran siempre tan a maravilla las palabras del Papa, y nos consta que sus augustas manos firmaron: «Nos, no dudando de que por esta proclamación [de principal patrono ante Dios del clero secular español] se favorecería y aumentaría el bien espiritual, no sólo del clero, sino aun de todos los fieles de España, y que la gloria de Dios adquiriría mayor esplendor, gustosos estimamos oportuno acceder a deseos tan extendidos y ardorosos» (breve pontificio del 2 de julio de 1946).

Por otra parte, tengo para mí que el lucero de la Resurrección y el perfume de las fragancias de María son el fondo más adecuado para las pinceladas que intentaremos trazar al describir la muerte de nuestro Beato. Sirvan de prueba las palabras siguientes: «... Y llegándose el físico [el médico] al enfermo, le dijo: Señor, agora es tiempo en que los ami-

gos han de decir las verdades: vuestra merced se está muriendo: haga lo que es menester para la partida. Entonces el Padre levantó los ojos al cielo y dijo: recordaré *Virgo Mater, dum steteris in conspectu Dei, ux loquaris pro nobis bona*, «acuérdate, Madre, que estás cerca de Dios para interceder a nuestro favor». Y dijo luego: Quiérome confesar. Y añadió: quisiera tener un poco más de tiempo para prepararme para la partida. Está ahí presente la señora Marquesa [de Priego], y parecióle que debía decir Misa el Padre susodicho (Villarás, S.J.) que tenía cargo del; el cual preguntó al Siervo de Dios de quién quería que dijese Misa, si del Santísimo Sacramento, o de Nuestra Señora, que eran sus especiales devociones, respondió que no *sino de la Resurrección*; como hombre que comenzaba ya a consolarse con la esperanza della».<sup>3</sup>

Dice el cronista –y en esto puedo asegurar que no miente– que el suceso tenía lugar en Montilla (Córdoba) el año de 1579 *por la mañana del día siguiente a la festividad de la aparición del arcángel san Miguel, su gran devoto* (8 de mayo).

Montilla es el corazón de Andalucía, y como ella, siempre recibe al huésped en traje de boda con sus casitas blancas, calles limpias y aseadas, que nos recuerdan los mantos y turbantes de la guardia del califa en su palacio de Córdoba. Viñedos y olivares, azul de cielo andaluz y el verde de los campos, que da vida a unos pedruños secos y áridos como de meseta castellana, con sus bordados. A demasiada distancia el robusto centinela de las aguas sevillanas extiende a derecha e izquierda dos brazos potentes: el Genil y el Guadajoz con sus diminutos afluentes. Apenas queda rastro moruno, si no es algún que otro recuerdo o los aires que el Septentrión trae de la Mezquita o bien los que vienen de Granada y Sevilla, alentados por la Aurora y el Poniente.

Dan ahora testimonio de su fe cristiana, entre otros muchos testigos, la parroquia de su preclaro hijo san Francisco Solano y la muy notable, y arciprestal de Santiago, el floreciente colegio de salesianos, la muy antigua iglesia de la Encarnación, pequeña residencia de la Compañía de Jesús y relicario del sepulcro de nuestro Beato –venerado en el altar lateral próximo al mayor por la parte del Evangelio–, el muy noble y esclarecido convento de Santa Clara, escuela de santidad y refugio divino de muy altas señoras, las paredes y púlpito de cuya iglesia, bastante frecuentada y repleta de valiosas y santas reliquias, atestiguan haber oído la voz apostólica de

3. Fray Luis de Granada: *Vida del Padre maestro Beato Juan de Ávila*, Edic. Apostolado de la Prensa, 1948, reproducción de la primera impresión, publicada en Madrid en 1588.

nuestro Maestro, de fray Luis de Granada, san Juan de Dios... Subiendo por algunas calles, no muchas, penetramos en una travesía algo estrecha y desnivelada, y entrados ya en ella, a mano derecha, una sencilla lápida, recuerdo de la fecha de beatificación, nos indicará que aquélla fue la residencia donde el venerable maestro Juan de Ávila pasó los últimos años de su vida, y dejó el suave olor de una muerte edificante. Un sencillo arco, que sirve de tejado a una campana, señala la presencia de un muy reducido oratorio público, que comunica con la casa, cuyo piso no conoce ni el ladrillo ni el mosaico. Una pequeña escalera nos conducirá, debidamente autorizados por el superior de los padres jesuitas de la Encarnación, a la antesala del cuarto, algo más que la celda de un ermitaño, desde donde podremos asistir al feliz tránsito del ínclito patrono del clero secular de España, siguiendo el hilo de la narración arriba apuntada.<sup>4</sup>

Confesado ya, y acabada la santa misa, «mandó la señora marquesa traer hachas para darle el Santísimo Sacramento [por viático], y cuando se lo traían dijo [con amoroso y tierno afecto]: *¡Denme a mi Señor, denme a mi Señor!* [Llegando con el Santísimo Sacramento el padre Villarás, que lo traía, le pidió que, por consuelo suyo y los que estaban presentes, dixesse alguna cosa de edificación. Respondió el Venerable Maestro: Que el Señor que auia de recibir en aquel Santísimo Sacramento auia descendido de los cielos a la tierra para remedio, sanidad y consuelo de pecadores arrepentidos, que él era uno dellos, y como tal pedía se le diessen; quedaron los presentes edificadísimos de tan grande humildad, recibióle con gran ternura y reuerencia.] Esto sería a las ocho o nueve de la mañana; y el dolor que había comenzado la tarde antes se pasó a la ijada izquierda, y subió al pecho y al corazón. Pasada casi media hora después que recibió la sagrada Comunión, *pidió la Extremaunción*; y diciéndole que aún no era tiempo, que podía esperar algo más, respondió todavía *que fuese luego, porque él quería estar en todo su acuerdo para oír y ver lo que en este*

4. «Muchas personas han venido a visitar este aposento. San Francisco de Borja paseando por Montilla, aviendo venerado el sepulcro del Padre Maestro Ávila preguntó por la casa donde avia vivido, y estando en ella entró de rodillas desde la puerta del aposento donde mas assistia hasta la parte donde murió con gran veneración y respeto». El duque de Arcos con el conde de Luna, su yerno el conde del Castellar se hincaron de rodillas a la puerta de la casa, y con gran humildad besaron los umbrales della ... etc. pág. 172 (*Vida y Obras del Veuerable Maestro Juan de Ávila – aora nvevamente añadido y enmendado por el licenciado Martín Ruiz de la Mesa, Capellán del Consejo Real– En Madrid por Antonio González de Reyes. Año de 1674*).

*Sacramento se decía y hacía*. Y así se hizo; y esta fue a la hora del mediodía, y el dolor iba creciendo y apretándole el pecho, porque ni este tan breve espacio quería Nuestro Señor que careciese de merecimiento, pues no había de carecer de galardón eterno. Preguntóle entonces la señora marquesa qué quería que hiciese por él. Respondió: *Misas, señora, misas*. Llegó entonces el padre rector del colegio de la Compañía y díjole: Muchas consolaciones tendrá agora V. R. de Nuestro Señor. Respondió él: Muchos temores por mis pecados...<sup>5</sup>

«Preguntó luego la señora marquesa dónde quería que se sepultase su cuerpo; porque su señoría y la señora Sórora Ana [la célebre Condesa de Feria], que lo tenían por Padre de sus almas, como arriba declaramos, quisieran que se sepultara en Santa Clara. Mas él respondió que no, sino en el Colegio de los Padres de la Compañía, *a los cuales, como había amado en vida, quísoles dejar esta prenda en su muerte*.

«Era ya la tarde, y el dolor iba subiendo al pecho; y uno de sus discípulos, que tenía un crucifijo en las manos, se lo entregó; y él lo tomó con ambas manos y besóle los pies y la llaga preciosa del costado, con grande devoción, y abrazólo consigo. Y púsole también en la mano una cuenta de indulgencias que él tenía consigo, para que pronunciase el nombre de Jesús; el cual pronunció muchas veces con el de la Virgen Nuestra Señora. Era ya noche, y apretábale mucho el dolor, y decía a Nuestro Señor: Bueno está ya, Señor; bueno está. Llegó el dolor hasta las once o las doce de la noche y él perseveraba diciendo, aunque ya con la voz muy flaca: Jesús, María [Joseph]; Jesús, María, muchas veces. [Poco antes que muriese le dio cierta cosa congojosa, y aunque no dixo de qué, dio muestras de estar con pena; bolvió los ojos a vn quadro pequeño de vn Ecce Homo, que estaua colgado en la pared, y aviendo estado mirándole algún espacio, bolvió con suma serenidad, y dixo: Ya no tengo pena alguna deste negocio. El dolor no cessaua, ni él de invocar a Dios, y repetir los tres nombres dulcissimos de Jesvs, María, Joseph, y quando le fue faltando la habla, en el mouimiento de los labios se conocía dezir las mismas palabras.] Un Padre le tenía el crucifijo en la mano derecha, y otra persona la vela en la izquierda. En todo este tiempo ninguna mudanza hizo en su rostro ni en los ojos, de las que suelen hacer algunos enfermos; mas antes la serenidad de rostro que siempre tuvo en la vida conservó en la muerte. Y apenas estuvo un cuarto de hora sin habla, y con

5. Omitimos, en gracia a la brevedad, las reflexiones que hace fray Luis de Granada con su característica unción y elocuencia.

esta paz y sosiego dio su espíritu a Nuestro Señor, pasando de la paz y sosiego de la gracia a la que recibiría en la gloria, junto con la corona merecida con tantos trabajos y tanto fruto en las almas de los fieles».<sup>6</sup>

No queremos que se nos tilde de estar cegados por la admiración. Por eso no pondremos punto final a la manera del cronista licenciado Martín Ruiz de Mesa: Eclipsóse este gran Sol que alumbrava nuestra España con su esclarecida vida y ejemplos; y aunque fueron tan grandes sus trabajos y dolores no le quedó aquel día a deber nada su Amo, púsole (como piadosamente debe creerse) en posesión eterna de sí mismo, con tanta pujanza de gloria, quanta fue la gracia, de que para su ministerio apostólico estaua lleno, y de aquel pobre aposentico partió rico, vestido de inmortalidad, a ser Rey en el Reyno de la vida» y hacer desfilar luego «todo aquel pueblo eclesiástico y seglar», o «el copioso concurso, aumentado con gente que vino de la comarca, de manera que no podía passar el Clero, y las Religiones con el Venerable cuerpo, todos procurauan tocarlo, y tomar parte de sus vestidos, por reliquias, y besarle los pies, y hazer otras demonstraciones, que ostentauan la gran opinión de santidad que tenían del difunto. Dificultosamente podía caminar la pompa fúnebre, aun defendida de los ministros de justicia, que reparauan del tropel, y multitud, la gran Reliquia. Acompañóle el Clero, y Religiones con cantos eclesiásticos, el pueblo con lágrimas, y llantos, condoliéndose de la gran falta que les avia de hazer tan gran Varón y Maestro».<sup>7</sup> Ni tampoco queremos hacer pasar el cortejo de duques, marqueses, condes y otros muchos nobles señores, de amantes insignes de la historia, nacionales y extranjeros, de venerables obispos y gloriosos santos que le alabaron con sus alabanzas.

Preferimos, como consecuencia de nuestra devota y serena observación *ante el sublime atractivo de*

6. Fray Luis de Granada –O.c, págs, 171-2. Lo que está entre corchetes son variantes de la citada edición. 1674, págs. 166-8. No nos ha pasado por alto la santa muerte del Excmo. Cardenal Parrado, gran devoto del Beato.

7. Edic. 1674, pág. 169.

*la natural sobrenaturalidad de esta muerte*, que para nosotros deseamos, vindicar una vez más<sup>8</sup> que, en la formación escolástica de la Universidad de Alcalá, donde estudió nuestro Maestro en la época de su mayor esplendor, estaban debidamente hermanadas la fuerza apostólica y vitalidad interior con precisión teológica y exactitud de conceptos. Porque nuestro Beato, admirable propagandista de la doctrina católica de la gracia, seguidor infatigable de san Pablo y san Agustín, defensor acérrimo de la eficacia de los sacramentos, cuya doctrina se puntualizó por aquellos tiempos en Trento, y por lo que se refiere a la Comunión frecuente en el fecundo pontificado del inmortal Pío X, demuestra que salía de un corazón convencido lo que enseñó hasta la muerte.

Preferimos, en fin, ser parcos, a lo Granada, y remedar la filosofía del orador de Arpino: *Qui mortem in malis ponit, non potest eam non timere*, «quien pone entre los males a la muerte, no pude menos de temerla», con las palabras de Nuestro Señor: *Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum* (Mt 5), «el que hiciere y enseñare será grande en el Reino de los cielos», y quizá de un modo más explícito con: *Los que fueron justos resplandecerán como el cielo; mas los que enseñan a otros a serlo, resplandecerán como estrellas en perpetuas eternidades* (Daniel, 12).

*Y esto* –concluyamos con fray Luis de Granada– *nos pronostica en este siervo de Dios el día en que nació, que fue de la Epifanía, donde la estrella guió a aquellos santos Reyes al pesebre del Salvador; pronosticándonos en esto que el Niño que ese día nació había de ser estrella resplandeciente en la Iglesia de Dios, que había de encaminar muchas ánimas al servicio de su Criador.*<sup>9</sup>

8. Luis Marcos, Pbro. –*Revista Española de Teología*, Vol. III, págs. 309-345. En la conclusión de un documentado trabajo sobre la *Doctrina del Cuerpo Místico en el Beato Juan de Ávila* se lamenta de que «Entre más de mil cuatrocientos autores (1.400) que Mersch cita a lo largo de su meritísima obra *Le Corp Mystique du Christ*, ni una sola vez aparece el nombre de Juan de Ávila, como tampoco leemos los de fray Luis de León, Granada, etc.».

9. O.c, pág. 172.





## LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona  
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

### SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

### *Este mes recomendamos:*



#### **Los milagros de Lourdes**

Autor: Patrick Theillier  
Editorial: Palabra  
368 páginas  
Precio: 18,50 €  
El Dr. Patrick Theillier, responsable del departamento médico de Lourdes desde hace diez años, relata los milagros más significativos ocurridos desde que, hace ciento cincuenta años, la Virgen se apareciera a santa Bernadette: desde el famoso milagro testimoniado por el premio Nobel de medicina Alexis Carrel, hasta los más recientes. El autor nos aporta la clave para entender bien estos signos,

que incluyen no sólo conversiones corporales milagrosas, sino también impresionantes conversiones del espíritu.



#### **Amor y responsabilidad**

Autor: Karol Wojtyla  
Ediciones Palabra  
376 páginas  
Precio: 22 €

*Amor y responsabilidad* es el fruto de la reflexión de Juan Pablo II a partir de su trato con los jóvenes, «que me planteaban no tanto cuestiones sobre la existencia de Dios, como preguntas concretas sobre cómo vivir, sobre el modo de afrontar y resolver los problemas del amor y del matrimonio. Por eso responde a cuestiones como: ¿Qué es el amor? ¿Qué relación hay entre afectividad y sexualidad?

¿La castidad es una virtud positiva o un comportamiento represivo? ¿Qué es el pudor?



#### **Llamados a la vida**

Autor: Jacques Philippe  
Editorial: Rialp  
160 páginas  
Precio: 12,00 €

Todos somos queridos por Dios. Todos hemos pasado por el inefable momento en que Dios dijo: «quiero que tú existas». Desde entonces no deja nunca de invitarnos a desplegar toda nuestra capacidad de creer, esperar y amar para llegar a ser hombre o mujer en plenitud. Eso convierte la vida humana en una maravillosa aventura. Para hacer la experiencia hemos de

mostrarnos disponibles a la llamada de Dios, y dejarnos conducir por ella.



#### **Jesús es el Señor**

Autor: Conferencia Episcopal Española  
Editorial: Edice  
164 páginas  
Precio: 12,50 €

*Jesús es el Señor* es el catecismo de la Conferencia Episcopal Española para la iniciación cristiana de los niños de 6 a 10 años. Los destinatarios de este catecismo son los niños que acuden a catequesis y tienen edad de participar por primera vez en el sacramento de la Eucaristía. Asimismo está dirigido a las familias,

a los sacerdotes, a los catequistas y a los responsables de la pastoral educativa en su misión de transmitir la fe a los más pequeños.

# CONTRAPORTADA

## «Los rayos de tu Misericordia Divina devuelven la esperanza»

¡El Corazón de Cristo! Su Sagrado Corazón ha dado todo a los hombres: la redención, la salvación y la santificación. De ese Corazón rebosante de ternura, santa Faustina Kowalska vio salir dos haces de luz que iluminaban el mundo. «Los dos rayos –como le dijo el mismo Jesús– representan la Sangre y el Agua» (*Diario*, p. 132). La Sangre evoca el sacrificio del Gólgota y el misterio de la Eucaristía; el Agua, según la rica simbología del evangelista san Juan, alude al Bautismo y al don del Espíritu Santo (cf. Jn 3, 5; 4, 14).

A través del misterio de este Corazón herido, no cesa de difundirse también entre los hombres y las mujeres de nuestra época el flujo restaurador del Amor Misericordioso de Dios. Quien aspira a la felicidad auténtica y duradera, sólo en Él puede encontrar su secreto.

«Jesús, en ti confío». Esta jaculatoria, que rezan numerosos devotos, expresa muy bien la actitud con la que también nosotros queremos abandonarnos con confianza en tus manos, oh Señor, nuestro único Salvador.

Tú ardes del deseo de ser amado, y el que sintoniza con los sentimientos de Tu Corazón aprende a ser constructor de la nueva civilización del amor. Un simple acto de abandono basta para romper las barreras de la oscuridad y la tristeza, de la duda y la desesperación. Los rayos de tu Misericordia Divina devuelven la esperanza, de modo especial, al que se siente oprimido por el peso del pecado.

María, Madre de Misericordia, haz que mantengamos siempre viva esta confianza en tu Hijo, nuestro Redentor. Ayúdanos también tú, santa Faustina, que hoy recordamos con particular afecto. Fijando nuestra débil mirada en el Rostro del Salvador divino, queremos repetir contigo: «Jesús, en ti confío». Hoy y siempre. Amén.

Juan Pablo II: homilía del 22 de abril de 2001,  
domingo de la Misericordia Divina